



Arturo Prenafeta

**CUANDO
LA MUERTE
TIENE
CITA**

Cuando La Muerte Tiene Cita

Arturo Prenafeta

Contents

[Title Page](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera Parte](#)

[Cuarta parte](#)

[About The Author](#)

Primera parte

Era un restaurante no muy grande en un barrio de clase media. No era un lugar lujoso, pero sí bonito. La entrada llevaba a un pasillo alargado que pasaba por al lado de unos ventanales de un comedor secundario del lugar. Antiguamente había sido de esas casas grandes de familia de los años 40 con varios dormitorios en el segundo piso. Ahora, todas esas habitaciones también han sido convertidas en comedores. El comedor principal estaba en el patio trasero, donde había construida una terraza con unos cobertizos de lona habilitados para fumadores. El restaurante, salvo algunos comedores del segundo piso, no era oscuro ni romántico. Era un lugar frecuentado tanto por parejas como grupos de amigos. Son casi las 8 de la noche de un día de principio de otoño. Oscureció hace poco y en las calles los árboles cambian su verde por un tono amarillento, aunque aún no pierden mucho sus hojas.

Juan entra por el pasillo hasta la entrada principal. Lo recibe una mesera vestida completamente de negro con pantalones y una polera con el nombre del local. Le hace las preguntas de rutina, mesa para cuántos, fumadores o no fumadores, primer o segundo piso. Lo ubica en el comedor secundario con los ventanales que está al lado de la entrada. Los ventanales, además de dar al pasillo se proyectan hacia la calle, donde se observa una plaza linda, bien cuidada e iluminada, con los árboles mostrando distintos tonos de verde y amarillo propios del otoño.

El comedor tiene cerca de ocho mesas. Hay un grupo de cuatro personas en una y una pareja en otra. El resto están vacías. La mesera lo ubica en una mesa para dos pegada al ventanal que da a la calle. Las mesas son relativamente pequeñas con una sola base circular. Las sillas de madera son color caoba, al igual que el resto del mobiliario.

La mesera le pregunta si desea pedir algo mientras espera. Juan le pide una botella de agua mineral. La mesera se retira. Juan saca su teléfono del bolsillo del pantalón. Revisa si tiene algún mensaje nuevo. Ninguno. Le escribe un mensaje a Daniela, la persona con que se iba a juntar. Le pregunta si le falta poco por llegar y si quiere tomar vino, para pedir una botella. Mientras aguarda que le conteste el mensaje observa a la gente despreocupada pasar por fuera del restaurante. Espera poder verla por si pasa por ahí para hacerle una seña indicándole donde está. En eso llega la mesera con la botella de agua mineral y un vaso con dos hielos. Abre la botella y le sirve agua en el vaso hasta la mitad. Él le agradece a la mesera y vuelve a revisar su celular. Daniela le responde que está a diez minutos, que pida una botella de vino, pero que no se la tome entera antes de que ella llegue, junto al *emoticon* de una cara risueña.

Juan se da media vuelta para ver a la mesera y pedirle el vino. En eso ve entrar un par de personas más al comedor. La mesera le toma el pedido del vino y vuelve al poco rato con la botella y dos copas. Destapa la botella y le sirve una copa.

El ambiente en el lugar es tranquilo. Está a medio llenar y nadie habla a un volumen muy alto. La música del lugar, en ese momento, es rock de los 90. En el rato que lleva ahí han sonado canciones de Nirvana, Stone Temple Pilots, R.E.M... La banda sonora ahí alternaba entre rock y pop de los 90 y 2000.

Juan ya lleva la mitad de su copa y aún no ve pasar a Daniela por afuera del restaurante, cuando ella le toca el hombro con la mano. Él se da vuelta y se saludan con un ligero beso en los labios.

Daniela es profesora de inglés y trabaja en un horario bastante flexible para un instituto de

idiomas. Aprovecha esa facilidad para mantenerse muy en forma, es muy deportista y le gusta la vida al aire libre. Su niñez la pasó junto a su familia en un pueblo pequeño y muy tranquilo. Se vino a vivir a la ciudad cuando entró a estudiar a la universidad hace ya quince años. De baja estatura y poseedora de una gran personalidad, se hace notar en cualquier lugar. Es la mayor de cuatro hermanos y la única mujer. Sabe muy bien lo que quiere en la vida y es muy decidida e impetuosa. Viste con jeans negros, una blusa verde y una chaqueta de mezclilla celeste. Su pelo es negro y liso. Lo usa partido al medio y le llega hasta la mitad de la espalda.

Se sienta delante de él y le pregunta si ya pidió algo para comer. Juan le dice que no, pero que está pensando en ordenar los raviolos con boloñesa. Daniela se decide por el salmón con puré de arvejas.

Daniela y Juan han estado saliendo por casi cinco meses. Juan fue muy deportista de joven, pero los últimos años se ha dejado estar, perdiendo mucho la condición física. Ahora que sale con Daniela ha comenzado a preocuparse más y a tratar de ponerse en forma, ella lo ha motivado. Muchos fines de semana hacen senderismo en los cerros cercanos a la ciudad para aprovechar el buen clima del verano y de principios del otoño.

Se conocieron por una aplicación de citas y se llevaron muy bien desde el comienzo. Tienen gustos en común que ambos valoran, como el estilo de música y el tipo de películas. Juan es metalero y a ella le gusta mucho el *grunge*, aunque de repente también les da por ir a bailar estilos más tropicales. Respecto a las películas, a ambos les encantan las comedias.

Hablan de superficialidades como qué tal había estado el día y curiosidades de las noticias, cuando la mesera les trae sus platos. Les llena las copas de vino, les pregunta si necesitan algo más, les desea buen provecho y se retira.

Entonces Juan le pregunta a ella acerca de qué le quiere hablar. Ella, un poco incómoda, da algunos rodeos sobre que ha estado pensando mucho sobre su vida últimamente y le relata cómo se siente. Le cuenta que ha hablado hartos con sus padres y con su mejor amiga. Le dice que ella siempre tuvo claro que quería formar una familia y ahora se había dado cuenta de que necesitaba que fuera pronto, por su edad. Juan la escucha atento prácticamente sin interrumpirla. Luego de un rato contándole, le informa que ha tomado una decisión.

—He llegado a la conclusión de que tú no eres el adecuado para mí y creo que lo mejor sería que dejáramos la relación hasta aquí.

Juan la mira con poco asombro y calmadamente le pregunta cuál es el problema.

—A pesar de que todavía te quiero y considero que eres una gran persona, noto que no te va bien en lo económico y no veo que tengas posibilidades de mejorar —le responde Daniela—.

Él toca el tema de los sentimientos y ella le reconoce que sí hay, pero que es necesario tomar otros aspectos en cuenta.

—No es lo único importante, lo de *contigo pan y cebolla* es de adolescentes. Yo necesito un hombre al que le vaya lo suficientemente bien para que yo no necesite trabajar. Yo quiero tener hijos y dedicarme a ellos cien por ciento por lo menos los primeros tres años —dice Daniela, luego hace una pausa y continúa—. Además, contigo veo que estaría repitiendo la historia de mi papá. A él nunca le fue bien en lo económico y de niña eso me hizo sufrir mucho.

—Lo estoy intentando. Estoy constantemente buscando un mejor trabajo, todas las semanas postulo a varios anuncios —le responde él.

Juan lleva años buscando una oferta más rentable y ha probado muchas fórmulas distintas. A veces envía currículos muy completos; otras, más bien resumidos. A veces pide mucho más que su sueldo actual y a veces sólo un poco más. También trata de estar constantemente en contacto con sus amigos y conocidos por si aparece alguna oportunidad.

Ella está consciente de que Juan realmente se está esforzando. Sin embargo, le hace ver que, según lo que él mismo le contó, lleva más de cinco años en lo mismo y no logra mejorar. Si no ha progresado su situación en ese tiempo, no cree que lo vaya a lograr pronto.

—¿Y qué si pasan cinco años más? Yo no puedo esperar tanto tiempo —le reprocha ella.

Juan insiste que su situación no es tan mala, que lleva tiempo ahorrando para el pie de un departamento y que ya tiene suficiente como para hacerlo. Ella le rebate que con lo que tiene ahorrado el dividendo será alto, entonces su situación no va a cambiar.

Finalmente, él acepta su decisión, le agradece la honestidad y el lindo tiempo que pasaron juntos. Terminan la cena, la acompaña a tomar un taxi y se despiden amigablemente. Luego, Juan se dirige a su casa, camina cerca de diez cuadras para finalmente toma un taxi. En el intertanto piensa en muchas cosas, siente algo de dolor por la ruptura, pero no es la primera vez que terminan con él y tampoco es la mujer que más ha amado. El sentimiento que más lo abrumaba en ese momento era la frustración. Sabía que Daniela tenía mucha razón y desde un inicio le dijo que su sueño era formar una familia.

Eran casi las dos de la tarde. Juan terminaba de almorzar. Estaba un poco ansioso porque tenía una entrevista de trabajo. Había ido a muchas en su vida, pero hace tiempo que no lo citaban a una. Por lo general, por cada veinte currículos que enviaba lo llamaban a una entrevista. Alrededor de una al mes. Pero no había sido así últimamente. La entrevista anterior había sido hace más de un año y desde esa vez había enviado cerca de doscientos correos sin que lo llamaran.

Cuando lo citaron, Juan preguntó por cuál aviso era, pero no le quisieron dar mayores detalles. Sólo sabía que era en un lugar que quedaba a treinta minutos de donde normalmente almorzaba. La cita era a las tres de la tarde, pero él quería llegar por lo menos quince minutos antes por seguridad.

Había avisado ya en su trabajo actual que volvería alrededor de las 4:30 del almuerzo porque tenía que hacer un trámite. Su jefe sabía que Juan no estaba conforme con lo que ganaba ahí y entendía que quisiera buscar un trabajo mejor pagado, ellos no habían podido ofrecerle un aumento sustancial hace tiempo ni tampoco les convenía. A la nueva gente que habían contratado últimamente les habían ofrecido sueldos que eran dos tercios de lo que ganaban él y los otros que llevaban más tiempo en la empresa.

A Juan le gustaba su trabajo actual, se llevaba bien con la mayoría de la gente y el jefe era una persona sensata. Su principal motivación en ese momento era ganar más dinero, aunque fuera en un ambiente laboral malo o con peor horario. Con lo que obtenía le alcanzaba para sus gastos, pero no podía ahorrar mucho, ni menos darse lujos.

Juan termina de almorzar y camina dos cuadras hacia el metro, de ahí directo a la entrevista. Llega bastante temprano, casi treinta minutos antes. Vitrianea tiendas de ropa para hacer un poco de tiempo, sabe que hay que llegar entre diez y quince minutos antes a cualquier entrevista. Llegar mucho antes también era contraproducente. Mientras mira las tiendas se siente mal de una forma indescriptible. No le da importancia, piensa que puede ser por los nervios. Trata de respirar hondo y lentamente para calmarse antes de entrar a la entrevista.

Es un edificio moderno, de 35 pisos, completamente de vidrio por fuera. Está ubicado en uno de los núcleos empresariales de la ciudad, cerca de lujosos barrios. Después de entrar por una puerta giratoria pasa por la recepción del edificio. Le piden una identificación, le preguntan a qué piso va y le toman una foto. Pasa por unos torniquetes que leen su identificación y luego hasta los ascensores. Hay bastante gente esperando.

Se baja del ascensor y busca la entrada. Camina hacia un lado del hall y ve que hay dos puertas de madera sin mayor identificación. Luego, se dirige hacia el otro extremo del hall y ve la puerta de vidrio con el logo de la empresa. Cruza la puerta y entra a un salón donde hay un mesón con una recepcionista a un lado y una caseta con personal de seguridad al otro. En el salón hay cuatro sillones dispuestos en L, varias plantas de interior y las murallas están adornadas con cinco grandes cuadros de arte impresionista.

La recepcionista, una mujer de unos 55 años, le da las buenas tardes y le pregunta a quién busca. Juan le dice que viene a una entrevista de trabajo y le da el nombre de con quién es la entrevista. La recepcionista le indica que pase a registrarse con las personas de seguridad y que luego tome asiento mientras espera que lo llamen.

Juan se acerca a la caseta de seguridad donde hay dos hombres. Uno está fuera de la caseta, parado al lado de la ventanilla. Mira de forma alternada hacia la puerta y hacia las numerosas pantallas dentro de la caseta. El otro, que está dentro, le pide su identificación a Juan, anota sus

datos, le toma una foto y le pasa una tarjeta de color amarillo con una cinta colgante de género con el nombre de la empresa para colgársela en el cuello. La tarjeta dice con letras negras la palabra VISITA y un número.

Juan toma asiento en uno de los sillones. El malestar que había sentido ya ha desaparecido, aunque está ansioso. Trata de relajarse mirando noticias y las redes sociales en su celular. Ve a sus amigos publicar sus alegrías, fotos de sus vacaciones, lo orgullosos que están de sus hijos, cosas de esa índole. Juan no es una persona envidiosa, pero a estas alturas de su vida se siente frustrado al ver la alegría de los otros. Se pregunta por qué él no. Opta por leer las noticias en un periódico. Ahí sólo ve políticos populistas proponiendo cosas que ya se han probado en un montón de lugares y que siempre han fallado. Finalmente, se pone a mirar la galería de fotos de su celular llena de memes enviados entre amigos.

Pasan veinte minutos y aparece una mujer que lo viene a buscar. Es la persona que lo va a entrevistar. Una mujer relativamente alta, de unos cuarenta años, muy delgada, con ropa suelta y casual. Tiene el pelo tomado y usa lentes ópticos. Se presenta de una manera muy formal y le pide a Juan que lo acompañe hasta su oficina.

Caminan por un pasillo y pasan por otro salón de espera. Ahí había una secretaria en un escritorio junto a un gran ventanal con muy linda vista a la ciudad. Este salón era mucho más elegante que el de la entrada, con varios sofás de cuero muy costoso. La oficina de la entrevistadora estaba en el centro del piso y no tenía ventanas. Acaban de tomar asiento cuando entra la secretaria y le ofrece a Juan un café u otra cosa para beber. Juan da las gracias y dice que no.

La entrevistadora le cuenta de qué se trata el trabajo para el cual buscan a una persona. No difiere mucho de lo que hace Juan en su empleo actual, sin embargo, conlleva algo más de responsabilidad. También le cuenta sobre el negocio de la empresa y el tamaño de esta. Es en una industria en la que Juan tiene experiencia, había hecho varios reemplazos en compañías de menor tamaño hace varios años atrás.

Luego de la pequeña introducción, comienzan las preguntas de rutina de la mayoría de las entrevistas de trabajo a las que Juan ha ido. ¿Cómo se ve en cinco años? ¿Cuáles son sus fortalezas y debilidades? ¿Cómo abordaría tal y cual situación? ¿Tiene disponibilidad de viajar? ¿Disponibilidad para trabajar fines de semana? ¿Disponibilidad para hacer horas extra? ¿Tiene capacidad de trabajar bajo presión? ¿Tolera bien el estrés?...

Después, la entrevistadora empieza a leer el currículum de Juan y se detiene donde figura la experiencia que tuvo en empresas del mismo rubro. Le pide que le cuente los detalles y le pregunta si conoce a tal o cual persona allí.

La entrevista va fluyendo muy bien, Juan le responde con seguridad y claridad las cosas que le van preguntando. Finalmente, llegan a las pretensiones de sueldo. Juan esta vez dice un monto que es veinte por ciento más de lo que está ganando en su trabajo actual. Él aceptaría hasta un diez por ciento más, pero dice veinte para dejar un espacio de negociación. La entrevistadora anota todas las respuestas y finalmente le cuenta cómo sigue el proceso de selección. De todos los candidatos, se selecciona a siete que van a una entrevista psicológica, de ahí a los tres mejores que van a una entrevista con el gerente, quien finalmente decide.

—¿Tiene alguna duda? —pregunta la entrevistadora.

—Por favor, con honestidad, cuénteme, ¿qué posibilidades tengo? —pregunta Juan.

—Su currículum está bien y has dado una buena impresión. Hay posibilidades de que sigas en el proceso —responde ella.

—Respecto de mis pretensiones de sueldo, ¿qué tal están? ¿Están dentro del rango?

—No. Está muy por encima de lo que la mayoría de los candidatos están pidiendo. Hace dos años atrás ese salario era muy acorde al mercado, pero ya no más. Hay mucha más oferta de profesionales que antes. Para este cargo nos llegaron más de 200 currículos, muchos de ellos muy buenos y que pedían la mitad de sueldo.

—Eso es mucho menos de lo que gana actualmente, ¿cómo es posible? —se cuestiona Juan.

—Hay varias razones. La principal es que la economía está estancada por la reforma tributaria. Hace cinco años normalmente llegaban entre cincuenta y cien currículos para un aviso. Ahora llegan quinientos. Antes además era muy raro ver un currículum de un extranjero, ahora son casi la mitad y son muy buenos trabajadores. Todo aquel que emigra a buscar nuevas oportunidades suele ser muy motivado y esforzado —le comenta ella.

La respuesta era sencilla, entre una economía lenta y economías peores en países con gobiernos ultrapopulistas era natural que hubiera sobreoferta de profesionales. No era la primera vez que Juan escuchaba eso, de hecho, lo había visto en la empresa donde actualmente trabajaba.

Juan le dice que puede rebajar sus pretensiones de sueldo y ella anota el nuevo valor. Finalmente, ella le dice que le avisarán solamente si es seleccionado para pasar a la siguiente fase, asunto que veía difícil.

Juan sale de la entrevista decepcionado, pero no más frustrado que antes de ella. De hecho, queda bastante tranquilo con lo que le dijo la entrevistadora. Normalmente no son tan abiertas para comentar las pretensiones de los otros candidatos o de las reales oportunidades que tenía.

Camina directo al metro y luego de vuelta a su trabajo. En el trayecto se va pensando que él no está tan mal, que hay mucha gente que gana la mitad y que al final su trabajo es agradable, el ambiente, la gente... También siente un poco de pena por todos los que han tenido que huir de sus países donde la situación es mucho peor.

Es jueves por la tarde, Juan había llegado hace poco a su casa del trabajo. Quiere salir a tomar algo e intentar conocer alguna mujer. Lo de Daniela ya es historia para él y lo de la entrevista de trabajo también. Tiene que continuar con su vida. Si le resulta con alguna mujer para estar por el rato, bien, si llega a conocer a alguien que valga la pena para algo más largo, mejor. Él está acostumbrado a conocer mujeres en bares y discotecas, no tiene ningún problema en acercarse a hablarles, pero en los últimos años le resulta más difícil pasar más allá del contacto inicial. Antes de su última relación había estado un año solo y aunque había conocido muchas mujeres, muy pocas veces había conseguido tener intimidad o llegar a conocerlas mejor. Sentía que había una barrera, no estaba muy seguro de que era, pero pensaba que se debía a que él estaba fuera de forma. Antes de salir con Daniela ya había empezado a ejercitar y mientras estuvo con ella mejoró algo su condición y apariencia. Después de terminar se propuso entrenar mucho más fuerte y comer más sano. Había logrado progresar, pero muy lentamente.

Se cambia de ropa, come algo y luego se toma un café. Enciende un rato el televisor y se sienta en el sofá. Su departamento es bonito pero pequeño. Está bien ubicado y es cerca de su trabajo. El arriendo no es muy alto, lo que le permite ahorrar un poco. Tiene planes de comprar un departamento, pero el valor de éstos no había parado de subir. A ratos sentía que no avanzaba con su ahorro para tener el pago inicial, que no era poco. Ve televisión por veinte minutos, la apaga y sale de su departamento.

El lugar donde va esa noche hace eventos algunos días al mes. Es la azotea de un edificio de estacionamientos. Tiene una muy linda vista hacia donde se pone el sol, aunque cuando Juan llega ya es de noche. No hay mucha gente aún y la mayoría está, a pesar del frío del otoño, en una terraza al aire libre donde hay una barra de tragos y se venden diversos bocadillos para comer. La pista de baile está techada y dentro de ella no se puede fumar, aunque siempre hay gente que lo hace cuando se llena. Es un lugar interesante porque va gente de muy diversos lugares y clases sociales. Desde gerentes de grandes tiendas hasta meseros de restaurantes de colaciones, lo que lo convertía en un lugar especialmente entretenido.

Juan ha conocido muchas mujeres ahí, desde doctoras hasta prostitutas. Las primeras veces que fue y cuando aún no sabía cómo era el lugar, le habló a un par de mujeres que estaban solas, paradas cerca de la salida de uno de los baños de hombres. Rápidamente y sin muchos rodeos, ellas le ofrecieron sus servicios. A Juan no le interesaba pagar por sexo, sabía que si realmente le ponía empeño podía conseguir alguna que quisiera con él gratis.

Se encuentra con un par de amigos que conoció en un antiguo trabajo hace tiempo. Se ponen al día de sus vidas. Uno se está separando y el otro está soltero igual que Juan. Tienen la misma profesión y también sienten que las cosas en la industria están cada día más complicadas. Mucha más gente que antes buscando trabajo y no aparecen empleos nuevos. Llevan mucho tiempo en sus trabajos y tienen una situación económica mejor que la de Juan.

Se toman un par de tragos y ven un grupo de tres mujeres en una disposición parecida a la de ellos. Se acercan y entablan conversación. Ellas se muestran un poco reacias al principio, pero después de unos instantes se abren a charlar con ellos. Hablan por diez minutos de trivialidades, a qué se dedican, dónde trabajan... Son vendedoras de seguros. Rápidamente los dos amigos buscan excusas para apartarse de ellas. Es muy sabido que las vendedoras de seguro tratan de conocer prospectos de venta. Juan también lo sabe, pero él no tiene ningún inconveniente en decir que no cuando intentan venderle algo que no le interesa. Se queda conversando con las tres por un

rato, hasta que ellas se despiden amablemente de él. La mujer con la que más había hablado le deja su tarjeta. Juan la guarda y va a la barra a buscar otro trago. El último que se va a tomar. Casi eran las diez, hora en la que se acaban los tragos a mitad de precio.

Se pone en la fila para comprar la copa y detrás de él se coloca una chica que ha visto un par de veces en el ascensor del edificio donde trabaja. Juan se da vuelta y le habla. Ella al principio no lo recuerda, pero rápidamente lo consigue. Le menciona un compañero de trabajo de Juan con el que solía salir a almorzar y que se vestía de manera llamativa.

Hablan sobre los lugares para almorzar cerca del trabajo y de las copuchas típicas sobre oficinas y empresas del mismo edificio. Luego, van a la pista. Bailan por cerca de veinte minutos cuando llega una amiga a buscarla. Intercambian teléfonos y se despiden. Juan se da un par de vueltas por el lugar para ver si encuentra a sus amigos o a algún otro conocido. Ve a algunas chicas que ya conocía bailando y a sus amigos no los encuentra. Decide irse para su casa.

Al día siguiente va al trabajo como de costumbre. No se topa con la chica que conoció en la fila anoche. El sábado le envía un mensaje preguntándole cómo esta; ella no le contesta. El martes de la semana siguiente le vuelve a escribir; de nuevo sin respuesta. No se topa con ella en toda la semana tampoco.

Que las mujeres que conocía en bares y discotecas después no le respondieran sus mensajes era algo que solía ocurrir. Juan ya estaba acostumbrado, aunque a veces también lo hacía sentirse frustrado. De forma habitual lo conversaba con amigos y todos tenían distintas teorías, desde que la mayoría de las mujeres tenía pareja —y que básicamente le daban el número para tenerlo en la banca—, hasta que el problema era que debía ser mucho más agresivo e insistir una y otra vez hasta que le respondieran e insistir con varias al mismo tiempo. Juan era de la opinión de que no respondían simplemente porque no estaban interesadas.

Pasan semanas desde la entrevista de trabajo y desde que Daniela terminó con él. La vida de Juan sigue más o menos igual. La chica de la fila nunca le respondió sus primeros mensajes, tampoco el par más que le envió en las semanas posteriores. Se la topó en el ascensor un par de veces y ella lo saludó con un frío hola.

A la chica que vendía seguros también le envió un par de mensajes. Ella sí le contestó. Se juntaron a tomar un trago un par de veces y, como era de esperarse, le trató de vender pólizas. Primero una de salud, que cubría enfermedades del tipo catastróficas. A Juan hablar de enfermedades le molestaba, era algo de lo que nunca le había gustado hablar y sentía que jamás lo iba a necesitar, siempre había tenido una excelente salud. Después, ella intenta con seguros contra accidentes, seguros de vida con ahorro... Juan en realidad no le veía sentido a tener seguros de vida porque no tenía ni mujer ni hijos. Cuando ella se dio cuenta de que Juan no le iba a comprar ningún seguro, dejó de responder sus mensajes.

Había vuelto a ir a los eventos en la azotea del edificio de estacionamientos, también a distintos tipos de bares, sin lograr avances significativos con las mujeres que había conocido.

En esas semanas algunos de sus amigos estuvieron de cumpleaños y, como era habitual en la gente de su edad, hacían pequeñas reuniones en sus casas. Ahí raramente había mujeres solteras, la mayoría de sus amigos y amigas estaban casados o con pareja y prácticamente sólo hablaban de sus hijos. Además, era raro que aparecieran nuevas personas, ya que todo el mundo tenía su grupo de amigos y esos grupos no cambiaban mucho.

Algunos días se había sentido algo mal. No un gran malestar y normalmente se le pasaba en algunas horas. No le ha dado mayor importancia. No quiere pensar en eso, está preocupado de su trabajo, de ponerse en forma, de conocer mujeres. Quiere avanzar en su vida. Las cosas le cuestan mucho y a veces se siente frustrado, otras veces siente impotencia de no avanzar al ritmo que le gustaría. Aun así, no pierde el optimismo ni las ganas de seguir intentándolo.

Cuando regresa del trabajo prepara algo para comer, se pone a ver televisión y, de repente, se siente especialmente mal. Se prepara un agua de hierbas, eso normalmente lo calma. Cree que el malestar tiene que ver con su ansiedad producto de avanzar tan lentamente en la vida.

Se toma el agua de hierbas. Además del malestar, se siente especialmente cansado. Apaga el televisor, se acuesta en la cama y trata de dormir. Consigue dormir intermitentemente durante la noche.

Al otro día despierta cansado y el malestar se ha intensificado. No consigue ignorarlo. Consigue una cita con su médico de confianza para tres días más. Ese mismo día por la tarde el malestar vuelve a desaparecer.

Pasan los tres días y Juan se ha sentido bien. Llega a la cita con el médico y le cuenta los síntomas. El doctor lo examina, le hace varias preguntas de rutina y algunas más específicas. Finalmente, le da una orden para que se realice una batería de exámenes y le indica unos analgésicos en caso de que le vuelvan los malestares.

Juan regresa al trabajo, deja la orden para los exámenes en su puesto de trabajo y luego se olvida del tema. Varios días después vuelve a sentirse mal, momento en el que organiza su tiempo para hacerse los exámenes, revisa su agenda y se programa para el lunes de la semana siguiente.

Una semana después de hacerse los exámenes tiene los resultados. El doctor los revisa, vuelve a preguntar por los síntomas y cómo se ha sentido. El examen físico es más profundo esta vez.

Después, el doctor le dice a Juan que tiene una mala noticia que darle. Que tiene una enfermedad bastante grave y en estado relativamente avanzado, que las posibilidades de sobrevivir son bajas y la sobrevida deja secuelas de por vida. Le cuenta además que el tratamiento incluye cirugías y drogas muy fuertes, con poderosos efectos secundarios, pero que son necesarias para combatir la enfermedad. Además, debe comenzar el tratamiento lo antes posible. Que lo normal para casos como el suyo es que se sienta relativamente bien por los próximos tres o cuatro meses y que luego, cuando la enfermedad avance, tenga un par de meses muy dolorosos antes del desenlace. Si se trata inmediatamente podría alargar su vida por cinco años más, o inclusive un poco más si su cuerpo reacciona bien a la cirugía y al tratamiento.

Juan, incrédulo, se niega a aceptar la noticia. El doctor le recomienda que busque una segunda opinión, pero que lo haga lo antes posible y le da los datos de un par de especialistas. Juan busca una segunda opinión, y una tercera. Le confirman el mismo diagnóstico y pronóstico.

El doctor le había dado licencia médica por un mes, por lo que no tenía que ir a trabajar. Ya había hablado con la gente de su oficina respecto de su situación y se había encargado de pasarle todos los temas pendientes a sus compañeros de trabajo. Aunque en su cabeza aún no asumía a cabalidad el problema y seguía preocupado de éstos, pensaba que en cualquier momento se mejoraría y volvería a hacer su vida normal.

Se levanta temprano, quiere llegar a la sucursal del seguro médico lo antes posible, ya que sabe que a veces la espera es larga. Llega veinte minutos después de la apertura y la máquina le da el número B45. En ese momento atienden al B07.

Se pone a pensar en su vida, en todos los planes que tenía de adolescente y de cómo casi no había cumplido ninguno. Hasta ese momento siempre había pensado que aún le quedaba tiempo para viajar, formar una familia, hacer su propia empresa, crear algo innovador. Ahora lo veía difícil, le daba vueltas lo que el doctor dijo, que en el mejor de los casos podría alargar su vida por cinco años. Piensa que sería egoísta de su parte formar una familia y tener hijos para morir cuando ellos todavía sean niños.

Lo atiende un ejecutivo joven, vestido muy formalmente y con una actitud muy seria. Da varias opciones a Juan. Le dice que se puede atender sin costo en un hospital estatal con convenio, que ahí el seguro le cubre el cien por ciento, pero debe ser con el médico específico asignado por el seguro. Las aseguradoras de salud tienen la obligación de ofrecer una opción con cobertura cien por ciento garantizada para esa enfermedad. Luego, le da otra opción, le dice que si elige a otro médico en otra clínica le cubren hasta cierto monto y le imprime un papel con la cobertura de cada prestación y medicamento, en ese caso Juan debe hablar directamente con el lugar para que le den un presupuesto y pueda evaluar cuánto terminará gastando. Por último, el ejecutivo le da una tercera opción, una clínica con convenio donde podía elegir dentro de una lista acotada de médicos. En ese caso tendría que pagar diez por ciento más cincuenta por ciento de medicamentos y drogas. La opción donde el seguro le cubría el cien por ciento era un lugar lúgubre y antiguo, un hospital estatal de más de cien años. En general los médicos eran buenos en los hospitales estatales y el personal se esmeraba por atender a los pacientes, pero sólo tenían salas compartidas entre seis personas. Por esto, la gente si podía pagar más e ir a un lugar donde estuviera en una habitación individual o sólo con otra persona, elegían esa opción.

Estuvo toda la mañana en lo del seguro médico. Al salir, almuerza en un lugar barato y vuelve caminando hacia su casa.

Cuando llega se siente cansado, aunque principalmente cansancio mental. Su mente no deja de pensar en mil cosas, en el pasado, en el futuro... Trata de ver televisión, pero cada programa, cada palabra, le hacen pensar en alguna circunstancia de su vida. En un canal hay una pareja de adolescentes discutiendo y se acuerda del par de novias que tuvo cuando él era adolescente y de lo tonto que era. Cómo le encantaría volver a esa época sabiendo lo que sabe hoy. En otro canal ve un programa de ciencias y piensa que tal vez debió estudiar eso, que prefirió una carrera en donde se suponía iba a ganar más dinero y que al final no se puede decir que ganaba mucho más que si hubiera estudiado ciencias. Estuvo así un par de horas y finalmente durmió en el sofá.

Durmió cerca de dos horas en el sofá con el televisor encendido. Al despertar, daban un documental sobre la evolución de los perros desde sus antepasados lobos a las diversas razas de hoy. También hablaban de la selección artificial y del efecto que provocaba el resaltar ciertas cualidades de las razas, con muchos problemas de salud aparejados.

Recuerda a todos los perros que alguna vez tuvo. En este momento no tenía ninguno, pero todos los que tuvo murieron en sus brazos. Se acordó especialmente de uno de ellos. Uno que de viejo tuvo un problema a la cadera típico de esa raza y que en los últimos meses sufrió mucho al caminar. En esos meses la veterinaria lo visitó varias veces y dijo que cuando se complicara aún más el andar sería mejor que lo pusieran a dormir. Le costó mucho, pero finalmente Juan tomó esa decisión.

Se acordó especialmente del momento cuando le pusieron la inyección. Lo tenía acostado sobre una alfombra y le hacía cariño mientras la doctora hacía su trabajo. En ese momento sintió como su cuerpo tenso se iba relajando y como sus últimas respiraciones fueron con un gran alivio, casi de una liberación. Sintió cómo el animal por fin pudo descansar. Sintió que la muerte fue un alivio y una liberación para su mascota. Se acuerda también cómo se sintió egoísta, no lo había querido poner a dormir porque lo quería mucho. El problema era su cariño hacia su perro, eran sus sentimientos, no los del animal. Era él quien iba a extrañar a su mascota. El perro estaba sufriendo porque era Juan quien no lo quería dejar ir.

En ese momento lo invade una extraña sensación. Algo muy fuerte, una epifanía, una suerte de iluminación. Siente que por primera vez abre realmente los ojos en su vida y puede por fin ver qué hay más adelante. Esa nueva visión lo hace decidir a no tratarse. Si este iba a ser el momento de su muerte, si este era el camino que tenía delante lo afrontaría con aceptación y lo tomaría con la frente en alto, sin miedo, viviría lo que alcanzara a vivir y sufriría lo que tuviera que sufrir, luego esperaría a la muerte como a la amiga que liberó a su querido perro de su sufrimiento.

Ahora Juan se siente renovado, ligero, como si tuviera una segunda oportunidad de vivir. Apaga el televisor y sale a comer. Va a un restaurante de lujo donde la comida es maravillosa. No sabe qué será de él mañana y, en ese momento, tampoco le importa. Todos los problemas y sus frustraciones habían muerto ese día. Pide la especialidad de la casa y una buena botella de vino, se siente bien así y quiere aprovechar ese momento. Termina con un postre magnífico. Lo de ponerse en forma ya no es importante y, por lo demás, los últimos días había estado inapetente y perdido peso.

Segunda parte

Al día siguiente se despierta de muy buen ánimo, ordena su departamento y se sienta con un libro que llevaba hasta la mitad y hacía semanas que no leía. Mientras trata de leer, empieza a pensar sobre qué hacer con el tiempo que le queda. Tiene algo de dinero que había estado ahorrando para el pie de un departamento. No es demasiado y le había tomado bastante tiempo en juntarlo, pero ya no tenía sentido invertirlo en un departamento. Además, no le darían un crédito hipotecario si sabían que iba a morir. Tendría que presentar una declaración de salud y hasta ahí llegaría el proceso. Por otro lado, tenía bastante cupo en la línea de crédito y en las tarjetas de crédito, todo ese crédito con seguro de desgravamen firmado hace mucho tiempo.

Había muchas cosas que siempre quiso hacer, como viajar o tirarse en paracaídas, pero siempre había pasado algo que se lo impedía, si no era el trabajo, era la familia y, si no era eso, era cualquier otra cosa. Siempre había un obstáculo o un gasto inesperado que lo arruinaba todo.

También siempre quiso ser mujeriego, pero simplemente no le nacía. No podía jugar con los sentimientos de nadie. Era honesto con las mujeres, les decía lo que buscaba y quería con ellas, pero ellas simplemente no valoraban su honestidad, todo lo contrario, huían como si hubieran visto un fantasma.

Muchas de las cosas que le hubiera gustado hacer, ahora las veía muy difíciles. No se imaginaba viajando en un avión por más de ocho horas y que le vinieran malestares, o que tuviera que encerrarse en un baño porque tenía vómitos o diarrea. Además, sabía que su salud iba a empeorar con los días y que, fuese lo que fuese que decidiera, tenía que hacerlo pronto.

Después de pensarlo decidió que había dos cosas que haría. Una era despedirse de toda la gente a la que le había tenido cariño alguna vez. La otra era irse de putas.

Aunque no tenía mucho contacto con sus amigos últimamente, sabía que ellos al final igual lo iban a echar de menos. Pensaba que no entenderían su decisión y que muy probablemente pusieran el grito en el cielo. Sin embargo, no podía irse sin despedirse. No era su costumbre.

Respecto a las putas, había estado con algunas en distintos momentos de su vida, pero no era algo que le llenara ni que le llamara la atención en demasía. Muchas de las veces que lo hizo fue en momentos donde se sentía muy bajoneado y le ayudó para dejar de pensar en situaciones abrumadoras por errores que había cometido. Cuando andaba triste era incapaz de dejar de pensar en el pasado y eso lo hacía sentirse aún más triste.

Sabía que el físico más temprano que tarde le iba a fallar y que no iba a poder seguir teniendo relaciones sexuales. Por otra parte, era algo que podía hacer día a día, según como se sintiera y que además era algo que podía cancelar en cualquier momento. Si estaba en su casa con una puta y se empezaba a sentir mal, era cosa de pedirle que se fuera. A lo sumo iba a perder la tarifa que le hubiera pagado a la puta. Totalmente distinto a si se iba de viaje. Si el cuerpo le fallaba en un bus o en un avión, si le daban ganas de vomitar o si se tenía que encerrar en el baño. Podía pasar por cosas muy desagradables. Además, no veía otra forma de tener sexo, ya no tenía tiempo de salir a conocer y gastar un par de semanas conociendo a alguien. Conocer por la noche también era una posibilidad, pero sabía que eso no le resultaba con frecuencia; si salía todos los fines de semana de un mes, era probable que le resultara una vez, con suerte dos. No tenía tiempo que desperdiciar.

Tenía una cita con el doctor para dos días más, en donde se suponía iban a planificar el tratamiento y la cirugía. El doctor ya le había dicho que tenía que operarse lo antes posible. De hecho, la última vez que lo vio, lo quería internar al día siguiente. Juan le dijo que no porque quería consultar una segunda opinión y ver lo del seguro médico.

Juan visita al doctor pese a no tener cita ese día. La explica a la recepcionista que necesita hablar con él. La recepcionista le pide que tome asiento, que verá qué puede hacer. Hace una llamada y le dice que el doctor lo atenderá dentro de un momento.

Espera por treinta minutos hasta que el doctor lo hace pasar. Cada minuto que está en la sala de espera siente que es un minuto perdido, que le queda poco tiempo y que gastarlo sentado en una sala de espera es una de las formas más inútiles de hacerlo.

Conversa con el doctor y le cuenta su decisión. El doctor trata de convencerlo. Le da argumentos tales como que no le va a resultar, que se va a sentir bien sólo por uno o dos meses, después se sentirá muy mal como para andar follando con putas y que en poco tiempo más no habrá vuelta atrás. Le dice que desperdiciará la oportunidad de tratarse, que al despedirse va a hacer sufrir mucho a toda la gente y que además no se imagina lo duro que va a ser para él mismo.

Con cada argumento que le da el doctor, Juan piensa que todo el sufrimiento de los demás es por el propio egoísmo de ellos. Que si ellos sufrirán por su decisión será porque él no estará para ellos, no porque de verdad les importe. Luego, vuelve a recordar a su perro y que al final sintió que era egoísta de su parte no haberlo sacrificado antes, que mucho de su dolor fue innecesario.

Mientras más le habla del dolor físico que tendrá en los próximos meses o semanas, más piensa en el dolor espiritual que ha tenido todo este tiempo. El dolor de no sentirse pleno, de no poder cumplir sus sueños, de ser rechazado por mujeres a las cuales él quiso, de todas las frustraciones, de no poder conseguir un mejor trabajo, una mejor casa, el dolor de haber sido traicionado por amigos, etc.

La cervecería era un lugar antiguo, con mesas para cuatro personas adosadas a la muralla y asientos fijos, también adosados a la muralla. Las mesas eran rojas. Los asientos eran rojos en el acolchado y amarilla la parte de madera. Unas típicas mesas de las fuentes de soda de los años cincuenta. Las murallas tenían espejos y el lugar era bien iluminado. En ese momento sonaba la música de AC/DC.

Alejandro llevaba cerca de diez minutos ahí y el mesero recién le había traído un vaso de cerveza. Estaba esperando a Juan, que le había hablado más temprano ese día. Le había dicho que tenía que contarle algo importante y acordaron verse en esa cervecería. Su grupo de amigos iba a ese lugar frecuentemente. Alejandro era el mejor amigo de Juan y, cuando este le dijo que se juntaran, tuvo que coordinarse con su mujer por las tareas de sus hijos.

Juan llega al lugar y se saludan de un abrazo. Juan inmediatamente le hace un gesto al mesero para que le traiga otro vaso de la misma cerveza que estaba tomando Alejandro.

Juan y Alejandro se conocían desde el colegio, habían hecho buenas migas desde que Alejandro llegó al curso de Juan. Alejandro era muy loco de adolescente y a Juan le hacían muchas gracias sus locuras. En los paseos de curso inventaban la forma de llevar alcohol y muchos de sus compañeros se les sumaban. Cada vez que se juntaban terminaban discutiendo de fútbol, de política o de religión. Nunca estaban de acuerdo.

Hablan un rato de las hijas de Alejandro, de cómo les estaba yendo en el colegio y de su mujer, que se había cambiado de trabajo hacía poco. Entonces Alejandro le pregunta qué era lo que le quería contar. Juan comienza a hablarle de sus últimos intentos de relaciones, de cómo le había ido en su búsqueda de trabajo y de que se había sentido mal últimamente. Hace una pausa y luego le dice que estaba enfermo. Alejandro se ríe creyendo que era una broma. Juan se ríe también por un instante y luego le dice que no bromea, que de verdad está enfermo y que le queda poco tiempo. Alejandro, que era la persona más positiva que había, le dice a Juan:

—Estás exagerando. Seguramente es cosa de que sigas el tratamiento que te diga el médico y todo va a estar bien.

—Todo va a estar bien, pero he decidido no seguir ningún tratamiento. No voy a perder mi tiempo en hospitales. Me voy a morir pronto, pero feliz —dice Juan.

Alejandro vuelve a pensar que es una broma y se vuelve a reír. Nuevamente Juan se ríe por un instante y luego le vuelve a decir que no es una broma.

Alejandro, un poco incrédulo, lo cuestiona

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

Juan le dice que está menos loco que nunca en su vida y que le está diciendo que ha tomado la decisión de tener una dosis concentrada de vida antes de morir.

Alejandro no puede creer lo que le está diciendo. Empieza a cuestionar a Juan en un tono más duro.

—¿Pero por qué piensas hacer eso?

—Porque si supero el tratamiento, en el mejor de los casos viviría cinco años más, después de haber pasado dos años en hospitales, entre operaciones y el tratamiento que es muy invasivo —le explica Juan.

—¿Pero son cinco años más en total? ¡Es mucho tiempo!

—Sí, pero son cinco años que tampoco viviría plenamente. Si supero el tratamiento todo esto me dejaría secuelas, ya no sería el mismo ni podría hacer una vida normal. Además, no podría

pensar, por ejemplo, en formar familia, imagínate querer tener un hijo sabiendo que se va a criar sin un padre. Entonces, si ahora me cuesta encontrar pareja, ¡imagínate después! Ya no es como cuando teníamos veinte años, que conocíamos mujeres a cada rato y que todas querían con nosotros.

—Pero eso no es lo único importante, también está tu familia, tus amigos, ¿has pensado en ellos? —dice Alejandro, intentando hacer que Juan cambie de opinión.

—Claro que he pensado. Al final todos ya tienen sus vidas armadas, sus hijos. Entiendo que van a sufrir por mi partida, pero también van a sufrir en cinco años más. Además, ese sufrimiento está mal, porque en el fondo van a sufrir por ellos mismos no por mí. Porque son ellos los que no me van a poder ver o hablar. Después de que muera, para mí no va a haber más sufrimiento. Van a sufrir, es natural que así sea, pero en el fondo es egoísta —le explica Juan.

—¿Egoísta?

—Claro, egoísta, sufren porque ellos pierden algo —dice Juan a modo de resumen.

—Jamás lo podré ver como algo egoísta echar de menos a alguien —dice Alejandro y luego continúa—, pero ¿y el doctor qué te dijo? ¿Lo hablaste con él?

—No estuvo de acuerdo. Me dijo que me quedaba menos de un año y que los últimos meses yo iba a tener mucho dolor como para intentar disfrutar ese poco tiempo —cuenta Juan.

—¿Disfrutar? ¿De qué hablas, si estás enfermo? —pregunta Alejandro sin la menor idea de qué estaba pensando Juan.

—Sí, mira, según los doctores esto lo tengo hace tres meses. Me he sentido mal últimamente, pero no es siempre, me viene a veces. Los tres doctores que consulté me dijeron lo mismo. Qué iba a pasar entre tres y seis meses en que iba a poder seguir haciendo una vida relativamente normal y que después de eso gradualmente las molestias iban a aumentar en intensidad y frecuencia, hasta que no podría levantarme de la cama. Cuando llegue a ese punto podía pasar entre uno y tres meses de mucho dolor y sufrimiento hasta que muriera.

—Tres meses de agonía, pero eso es mucho sufrimiento, ¿te has vuelto loco? —insiste Alejandro.

—No, no me he vuelto loco. La vida está llena de sufrimientos y de alegrías. Yo voy a aprovechar de disfrutar todo lo que pueda y después esos meses de sufrimiento servirán para purgar mi alma de todos los errores que he cometido en mi vida.

—Estoy impactado —le dice Alejandro después de un rato sin saber qué más preguntarle a Juan.

Juan pide otra ronda de cervezas. Con la noticia, Alejandro se había bebido la suya muy rápidamente.

Alejandro se tomaba la cabeza y seguía pensando qué más decirle a Juan y cómo convencerlo de que era una locura.

Cuando llega la segunda ronda de cerveza, Juan le pide a Alejandro que se calme. Le dice que le explicará lo que pasa su mente y lo que quiere hacer en adelante. Alejandro lo escucha en silencio.

Juan le explica que en los últimos quince años de su vida se ha sentido amarrado, que no es libre, que todas las circunstancias lo atrapan y no lo dejan avanzar. En todos los trabajos que ha tenido ha sido muy difícil conseguir aumentos de sueldo, que la única forma fue cambiándose de trabajo y eso ahora lo ve imposible. Le cuenta de la última entrevista, de los cientos de currículos que tuvo que enviar para conseguirla y que es la única a la que lo han llamado en más de un año. Le dice cómo terminó con Daniela y de cómo le cuesta cada día más profundizar con las mujeres.

—Eso debería ser al revés, ahora tengo mucha más experiencia. No entiendo qué ha cambiado

en el mundo —concluye Juan y hace una pausa para beber cerveza—. Después de Carolina y antes de Daniela salí con otras cinco mujeres y todas parecían tener un terror gigantesco a abrir su alma, a dejarse conocer. Claro, conseguí sexo, pero sexo sin ninguna conexión especial. Siento que fue una tremenda pérdida de tiempo, tuve que salir con ellas varias veces, escuchar sus conversaciones superficiales que no aportaban nada, gastar plata en comida, taxi, etcétera, para terminar teniendo relaciones superficiales. Al final, si contrato una puta consigo lo mismo gastando menos tiempo y plata. Con las cinco hubiera podido continuar eternamente si es que no les hubiera dicho que quería conocerlas más profundamente. Cada vez que dije eso, huyeron. Daniela fue la excepción en ese sentido, pero igual la relación con ella terminó mal.

Carolina era la relación más larga que había tenido Juan. Se habían conocido en un trabajo y habían durado poco más de seis años. La relación terminó por incompatibilidad de caracteres. Era extremadamente celosa y, aunque Juan no le daba motivos, ella se los inventaba. Era cíclico, cada tres meses su imaginación iba aumentando y explotaba, luego de eso terminaban por una semana y volvían. Hasta que Juan se aburría.

Alejandro, ya más calmado, le dice a Juan.

—Yo ya había notado mucho de lo que me dices. Tampoco lo entiendo. Pero no eres al único que le pasa. Tengo varios conocidos a quienes les sucede algo similar con sus trabajos y con sus relaciones. Creo que es el cambio de generación —argumenta Alejandro—. Las nuevas generaciones son mucho más libres sexualmente, pero muy poco emocionalmente. Han sido mimados en exceso y no les han enseñado a enfrentar sus miedos y ansiedades. Lo del trabajo está complicado para todos. No te imaginas cuánto le costó a mi mujer conseguir el nuevo puesto.

Juan le cuenta de la epifanía que tuvo al recordar a su perro, cómo su cuerpo se fue relajando y cómo sintió que sus últimas respiraciones fueron de alivio y de paz.

Alejandro se levanta de la mesa y le da un abrazo a Juan, le dice que no está de acuerdo para nada en lo que va a hacer, pero que si es su decisión y ya la tiene clara lo apoyará.

Juan le da las gracias.

Beben otro par de cervezas mientras hablan de los problemas de sus amigos.

Después de un rato, Alejandro le pregunta a Juan cuál es su plan.

—¿Qué piensas hacer? ¿Viajar?

—Sí, pienso viajar, pero a donde pueda llegar en dos o tres horas, no más lejos que eso. Hay muchas ciudades y lugares en ese radio que aún no conozco y otras tantas que no he visitado hace mucho. Aún no sé exactamente dónde ni en qué orden —cuenta Juan.

Luego le cuenta que lo segundo que quiere hacer es follarse a cuanta puta pueda. Alejandro lo mira con cara de sorpresa.

—Pero si a ti no te gusta irte de putas. La mayoría de las veces que fuimos con el grupo de amigos, tú preferiste no ir.

—Sí, lo que pasa es que yo sabía que si me esforzaba y le ponía empeño podía conseguir una mujer sin pagar, era sólo cosa de tiempo, precisamente lo que ahora no tengo. Además, a mí siempre me gustó más el sexo cuando lograbas tener una conexión con esa persona, pero ahora no quiero llegar a tener una conexión con nadie. ¿Para qué?, si me voy a morir. Entonces, al final nada me puedo llevar de este mundo, pero lo follado nadie me lo va a quitar —le responde Juan.

Alejandro suelta una carcajada y le dice que ya lo está convenciendo de que está bien. Juan se ríe también.

Alejandro le cuenta sobre un viaje de trabajo que había hecho hace unas semanas.

—Los colegas de la ciudad donde fui me llevaron a dos clubes nocturnos, tipo cabaret, donde las mujeres eran las más hermosas que he visto. Tienes que ir. Además, la tarifa era mucho más

barata que acá.

Le da el nombre de los lugares y los contactos de las mujeres con las que él se metió. Le mostró fotos y le recomendó en qué hotel quedarse. Le dijo que ahí no ponían problemas para llevar mujeres.

Juan anota los datos y le agradece a Juan.

Por último, Juan le dice que lo tercero que quiere hacer es despedirse de la gente que alguna vez quiso, de sus amigos, de sus ex. Aún no sabía cómo iba a hacer eso, si uno por uno, o una fiesta y decirles a todos juntos.

—Si haces una fiesta y les das esta noticia se van a volver locos, no te van a dejar, te van a pescar de una oreja y te van a llevar a un hospital a la fuerza —le dice Alejandro.

—Sí, tienes razón en eso —responde Juan moviendo la cabeza afirmativamente. Luego continúa—. Bueno, hoy no me estoy despidiendo de ti, eres el primero en saber, pero serás uno de los últimos de quien me despida.

Terminan de beberse las cervezas. Cuando se van del lugar suena “Doctor, Doctor” de UFO. Alejandro se ríe y le dice a Juan: *doctor, doctor en que lío estás metido*. Ambos se ríen.

Al día siguiente de haberse juntado con Alejandro, Juan se despierta a eso de las diez de la mañana y lo primero que hace es buscar pasaje de avión y reserva en el hotel. Encuentra un viaje para el día siguiente a mediodía y también reservas disponibles en el mismo hotel que le había sugerido Alejandro.

El viaje en avión había sido tranquilo. Un viaje de poco más de dos horas donde le habían dado almuerzo y una gaseosa. El vaso de vino lo tuvo que pagar aparte. El avión estaba a mitad de su capacidad. Eligió un asiento al lado de la ventana, y los dos asientos a su lado iban desocupados. Las aeromozas eran muy guapas, pero ni miraron a Juan.

Juan leyó un libro mientras esperaba en el aeropuerto y durante el vuelo.

El hotel era un lugar moderno, con muebles minimalistas, blancos y rojos. El vestíbulo era amplio y estaba justo al lado del comedor. Era pequeño y estaba ubicado en el centro de la ciudad, a pasos del muelle y cercano a la zona de bares y restaurantes. En el mesón de la recepción había dos jóvenes atendiendo, un hombre y una mujer. Juan se acerca y, apenas llega, le dan la bienvenida y le preguntan si tiene reserva. Le asignan una habitación y un tercer joven toma la mochila de Juan y lo lleva hasta el cuarto piso, donde está su habitación. El joven le muestra la habitación, revisa que esté en orden y le pregunta a Juan si lo puede ayudar en algo más.

—¿Hay inconvenientes de meter alguna mujer en la noche a la habitación? —pregunta Juan.

—Para nada. Si el hotel pusiera problemas por eso ya hubiera quebrado —responde el joven y luego da una risita.

Le pregunta si es su primera visita al hotel. Juan le responde que es su primera visita a la ciudad. Después de una pausa, el joven le comenta que las personas del mesón de recepción le pueden dar recomendaciones de donde conseguir mujeres, o lo que él busque en la ciudad.

La habitación era bastante amplia y con una cama gigante. Tenía una ventana no muy grande, la cual no se podía abrir, con una linda vista al puerto. Juan puso su mochila en el clóset y luego se tendió en la cama para descansar un rato. Se empezó a sentir mal.

Ya instalado en el hotel, volvió a leer el libro recostado en la cama mientras esperaba que el leve malestar que sentía se le pasara.

Después de un rato de leer, sus molestias desaparecen. Toma el teléfono del hotel y llama a recepción. Le contesta una joven. Vuelve a preguntar por lo de llevar una mujer a su habitación. Ella le dice que no hay ningún problema, que es normal que los pasajeros reciban visitas y que a ellos no les incumbe saber nada más. Le dice que el único requisito tiene que ver con el ruido, que eso no está permitido por respeto a los demás pasajeros. Juan entonces pregunta si es que tienen recomendaciones de acompañantes, la joven le dice que sí y que le enviará algunas tarjetas de contacto con el botones dentro de unos momentos.

Quince minutos después llega el mismo joven que lo llevó hasta la habitación. Le pasa varias tarjetas, algunas con nombres de agencias y otras con nombres de mujeres. Junto con eso le entrega invitaciones para ingresar a clubes nocturnos, entre los que están los que le había recomendado Alejandro. El botones le sugiere uno de ellos y le dice que a ese hay que ir temprano, entre las once y las dos, que después de las dos de la madrugada sólo quedan *los despojos*.

Juan le agradece y le pregunta por algún restaurante de comida típica local. Le recomiendan un restaurante de carnes a tres cuadras del hotel.

Se cambia de ropa y sale a caminar por la ciudad. Le llama la atención la arquitectura y sus

calles angostas. También cómo se viste la gente. A pesar de que estaba a sólo dos horas en avión era muy notoria la diferencia a lo que él estaba acostumbrado a ver. Camina por un par de horas en distintas direcciones.

Empieza a oscurecer y Juan emprende rumbo al restaurante de carnes a tres cuadras del hotel. Se había alejado bastante con su caminata, por lo que le toma media hora llegar allá.

Cuando entra al restaurante lo primero que nota es en su tamaño, muy pequeño, con aspecto de ser un restaurante de almuerzos baratos. No era para nada como se lo había imaginado. Como los típicos lugares para turistas. Las mesas eran pequeñas y con muy poco espacio entre ellas. En la entrada lo atiende una mujer de unos sesenta años, quien le dice en qué mesa sentarse. El menú tenía muy pocas opciones, Juan pregunta qué es lo más típico del local y lo pide, junto con una copa de vino. El plato era carne asada a la cacerola con unas papas rústicas horneadas, simple pero hecho a la perfección. El vino no era de los mejores, pero le venía bien al plato. Se tomó dos copas. La cuenta le pareció extremadamente barata.

Juan vuelve al hotel ya de noche, descansa un poco y se prepara para salir.

La gente del hotel le había recomendado que no caminara de noche por las calles. Si tenía cualquier problema para devolverse, ellos le podían enviar uno de los taxis con los que normalmente trabajaban. Juan, al salir, toma uno de dichos taxis afuera del hotel para que lo lleve al club. Era relativamente cerca, unos diez minutos de viaje. El chofer le dio todo tipo de recomendaciones del lugar, que no invite tragos a ninguna chica al principio, que se diera el tiempo para elegir, que no eligiera a la más guapa por ser normalmente la más *cotizada*, es decir, la más cara y que *atiende* peor, que eligiera una de 25 años o más, que son las que ya lo entienden mejor a uno, que tampoco elija la que se le acerca muy rápidamente, que mejor una que sea un poco más tranquila.... Además, le dice que esa jornada es un día lento en el lugar, por lo que probablemente no habría muchos clientes, ni tampoco tantas chicas, pero que así era mejor si se quería disfrutar el espectáculo antes de llevarse a una muchacha.

El lugar era muy elegante, con una entrada de mármol rojizo con pilares al estilo romano. En la entrada había un guardia de más de dos metros de alto, que parecía sacado de las típicas películas de detectives. Le da la bienvenida y, al ver que lo trae uno de los taxis del hotel, ni siquiera le pide la invitación. Llama a una muchacha que está al fondo del pasillo de entrada para que lo ubique. La muchacha, joven y muy educada, le pregunta si es su primera vez. Juan asiente.

—¿Va a juntarse con amigos o anda buscando algo especial? —pregunta la muchacha.

—No. Vengo solo. Tampoco ando buscando nada especial. Un amigo me recomendó el lugar — le responde Juan.

El lugar estaba más bien vacío, por lo que la muchacha le da una de las mejores mesas para ver el espectáculo. En la medida que va pasando la noche el lugar se llena parcialmente.

Los asientos eran sofás amplios y cómodos, tapizados en cuero sintético blanco. Las mesas eran de metal con vidrio y llegaban hasta las rodillas. Se le acerca un mesero, le pasa la lista de tragos y le pregunta si le trae compañía. Juan pide un whisky y le dice que por el momento no quiere compañía.

El club tenía un escenario central y dos tarimas separadas. Cuando le trajeron el whisky había dos gogodancer en las tarimas separadas. El escenario central estaba vacío.

Había pocos clientes, por lo que en varias mesas estaban sentadas grupos de mujeres esperando que llegaran clientes. Una de ellas, que estaba en una mesa cercana, se para y entra por una puerta justo al lado de la barra de tragos. Otra de las que está en esa misma mesa se levanta y se acerca a Juan. La muchacha, una joven de unos 22 años, pelo castaño largo, vestida con ropa de cama sexy, le pregunta si quiere compañía. Juan le dice que por el momento no. La muchacha se

aleja.

En el escenario aparece una mujer con una capa negra. Las gogodancers se bajan de las tarimas y el presentador anuncia el nombre de la bailarina por los parlantes.

Empieza a sonar la música de moda y la mujer bailar aún con la capa puesta. La música tiene un ritmo rápido. En la medida que avanza el tema se saca la capa y queda en un traje tipo bikini. El baile es más rápido que erótico y la muchacha hace algunas piruetas en el caño que estaba en uno de los costados del escenario. Era la misma muchacha que él había visto entrar por la puerta que estaba al lado de la barra. Alternaba entre piruetas en el suelo y vueltas al caño.

Empieza a bailar una segunda canción, esta vez una música lenta. Ahora se baja del escenario y se acerca a los clientes. Al primero le pone las tetas en la cara, al segundo el trasero, al tercero se le sienta encima sacándose la parte de arriba del traje y metiendo la cabeza del cliente entre sus tetas mientras las sacude. Luego, vuelve al escenario, hace unas piruetas en el suelo y se saca la parte de abajo. Luego termina su espectáculo haciendo varias complejas acrobacias en el caño.

Mientras tanto, otra mujer se le sienta al lado y le pregunta si quiere compañía. Juan le dice que por el momento no, pero esta vez la mujer no se retira, se queda ahí y le empieza a hablar a Juan. Es una mujer de unos 25 años, con notorias y variadas operaciones estéticas en el cuerpo. Era fácil notar las cirugías plásticas en sus senos, trasero, nariz, pómulos y abdomen. A Juan le pareció un poco repulsiva físicamente; a pesar de que era guapa, se veía totalmente plástica.

Le empieza a preguntar a Juan cosas como que a qué se dedica y hasta cuándo va a estar en la ciudad, con una coquetería extremadamente sobreactuada. Juan le contestó sus preguntas con un mínimo de cortesía, pero con respuestas cortas. No pasó mucho para que la mujer primero le pidiera que la invitara un trago y luego le preguntó si se la quería llevar. Él se siente un poco incómodo por su acoso y le dice que no es su tipo, que ella no es lo que está buscando.

—¿Qué estás buscando? —le pregunta ella.

—Cuándo vea lo que quiero, lo sabré —le responde Juan.

Ella se despide muy amablemente y le dice que para cualquier cosa que la necesite estará por ahí.

Vuelven las gogodancers a las tarimas. Él sigue bebiendo su whisky lentamente. Empieza a mirar a las mujeres que están en las otras mesas. La primera que se le acercó ahora estaba en una mesa con un cliente. Justo cuando mira, la muchacha levanta las manos y da dos aplausos muy fuertes para llamar al mesero. En otra mesa hay cuatro personas, dos clientes con dos chicas del lugar, una muy linda de cara. Más allá ve a un tipo pagando la cuenta mientras una chica le dice algo al oído.

Pasan cerca de cinco minutos cuando de pronto cambia la iluminación en el escenario y las gogodancers se vuelven a bajar. Los parlantes anuncian otro número. Empieza una música rápida y aparece una bailarina de unos treinta años con un cuerpo muy bien trabajado vestida de Mujer Maravilla sexy. El espectáculo es muy parecido al de la primera, pero con más acrobacias en el caño y menos contacto con el público. También dos canciones, una rápida y una lenta, que estaban de moda en esa ciudad. Mientras baila Wonder Woman, se le acerca una tercera chica y se le sienta al lado. Es mucho más natural que la anterior, pero sigue la misma pauta de conversación. Nuevamente Juan le dice que por el momento no quiere compañía, y la chica le indica que, si más tarde cambia de parecer, que le pregunte al mesero por ella, y le dice su nombre.

Termina el show de Wonder Woman. Juan pide otro whisky. Piensa entre invitarle un trago a la última que se le acercó o la de linda cara que está en la mesa con los otros clientes. Ahora las gogodancers eran distintas, y una de ellas era la primera que se le acercó.

Anuncian a la siguiente bailarina. Esta vez es una mujer de pelo negro, muy blanca de piel, con

los ojos verdes, vestida con ropa de cuero y cadenas. Se sube al escenario antes de que empiece la música e inmediatamente mira a Juan. Se para en el centro estática y espera que empiece su primera canción. Esta vez es “Night Train” de Guns N’ Roses. Mientras baila, mira varias veces a Juan y cada vez que se acerca al público hace el amague de acercarse a Juan, pasa justo por su lado para ir donde están los de atrás. A Juan le parece espectacular y toma la decisión de llevarla al hotel.

Ella hace su segundo baile, “Nothing Else Matters” de Metallica. Mientras se saca la ropa, mira a Juan y, al final de su acto —que termina con ella con las piernas completamente abiertas mostrando su vagina mientras da vueltas en el caño— le tira un beso y se retira.

Juan queda a la espera de que aparezca la muchacha; mientras tanto, se le acerca otra a la que también rechaza. Aparece una nueva bailarina, la que le había resultado linda de cara, mientras sale la elegida de los camarines y se queda en la barra. Juan la saluda con la mano, ella se acerca y le pregunta si quiere su compañía.

Hablan un par de minutos y, antes que ella le pregunte, él la invita un trago. El mesero trae su brebaje. Era una copa muy pequeña que con suerte tenía alcohol y que valía el doble que su whisky. El valor de ese trago es por la compañía. Hablan por cinco minutos más. Juan ya sentía que había gastado muchísimo tiempo en el lugar. Le pregunta a ella si se quiere ir al hotel con él. Ella le dice cuál es su tarifa por hora y qué incluye. Si quería que se fueran en ese mismo momento el valor era mucho mayor a que si esperaba que terminara el turno. Tenía que pagar la tarifa que cobraba el club para sacar a las mujeres. No faltaba mucho para que acabara su turno, por lo que decide esperar e invitarla un trago más.

Llega la hora de salida de la chica y a Juan le queda un poco de su trago. Ella se va a cambiar y le dice que salga en cinco minutos, que tome un taxi y que la espere arriba del mismo.

Cuando llegan al hotel pasan directo a la habitación. La gente de recepción ni los mira.

Al entrar a la habitación ella le dice que pida una botella de espumante y que se ponga cómodo. Ella se va a dar una ducha.

Juan queda en ropa interior y se pone una bata, a los dos minutos llega la botella. Se la dejan en la puerta. Juan pone la cubeta de hielo con la botella en la mesa sin destaparla aún.

Ella sale del baño tapada con una toalla. Le pide que sirva el espumante. Se sientan en la orilla de la cama, brindan y conversan por unos instantes más. La chica dominaba muchos temas y se notaba que tenía mundo.

Luego de la breve charla, ella se para, saca su teléfono de su bolso, lo enchufa a la corriente y pone una lista de reproducción que tenía preparada. Se termina de tomar la copa de champaña, se para delante de Juan y deja caer la toalla. Debajo andaba con ropa interior negra con encajes. Con él sentado y ella de pie, se le acerca y le pasa las tetas por la cara. Le pide que se recueste y ella se sienta encima de él. Se saca la parte de arriba y empieza a pasarle los senos, ahora desnudos, por su cuerpo. Juan trata de darle un beso en la boca, ella lo frena y le dice *sin besos*.

Ella le saca la bata y la ropa interior. Empieza a masturbar a Juan mirándolo a la cara; luego saca un condón, se lo pone y le hace sexo oral. Después de unos cinco minutos vuelve a pasarle las tetas por el cuerpo mientras sube para quedar cara a cara. Ella se saca la tanga, se sienta sobre él y se introduce el pene con la mano. Se empieza a mover con el cuerpo con un ritmo parejo casi mecánico por otros cinco minutos. Ella le pregunta si quiere cambiar de pose.

Juan se pone arriba. A pesar de lo mecánico de los movimientos de ella y de sus sonidos, la mujer está muy caliente también. Juan lo está realmente disfrutando, cuando de un momento a otro lo asalta un pensamiento. Esa iba a ser una de las últimas veces que iba a poder hacerlo. Siente una gran presión en su cabeza que lo desconcentra y empieza a perder la erección. Ella lo nota y le

pregunta si ya acabó. Juan le dice que no, que algo lo distrajo; le pide que cambie la música, toman un poco más de champaña, se vuelve a poner en onda, lo hacen por veinte minutos más y luego Juan acaba.

Se quedan en la cama por buen rato más, mientras siguen tomando espumante. Hablan de todo tipo de cosas y ella le ofrece una noche completa para la próxima vez que venga a la ciudad, pero sólo en los días que el club anda lento.

Ella entra al baño, se baña nuevamente, sale vestida, pide un taxi por teléfono y, mientras esperan, se toman lo que queda en la botella.

Ya es de madrugada cuando ella se va y Juan tiene sentimientos encontrados. Lo había pasado bien, era una de las mujeres más hermosas que había visto, además interesante, con la que se podía hablar de todo y, sin embargo, se sentía más vacío que antes.

Al día siguiente, Juan se despierta cerca de las diez de la mañana sintiéndose bastante mal. Una mezcla de resaca con los malestares de la enfermedad que le venían de vez en cuando. Se levanta y baja a los comedores a tomar desayuno. Después de beberse un par de vasos de jugo de fruta y un café se siente algo mejor.

Decide que, aunque todavía se sienta mal, va a salir a caminar. Espera que así se le pase. Lleva una botella de agua para combatir la resaca. Esta vez va hacia el puerto. El sector era antiguo y pintoresco. Se mezclaban edificios muy bien mantenidos con otros en ruinas completamente rayados con grafitis. El puerto en sí era un lugar limpio y con mucho movimiento. En el transcurso de la mañana vuelve a sentirse bien.

Pasado el mediodía almuerza en una pizzería que encuentra en el camino y regresa al hotel. Por la tarde toma un tour que lo lleva en un bus a recorrer la ciudad. En el tour el grueso de la gente eran personas viejas, jubilados en su mayoría. Lo pasa muy bien con ellos y le hablan de otros lugares de la ciudad que debía conocer.

Ya en la noche va al otro club que le había recomendado Alejandro. Este día se supone que es fuerte en los clubes de la ciudad. Va más temprano que el día antes. No es tan elegante y el precio de los tragos es bastante menor. Cuando llega ya está lleno y casi no hay mujeres desocupadas. Acá las mesas eran tipo restaurante con sillas de madera. Las bailarinas no eran tan guapas, aunque el espectáculo no le envidiaba en nada al del otro lugar.

Prefiere no tomar alcohol al principio y beber sólo cuando ya haya elegido a la mujer. Pide un par de bebidas cola mientras ve el espectáculo. Había visto ya bailar a tres mujeres y ninguna se le había acercado. La cuarta que sale al escenario le parece especial, no especialmente linda, pero se parecía mucho a una amiga de la infancia de Juan. Cuando termina de bailar, Juan le pide al mesero que se la envíe. Al rato aparece ella y se sienta con Juan. Como es la costumbre en esos lugares, Juan le invita un *trago de dama* a ella y él se toma un whisky.

Ella no tenía ni la mitad de tema, ni la mitad de mundo que la del día anterior. Era muy coqueta y rápidamente le empieza a dar besos en el cuello y oreja a Juan. Este la invita al hotel y ella le dice que no, que no sale del local, que si quiere sexo con ella tiene que ser en el privado del lugar. Juan le pregunta por la tarifa, era un valor menor al del día anterior e incluía el pago al local por el uso del *privado*.

Juan accede, la muchacha llama al mesero, este va a hablar con la cajera y le hacen una seña diciéndole que estaba desocupado el *privado*.

El privado era algo entre una oficina y una bodega. Tenía un escritorio y un sofá con bastante trájín. Habían apilado algunas cajas con botellas vacías. Sin ningún preámbulo, ella se saca la ropa, le baja los pantalones a Juan, le pone un condón y le hace varios minutos de sexo oral. Después se para, se da vuelta y se agacha, poniendo su torso boca abajo en el escritorio con los pies aún en el piso. Juan la penetra desde atrás, pero estaba realmente incómodo. Entre el sofá y el escritorio no hay mucho espacio y no lograba pararse bien, menos con los pantalones hasta las rodillas. No pasan ni cinco minutos y ella le empieza a decir que acabe luego. Juan no logra ni siquiera concentrarse, le dice que cambien de posición. Ella ahora se pone boca arriba en el escritorio y Juan por lo menos ahora puede pararse bien. De nuevo no pasan ni cinco minutos y ella le indica que no tiene toda la noche, que se apure. Juan pierde todo el entusiasmo. Se saca el condón y se limpia con unas toallitas húmedas que ella había llevado. Ella se pone la ropa interior y se despide muy rápidamente.

Juan, bastante frustrado, se devuelve al hotel. Se sentía muy cansado. Apenas llega, se da una ducha y se duerme.

Al otro día se levanta temprano, toma desayuno en el hotel y de ahí al aeropuerto de vuelta a casa.

En el aeropuerto empieza a pensar de quién se debería despedir primero y a quiénes priorizar. Sabía que el tiempo pasa volando y podía incluso que no alcanzara. Los tres meses que le dijeron los doctores podían ser uno o seis. No había forma de asegurarlo.

Ya estaba de vuelta en su casa, había llegado ayer por la noche. El vuelo salió con varias horas de retraso por una huelga, por lo que Juan llegó a comer algo y luego a dormir.

Su experiencia había sido de dulce y agraz. Con la chica del primer lugar lo había pasado fantástico, salvo por el momento en que sintió esa presión en la cabeza de que podía ser una de sus últimas veces. La chica del segundo club había sido una completa pérdida de tiempo y plata.

Ya tenía más o menos claro de quienes quería despedirse. La primera en la lista era Carolina, la ex con la que más había durado. No había hablado con ella hace un año, pero la relación después de que terminaron era amigable. Luego de ella, pensaba llamar a sus dos mejores amigos del colegio. A ellos no los veía hace tiempo, principalmente por sus trabajos, ya que les tocaba viajar mucho a provincias. La cuarta persona que iba a llamar era una amiga que no veía hace un tiempo. Con ella habían sido muy cercanos hasta que Juan le dijo que le estaba gustando. Entonces ella decidió alejarse y desde ahí no habían vuelto a hablar.

Llama por teléfono a Carolina antes del mediodía. Ella no le contesta, pero le devuelve el llamado un par de horas más tarde.

Después llama a sus otros dos mejores amigos del colegio. Uno de ellos, Cristian, le contesta inmediatamente y quedan de juntarse en dos días más después del trabajo en un bar de rock. El otro, Ricardo, no le contesta inmediatamente, pero le devuelve el llamado más tarde. Le cuenta que había quedado de juntarse con Cristian en dos días más; Ricardo acepta ir ese día también.

Ese día además llama a una amiga que había conocido en la universidad, Andrea. Con ella nunca fueron muy cercanos porque eran de carreras distintas y tenían otro grupo de amigos. Años después se la había topado en un trabajo temporal que ella tuvo y ahí se hicieron muy cercanos, hasta que Juan le dijo que estaba sintiendo cosas por ella. Después de eso, ella se alejó y no habían hablado el último año y medio. Ella no le contesta a Juan, ni tampoco le devuelve el llamado.

Era un restaurante moderno, ubicado en una terraza de un centro comercial de un barrio acomodado. Tenía una bella vista hacia los cerros cercanos, que estaban nevados en esa época del año. La terraza estaba en un cuarto piso y no había edificios en altura alrededor que taparan la vista. El comedor era amplio y las mesas no estaban muy cerca las unas de las otras. Las mesas eran de madera con un barniz claro, al igual que las sillas. Era hora de almuerzo, por lo que estaba bastante lleno. Juan llega un poco atrasado a su cita, pero había hecho una reserva. Cuando lo recibe la recepcionista de la entrada, le dice que lo están esperando y le indican la mesa.

Carolina estaba ya en la mesa. Había llegado hacía poco. Tenía el pelo de un color rubio oscuro y desde hace unos años le habían aparecido canas, y ahora abundaban. Se veía muy bien con su pelo largo sin teñir mostrando con orgullo sus canas. Eso no era muy común y la hacía ser aún más única de lo que ya era. Aunque ya no tenía el mismo cuerpo que a los veinte, y el haber sido madre hace poco había dejado marcas en su cuerpo, seguía siendo muy atractiva. Vestía el atuendo de trabajo, que eran unos jeans, zapatillas y una blusa a rayas. Trabajaba en una tienda de ropa en el centro comercial. Juan la saluda de un beso en la mejilla y se disculpa por llegar tarde. El tránsito era una locura ese día y él venía de lejos.

Juan y Carolina habían tenido una relación de casi siete años que había sido del tipo amor-odio. Carolina había estado extremadamente enamorada de Juan y fue por mucho tiempo insegura. Esa inseguridad se manifestaba principalmente en celos irracionales y sin fundamento. Eso los hacía pelear muchísimo, cosa que fue desgastando la relación. Juan, por su lado, también cometía muchísimos errores. No lograba entender que muchas de sus propias actitudes, aunque fueran honestas, sólo la hacían sentirse más insegura.

Juan pide un plato de pasta y Carolina el menú vegetariano. Hablan un rato de cómo estaban amigos y familiares del uno y del otro, de cómo estaba la hija recién nacida de Carolina, de lo feliz que estaba y también de lo cansada.

Iban por la mitad del almuerzo cuando Juan hace una pausa y le cuenta que está enfermo.

—Carolina, la razón por la que te dije que almorzáramos hoy es que hay algo importante que te debo decir —interrumpe Juan la conversación que llevaban fluidamente hasta ese momento. Carolina lo mira, guarda silencio, y Juan continua—. De un tiempo a esta parte estuve sintiendo malestares, por lo que fui al médico y me diagnosticaron una enfermedad.

Carolina lo mira un poco atónita y le pregunta si es algo muy grave. Él le responde que le habían dicho que le quedaban entre tres y seis meses de vida.

—Pero debe haber algún tratamiento o algo que puedas hacer —dice ella, rápidamente.

—Sí, algunos tratamientos hay —le responde Juan—, pero es que hay otro problema.

—¿Otro problema? A ver, espera, dame los detalles. ¿De qué se trata todo? —pregunta ella intrigada.

—Lo que pasa es que he decidido no tratarme —y antes de que ella le alcance a responder nada, Juan le hace un gesto con las manos para que se detenga y le dice—: Te voy a explicar lo que pasa y por qué tomé esa decisión.

Ella guarda silencio y espera que Juan continúe.

Juan toma un poco de agua y le explica cómo le ha ido los últimos cinco años y cómo no logra avanzar, le cuenta que en el mejor de los casos, si el tratamiento funciona, viviría cinco años, pero que, de esos, dos serían del tratamiento y los otros tres con muchas secuelas y que no podría hacer una vida normal.

Termina preguntándole si se acuerda de cuando sacrificó a su perro y de cómo sintió que sus últimas respiraciones fueron de alivio.

Tras la explicación de Juan, Carolina estalla en furia. Empieza a gritar que si se ha vuelto loco, que cómo se le ocurre, que si acaso no piensa en los demás...

Juan la logra calmar y le pide que por favor no grite, que él sabe que es difícil de entender. Ella se calma un poco y, ya hablando nuevamente en un tono normal, le dice a Juan:

—Esto que estás haciendo es un tipo de suicidio. Seguro estás deprimido, deberías ver a un psiquiatra o algún tipo de especialista.

—En realidad, al principio, cuando recién supe el pronóstico de los médicos, me sentí bastante deprimido. Pero después, cuando lo empecé a ver desde el punto de vista que tengo ahora, es todo lo contrario, me siento liberado, me siento más vivo que nunca, me siento con un motivo. Algo que no sentía hace mucho. Respecto a lo de que esto es un suicidio, no puedes estar más equivocada. Yo no elegí enfermarme, yo no estoy eligiendo morir, estoy eligiendo vivir lo más intensamente el último tiempo que me queda y no morir lentamente por cinco años encadenado a un tratamiento y sus secuelas.

Ella no sabe qué responder en primera instancia; luego le contradice lo de vivir intensamente.

—Pero, Juan, si estás enfermo y sin tratarte, ¿cómo vas a vivir intensamente? Creo que sólo vas a sufrir, por lo menos el tratamiento debería hacer que sufras menos, ¿o no es así?

—Según los doctores, los tres que vi, me dijeron que si no me trataba podría seguir haciendo una vida relativamente normal con algunas molestias por tres o cuatro meses y luego, uno o dos meses de mucho dolor —explica Juan.

—Pero es mucho tiempo de sufrimiento. No es necesario, no ganas nada. Si te tratas podrías disfrutar la vida por varios años más.

—Carolina, tú comulgas bastante con la religión budista, ¿no dicen ellos que el sufrimiento purifica el alma y la ayuda a reencarnarse en algo mejor? —ahora es Juan quien la cuestiona a ella.

Ella lo mira muy enojada y le dice:

—Te prohíbo que uses mis creencias para defender tu postura y no, no es así como tú dices.

—OK, OK —dice Juan—. Acá en realidad lo importante es que quiero vivir intensamente tres meses y no pasar dos años esclavizado a un tratamiento para evitar el sufrimiento que al final igual va a llegar, puede ser mientras estoy en tratamiento o tres años después. Igual no es tiempo suficiente para pensar en tener una vida normal o cumplir sueños de más largo plazo, como tener hijos a los que retar y nietos a los que malcriar.

El enojo de Carolina había cambiado a pena y, con los ojos llorosos, le dice que no sabe cómo tomar todo lo que le ha dicho.

—¿O acaso el problema es que no tienes dinero para el tratamiento? —pregunta Carolina.

—No, no es eso. El seguro me cubre prácticamente todo, claro, no es la clínica más cara, pero la que me ofrecen es razonable. Además, estaba ahorrando para comprarme un departamento, el dinero no es el problema —le responde Juan.

—Pero, ¿por qué no vas a querer seguir viviendo? No lo entiendo —dice Carolina sintiéndose confundida y abrumada.

—Mira, yo no elegí enfermarme, tampoco estoy eligiendo morir. Si esto hubiera pasado hace veinte mil años, en la Edad de Piedra, no sabría que tengo la enfermedad, sólo me sentiría mal y probablemente cuando me sintiera muy mal me comerían los leones o los lobos, porque no podría escapar ni defenderme. Si los doctores me hubieran dicho que después del tratamiento podría terminar muriéndome de viejo, sería distinto. Pero son cinco años como máximo, con grandes

secuelas en donde ya no sería el mismo, ni siquiera podría ser completamente autónomo. Prefiero aprovechar mejor mi tiempo, pasarlo bien y despedirme cuando aún estoy lúcido y bien de toda la gente que me quiso. No es tan terrible el camino que estoy eligiendo comparado con el camino alternativo.

Ya un poco más calmada, le dice que está intentando entender lo que él dice, pero que está muy confundida, que no sabe cómo reaccionar. Ella conocía que para Juan formar una familia era algo muy importante. Tenía claro que él era bastante conservador en casi todos los sentidos y eso hacía que le costará más creer que estuviera en una posición tan poco conservadora, por decirlo de alguna manera.

—¿A quién se lo has dicho? ¿Cómo reaccionaron?

Juan le cuenta cómo reaccionó Alejandro, qué ella es la segunda en saber y que mañana se junta con otros amigos del colegio.

Ya mucho más serena, Carolina le pregunta:

—Bueno, ¿cuál es el plan? ¿Cómo piensas vivir intensamente estos próximos meses?

—Pienso viajar a conocer lugares e ir a algunos que ya conozco y que me gustan mucho, pero solamente a lugares que estén a menos de dos horas, por si me siento mal durante el viaje —Juan le cuenta.

—¿Sólo eso? —pregunta Carolina, creyendo que viajar no es algo tan maravilloso ni especial —. ¿No has pensado en bucear, tirarte en paracaídas, ir a rescatar mascotas, esquiar, surfear?

—Sí, la verdad es que he pensado en casi todas esas cosas. Tienen que ser actividades que pueda dejar de hacerlas si es que me siento mal. Por eso descarté viajar muy lejos, sentirme mal dentro de un avión, en un viaje de doce horas puede ser muy desagradable. Pensé, por ejemplo, en lo de ir a surfear, pero es invierno y no hay muchos lugares por acá cerca en esta época del año. Ahora, hay otra cosa que si tengo planeado hacer, pero prefiero no decirte, porque seguro te vas a enojar.

Ella toma una actitud firme y le insiste hasta que Juan le cuenta.

—Planeo follarme putas como si el mundo se fuera a acabar —dice mientras piensa que para él sí se iba a acabar.

Ella se pone furiosa, trata de decirle cosas a Juan, pero era tal su enojo que no lograba hilar palabras. Se tomaba la cara y movía la cabeza de un lado para el otro. Así estuvo por un par de minutos, hasta que logra tranquilizarse y le dice:

—No puedo creer todo lo que estoy escuchando, no puedo creer que te vayas a morir sin tratarte y que pienses en irte de putas. Ahora estoy convencida de que te has vuelto loco, te deberían internar.

Juan suelta una risita breve y le responde:

—Tú sabes mejor que nadie cuánto me gusta el sexo, ¿cierto? Tú también sabes que yo nunca he sido mujeriego y que soy más bien conservador, ¿cierto?

Ella asiente con la cabeza.

—Pues bueno, en los últimos años no me ha ido bien con eso, cada día se me hace más difícil conquistar mujeres. Además, yo siempre intenté conocer a la persona correcta para tener familia y todo eso. Piensa en nosotros, piensa en cuánto me costó convencerme de que no éramos el uno para el otro —continúa hablando Juan.

De nuevo ella asiente con la cabeza.

—Pues bueno, ahora no quiero nada que se parezca a una relación, para qué, si ya no hay tiempo —Agrega Juan.

Ella lo mira con pena y todavía confundida y le pregunta:

—Pero, y con la enfermedad, ¿vas a poder andar saltando de una en otra?

—Mira, según los doctores los primeros dos o tres meses sí, con altibajos, pero sí —responde Juan.

Hace una pausa y le pide que no se enoje, que le va a contar algo más. Ella le dice que lo intentará. Entonces le cuenta de su viaje reciente y de las dos putas, de la que se llevó al hotel y de la otra con la que folló en una suerte de oficina de un club nocturno y donde había cajas con botellas vacías apiladas.

Carolina termina riéndose de sus aventuras de turismo sexual y le pide todos los detalles imaginables. Juan le cuenta y responde sus preguntas dándole un toque de humor a cada detalle.

Terminan de almorzar y, al momento de despedirse, Carolina le dice:

—Tengo que concederte el hecho de que eres lo suficientemente adulto para tomar sus propias decisiones y que no le debe explicaciones a nadie.

Juan se despierta después de haber dormido casi dos horas. Ya estaba oscureciendo y hacía frío en la calle. Había llegado con su mente bastante cansada después de juntarse con Carolina. Había encendido el televisor cinco minutos antes de quedarse dormido. Estaba con el cuerpo un poco adolorido por la posición en que había dormido en el sofá, que no era ni sentado ni acostado.

Prende el hervidor para prepararse un café. No tenía nada de hambre y quería despabilar. Mientras espera que hierva el agua mira su teléfono por si tenía mensajes. Sólo uno de Carolina que le decía que cualquier cosa que necesitara no dudara en llamarla. De Andrea no había tenido ninguna noticia. Piensa que en algún momento ella le devolverá el llamado del otro día.

Mientras se prepara el café ve una tarjeta de un prostíbulo que le había pasado una joven al salir del metro. Decide llamar y ver qué resulta. Le contesta una chica, Juan le dice que vio su tarjeta y ella le cuenta de qué se tratan sus servicios. Una horita de *contactos* ilimitados, con besitos y trato de polola, que además podía incluir sexo oral sin preservativo dependiendo de la higiene del cliente. También le dice que, dependiendo de la chica que escoja, puede pedir algunos extras como sexo anal, beso negro y oral americana. La chica le indica los nombres de las tres muchachas disponibles en ese momento y le dice que le enviará fotos de ellas por mensaje a su teléfono celular para que decida. Para ir, tenía que agendar una hora y ser puntual, le explica al final la recepcionista.

Recibe varias fotos de cada chica, a ninguna se le veía la cara y todas parecían de unos veintidós años. Le envía además la descripción, edad, medidas y estatura. Juan se da un tiempo para elegir mientras se toma el café. El lugar era a seis cuadras de donde él vivía. Juan elige una con varios tatuajes y que en las fotos salía con un traje tipo malla de pescar sexy. Agenda para dentro de dos horas más.

Se ducha y cambia de ropa. Sale de su casa hacia una farmacia. Compra una pastilla de una versión genérica del Viagra. Le pregunta a la señora que atendía la farmacia cómo se usa y cuánto dura el efecto. Le responde que debe tomársela una hora o media hora antes de la relación sexual y que el efecto dura normalmente entre tres y cuatro horas. Juan le pregunta si se puede tomar con alcohol y la señora le dice que sí, pero sin exagerar. Juan nunca había tenido problemas de erección, pero quería evitar que se le bajara si lo asaltaban los pensamientos sobre el futuro, como le pasó con la chica del primer club en su viaje anterior.

Después de la farmacia, busca una fuente de soda cerca del departamento de las *escorts*, como se hacían llamar ellas. Pide una cerveza y un sándwich ligero. Se toma la pastilla entera con el primer sorbo de la cerveza. Se queda ahí hasta que faltan quince minutos para su cita.

La chica con la que había hecho la reserva le había dado la dirección del edificio, pero no le había querido decir el número del departamento. Se lo indicarían cuando estuviera abajo. Él llega cinco minutos antes de la hora y envía un mensaje avisando que está abajo. Le responden inmediatamente pidiéndole que espere unos instantes. Luego a la hora exacta le envían un mensaje con el número del departamento y diciéndole que suba.

El edificio era nuevo, menos de tres años de antigüedad, pero sin embargo, tenía uno de sus tres ascensores estropeados. Juan se registra en la conserjería del edificio, le piden su identificación, lo anotan en un libro y lo anuncian por citófono. Cuando llega a la puerta, toca el timbre, escucha mujeres hablar y luego abren la puerta. La muchacha que abre se esconde detrás de la puerta de modo que nadie, ni siquiera Juan, la pueda ver. Juan entra, la chica cierra la puerta y saluda a Juan de beso en la boca, el que Juan trata ligeramente de esquivar. La chica estaba en

ropa interior no demasiado sexy y le dice que pase a la segunda puerta. Desde el pasillo no se podía ver la sala de estar, que estaba tapada por unos biombos.

La chica acompaña a Juan hasta la habitación. Es alta y delgada, de pelo negro, con ojos celestes y de piel muy blanca. Tiene varios tatuajes en el cuerpo. Unos tribales en los senos y otro bastante grande en la parte baja del abdomen tratando de disimular las estrías dejadas por la maternidad. También tenía unas flores que iban desde su muslo izquierdo hasta la espalda, pasando por la parte lateral de su cadera. En el brazo derecho, unas mariposas. Era muy bonita, aunque no estaba para nada en forma, a pesar de ser delgada.

La chica le pregunta si era su primera vez, a lo que Juan asiente. La chica le cobra la tarifa y luego le pasa una toalla, le dice que se bañe, que se ponga cómodo y que ella vuelve enseguida.

Juan sale del baño desnudo y se tira en la cama, con una erección como nunca había tenido. Era tan fuerte que hasta parecía que lo tenía un par de centímetros más grande.

La chica entra, se tiende al lado y empieza a besar a Juan. Éste le pide que sin besos en la boca. Poco antes, mientras se tomaba la cerveza, se puso a pensar que quizás cuánto semen había pasado por las bocas de esas muchachas ese día, dado el menú de servicios que le habían ofrecido. La chica inmediatamente le pregunta si prefiere el sexo oral con preservativo. Juan lo piensa un momento y luego le dice que prefiere el sexo oral con preservativo.

La chica le da algunos besos por el cuerpo y luego le pone el preservativo con la boca. Le hace sexo oral por unos minutos y luego le pregunta a Juan cómo quiere que se ponga.

Ella se pone boca arriba de cuclillas, con las rodillas bien separadas y con el cuerpo erguido. En esa posición se veía hermosa, su vagina depilada, rosada y húmeda, sus piernas largas y separadas que contrastaban su blanco con los colores de los tatuajes en su abdomen, y éstos con sus pechos naturales también blancos y de tamaño mediano. Juan se excita mucho y su erección llega a un punto tal, producto del efecto de la pastilla, donde su pene pierde toda sensibilidad.

Follan en esa posición, luego cucharita y finalmente, cuando estaban a lo perrito, golpean la puerta. Estuvieron follando por cuarenta minutos y no había posibilidad de que Juan acabara. No tenía sensación alguna en el pene. Ella, agotada, le dice que para la próxima vez reserve dos horas.

Juan se baña y se viste rápidamente, la chica se había retirado de la pieza y le había dicho que le avisara cuando estuviera listo. Se despiden y ella le dice que lo va a estar esperando para que vuelva y que se porte bien mientras tanto.

Cuando sale del edificio aún tenía algo de la erección y, en la medida que caminaba, iba y venía. Llega a su casa y se pone a leer un libro. Estaba cansado, pero no tenía nada de sueño. El efecto le duró un par de horas más y, mientras leía el libro, sentía en la nariz una congestión muy particular que lo obligaba a respirar por la boca.

Cuando se la pasa totalmente el efecto, y después de haber leído un par de horas el libro, le da sueño y se va a dormir. Antes, mira su celular y tenía dos mensajes, uno de Alejandro preguntándole cómo estaba y otro de Ricardo recordándole que mañana se iban a juntar.

Eran cerca de las diez de la mañana y había bastante ruido en la calle cuando Juan despierta. Mientras se prepara desayuno, le escribe un mensaje a Alejandro diciéndole que se encuentra bien. Luego le escribe una serie de mensajes contándole de su experiencia con el Viagra del día antes. Éste le responde con unas risas y después le dice que debe comprar una marca determinada porque se pueden partir por la mitad. Después Juan le envía otra serie de mensajes contándole que se había juntado con Carolina a almorzar y cómo había ido todo. Alejandro le dice que ya sabía, que apenas terminaron de almorzar Carolina lo había llamado para hablar del tema. Los dos habían estado de acuerdo en que Juan se había vuelto loco.

Poco más tarde le responde a Ricardo confirmando la hora y el lugar donde se iban a juntar. Le aprovecha de preguntar si ha tenido noticias de Cristian.

Esa mañana de a poco se va sintiendo mal. Al principio, un malestar suave que luego desaparece. Más tarde, vuelve algo más fuerte y desaparece. Así, varias veces, hasta que poco antes de la hora del almuerzo le viene un malestar muy fuerte que se mantiene por un rato, luego baja la intensidad y se conserva por bastante rato como algo leve.

Poco antes de la hora de almuerzo, llama a Marcela y Carlos, dos amigos del barrio donde se había criado. Se pone de acuerdo primero con Marcela y luego convence a Carlos para que se junte con ellos. Quedan para dos días más en un bar cerca del que solían ir cuando jóvenes, que ya no existía.

Hace otro intento de hablar con Andrea. Nuevamente no le contesta ni le devuelve el llamado.

Sale a almorzar tratando de ignorar el malestar leve que aún tenía. Va a un restaurante económico con comida casera cerca de su casa. Luego de almorzar, el malestar aumenta bruscamente. Vuelve a su casa y se toma un calmante recetado por el doctor. Después de veinte minutos se sigue sintiendo muy mal, piensa que el medicamento no es lo suficientemente fuerte y se toma otra pastilla.

Pasan cinco minutos y el dolor casi desaparece. Pasan diez minutos más y los dolores desaparecen completamente, pero ahora se siente algo atontado. Trata de leer, pero no es capaz por efecto de los calmantes. Decide ver televisión. Ve un programa donde una mujer hacía las veces de árbitro entre personas que tenían distintos tipos de conflicto.

Al rato después llega al bar donde había quedado de juntarse con sus amigos. Era cerrado, sin ventanas, estrecho y alargado. Pasando la entrada, donde estaba la caja, había una mesa larga y alta de madera rústica con sillas, también muy altas, de metal. Al fondo había unas pantallas donde se veían videos musicales y sofás de cuero sintético rojo, negros y blancos dispuestos alrededor de mesas de centro. En las pantallas se proyectaba un video de Stray Cats y el contrabajo retumbaba en las murallas de lugar. En la mesa alargada del centro había tres amigos bebiendo piscolas. El lugar tenía un segundo piso con una terraza para fumadores. La escalera para subir era muy empinada y los baños del lugar estaban arriba.

Cristian ya estaba sentado en uno de los sofás del fondo, justo debajo de una de las pantallas. Bebía una piscola con blanca y, cuando Juan entra, mueve su brazo por sobre su cabeza para que este lo vea. Juan se sienta y comenta que Ricardo le había avisado que venía un poco tarde, pero que iba en camino. Juan le empieza a preguntar de su vida y de cómo le estaba yendo como marido. Cristian se había casado hace casi un año.

Juan pide una piscola, mientras Cristian ya va por su segunda. Siguen hablando de la vida de Cristian y de otros compañeros de curso.

Veinte minutos después llega Ricardo. Cuenta chistes y se pide un vodka-tónica. Juan, sin darle tiempo para que le pregunten sobre él, lo interroga para ponerse al tanto de su vida. Este le cuenta de su trabajo, de su esposa y de sus hijos.

Ya cuando se habían puesto al tanto de la existencia de Ricardo y Cristian, Juan les dice que les tiene que contar algo. Como ya se le estaba haciendo costumbre, parte por contar cómo le había ido en el último tiempo y lo estancado que se sentía. Luego les cuenta que un día se empezó a sentir mal físicamente, que fue al doctor y que lo diagnosticaron de una enfermedad grave.

Los amigos, como también ya era costumbre, lo trataban de animar diciéndole que todo iba a estar bien, que era cosa de seguir el tratamiento. Entonces Juan les recordaba la historia de su perro que puso a dormir, de cómo sintió su alivio y luego les suelta la noticia de que ha decidido no tratarse.

Los amigos le hacen los cuestionamientos naturales del caso, que cómo se le ocurría, que si se había vuelto loco, que eso decía porque seguro estaba deprimido, que tenía que tratarse la depresión inmediatamente, que si no había pensado en su familia, en los amigos, en todos los que lo iban a extrañar, etc.

Juan ya prácticamente repetía el discurso de memoria. Que se sentía liberado, que no estaba deprimido y que no se estaba suicidando, que estaba concentrando su último tiempo de vida para tener una existencia más intensa. Y, como siempre, finalizaba con que lo que iba a hacer era viajar a lugares que estuvieran a menos de dos horas y que iba a follar a cuanta puta se le pusiera por delante, como si el mundo se fuera a acabar.

Después de escuchar y discutir cada argumento y contraargumento de Juan, terminan por rendirse y decirle que lo van a apoyar. Es más, Ricardo le dice que si se tira en paracaídas él también salta. Juan lo toma como un desafío y lo acepta.

Ya van por la tercera ronda de piscolas y a Juan le están haciendo mucho más efecto que a sus amigos. Cristian le pregunta por el tema del dinero que está gastando, si le iba a dejar algo a su familia o si pensaba despilfarrarlo todo. Juan le cuenta todo lo que ha gastado hasta ahora. Les dice que solamente ha usado un poco del cupo de las tarjetas de crédito, que era bastante, y que venían con seguro de desgravamen. Qué como ese cupo y esas tarjetas las tenía de muchísimo antes de enfermarse no había forma de que el seguro impugnara ese pago. De ese cupo no había gastado ni el cinco por ciento y que, si lo llegaba a gastar todo, iba a seguir con la línea de crédito y, finalmente, sus ahorros. Que inclusive si se gastaba todo, su familia iba a de todas formas a heredar lo que tenía ahorrado en su fondo de pensiones, que era una suma considerable.

Cristian lamenta que no se puedan retirar los fondos de pensiones en casos como el de Juan. Para Juan no era tan importante eso, pero sí dice que le hubiera gustado que la ley le permitiera a él, que era soltero y sin hijos, decidir quién recibiera esa plata.

Ya cuando se terminan la tercera ronda, Juan está completamente borracho.

El efecto del alcohol se había potenciado con el de los calmantes. Se pone de pie para ir al baño, trata de subir la escalera empinada del lugar y estuvo a punto de caerse dos veces. Los amigos lo afirman y se ríen.

—Aceptamos que te muera en tres meses después de haber follado tantas putas como un feo que se gana la lotería, pero no que mueras rodando por una escalera de un bar —le dice Ricardo.

Juan vomita en el baño, luego se toma un café y un jugo de naranja en el lugar para intentar reponerse.

Ya cuando Juan estaba un poco mejor, deciden irse del lugar y dejan a Juan en su casa acostado en su cama. Sus amigos van por otra piscola a un bar cerca de Juan.

El teléfono llevaba sonando un rato cuando Juan comienza a despertar lentamente. El teléfono deja de sonar por un minuto y vuelve a sonar con Juan casi completamente despierto. Contesta y era Ricardo, que quería asegurarse de que Juan siguiera con vida. Conversan un rato y Ricardo le rememora el episodio de la escalera, que era casi imposible de recordar para Juan.

Se levanta con una gran resaca, ni siquiera piensa en comer ya que siente asco. Sólo toma café. Tres tazas.

Recibe un mensaje de Alejandro, que le contaba que había visto a una de las strippers de la despedida de soltero de Cristian. Le manda su teléfono diciéndole que le había preguntado por él. Para la despedida ella era solo stripper, pero ahora, con algunos clientes que le parecían bien, se estaba prostituyendo. El negocio de las despedidas de soltero estaba lento, poca gente se estaba casando. Juan le responde que la va a llamar.

La mañana era fría, pero era un día soleado de invierno. Juan sube a la azotea a tomar algo de sol y lleva una botella de agua consigo.

Sentado al sol de esa fría mañana y bebiendo el agua de la botella comienza a sentirse mejor. La resaca desaparece lentamente y no siente tampoco los malestares de la enfermedad.

Suena su teléfono. Era un número desconocido. Contesta y quien llamaba era Sofía, una mujer con la que había salido hace como diez años cerca de dos meses. Las primeras veces que salieron la relación fue bastante bien en todos los sentidos.

Después ella empezó poner excusas para juntarse con Juan, se seguían viendo, pero cada vez con menos frecuencia. Esto se fue incrementando hasta que desde el tercer mes simplemente no se veían más. Juan ya se había dado cuenta de las excusas y él pensaba que ella no tenía interés, entonces dejó de insistir en juntarse. Entonces fue Sofía quien empezó a invitar a salir a Juan, Juan aceptaba y, al final cuando llegaba el día, ella volvía salía con una nueva excusa. Finalmente, la situación terminó poniéndolo de muy mal humor. Juan, tomando el toro por las astas, le insiste que tiene que hablar con ella hasta que lo consigue. Entonces, Juan le propone que sean novios y ella lo rechaza, le dice que solo quiere ser su amiga. Eso era algo que dejaba tranquilo a Juan porque de alguna manera cortaba el que ella lo invitara a salir para terminar siempre en una excusa. Después, Juan se enteró de que ella se puso de novio con otro tipo y esa era la razón de sus excusas. Esta era la primera llamada que recibía de ella desde aquellos años.

—Hola, Juan. Me enteré de que estás con problemas de salud y me gustaría que nos viéramos unos de estos días para conversar y ver si hay alguna forma en la que yo te pueda ayudar —dice Sofía.

Juan se sorprende al escuchar lo que ella le dice. Alejandro, quien todavía era amiga de ella, le había contado la situación y ella quería verlo. A Juan le molestó la situación. Le dio las gracias por la llamada y le indica que no tiene ninguna intención de verla.

Ella, un poco incomoda, le dice que había entendido que Juan se estaba despidiendo de toda la gente. Juan la interrumpe y le dice:

—Me estoy despidiendo de mis amigos y de la gente que me quiere. Yo hace diez años te ofrecí mi cariño y mi amistad. Tú las rechazaste las dos. En todo este tiempo jamás me hablaste, no veo por qué tendría que hablar contigo ahora.

Ella no sabe qué decirle a Juan, sólo atina a disculparse y colgar.

Casi a las cuatro de la tarde Juan venía de vuelta a su departamento. Había salido a caminar para sacarse el enojo de la mujer que lo había llamado mientras tomaba el sol. Aprovechó de almorzar y tomarse un café en el centro.

Revisa su teléfono por si tenía algún mensaje nuevo y nada. Vuelve a leer el mensaje que le había enviado Alejandro en la mañana y decide escribirle a la stripper. Le envía un mensaje donde se presenta, luego le dice más o menos lo que quiere y le pregunta por las condiciones de ella (precio, servicios incluidos, etc.). Como a la media hora ella le responde.

Se acuerda de él. Para la despedida de soltero de Cristian había ido a hacer un espectáculo erótico junto con otra chica y después del show se quedaron un rato compartiendo. Aquel día habló bastante rato con Juan.

Le cuenta que sigue en lo de las despedidas de soltero, que tiene varias agendadas para esa noche, pero que con una amiga que trabaja le pueden ofrecer un trío antes de la hora de la primera despedida. Hablan del precio, era un monto importante, pero Juan accede. Total, la plata es de las tarjetas de crédito y al final lo va a pagar el seguro.

Acuerdan que ellas van a estar a las nueve en la casa de Juan. El servicio incluía un baile cada una y después tener sexo con las dos.

Las strippers llegan a la hora puntual. Juan las hace pasar, les ofrece algo de tomar y ellas aceptan una copa de champaña. Juan prefiere no beber después de la borrachera del día antes, además, siguiendo los consejos de Alejandro, se había tomado solamente media pastilla de Viagra.

Ellas sacan una pequeña lámpara esférica de su bolso, le piden que la enchufe. Le dicen también que se ponga cómodo. Ellas entran al baño a preparar su espectáculo. La lámpara esférica tenía un pequeño motor que hacía girar varios haces de luces de distintos colores: rojo, verde, azul, amarillo...

Pasan diez minutos en el baño, luego abren la puerta levemente y le preguntan si está listo y le piden que ponga la música que ellas habían dejado preparada.

La música era "Earned It" de la película *Cincuenta sombras de Grey*. Salen del baño con lencería y empiezan a bailar de forma sexy, primero una, después la otra y, finalmente, juntas. Termina la canción y empieza la siguiente. Ellas dejan de bailar y empiezan a besarlo en la boca, luego lo desnudan entre las dos. Una empieza a rozar sus senos con el abdomen de Juan. No se quitaban nada de la ropa aún. Una de ellas usaba un perfume extremadamente dulce.

El tipo de besos que le daban las mujeres eran sólo con lengua, sin labios. Le metían la lengua a Juan dentro de la boca y la movían rápidamente, luego la sacaban y repetían. Juan no lograba capturarles el ritmo.

La que estaba frotando los senos contra su cuerpo lo empieza a masturbar y saca de uno de sus guantes de lencería un condón. Se lo pone con las manos y luego del otro guante saca papel higiénico con el cual le quita el lubricante al preservativo. Le hace sexo oral por unos minutos y después cambian de posición, ahora los besos eran un poco más lentos y con algo de labios.

Luego cambian de nuevo en el sofá y esta vez la que le pone el condón y la primera en hacerle sexo oral se quita la tanga y se monta arriba de Juan. Mientras se mueve arriba de él se saca la parte de arriba. La otra le daba besos en el cuello y torso. Al poco rato esta última se saca la parte de arriba y le pone las tetas en la cara.

Cambian de pose. Sigue follando con la misma. Se pone en cuatro en el sofá y Juan le da a lo

perrito. La otra, parada detrás de Juan, le acaricia el cuerpo mientras le mete la lengua en el oído.

Nuevamente cambian de posición, pero siempre follando con la misma que se pone boca arriba en el sofá con Juan arrodillado frente a ella. Antes de volver a penetrarla, la otra chica le vuelve a hacer sexo oral. A Juan le duelen un poco las rodillas, por lo que les dice que vayan a la cama.

Se dirigen al cuarto y la que estaba follando aprovecha de escabullirse y meterse al baño a hablar por teléfono, la estaba llamando una de las chicas que iban a ir a la despedida de soltero después. La otra le vuelve a hacer sexo oral.

Sale del baño la que estaba hablando por teléfono y se pone de nuevo en cuatro, esta vez en el borde de la cama. Juan se lo vuelve a meter un par de veces y la chica de nuevo se va al baño a hablar por teléfono.

Juan le dice a la que aún no se folla que se ponga en cuatro y ella le responde que no porque está con la regla. La que estaba en el baño vuelve a salir, se pone nuevamente en cuatro, Juan la penetra y ella le empieza a alegar que por qué dura tanto. Juan se molesta y les dice que se acabó la diversión y les pide que se vayan.

Entran raudas al baño, se duchan y a los cinco minutos se despiden y se van.

Juan entra al baño y siente el olor extremadamente intenso del perfume dulce de una de ellas. Era tanto que llegaba a ser nauseabundo. Los siguientes días el perfume seguía estando en el baño y a Juan le daba ganas de vomitar.

Cambió las cortinas de la ducha, limpió el piso, la tina y todos los muebles del baño con cloro y el olor persistía. Limpió las murallas con un trapo mojado en agua con bicarbonato y el olor disminuyó, pero al final, sólo después de siete días, el perfume, que ya le parecía fétido, desapareció totalmente.

El famoso trío fue una soberana pérdida de dinero y tiempo. No sólo la hora que estuvo con ellas, sino por todo el tiempo que usó tratando de sacar ese maldito olor.

Era una fuente de soda muy pequeña por dentro, pero estaba ubicada en una avenida principal. Las veredas eran muy amplias y tenían la autorización de poner mesas y quitasoles. Las mesas y sillas eran de aluminio. En el borde que daba a la calle había unos maceteros de un metro de alto con una especie de mampara de vidrio que aislaba el ruido de los vehículos que pasaban por la avenida.

Ese local era relativamente nuevo, de jóvenes ellos solían ir a uno que estaba a media cuadra de ahí, que ya no existía. Había sido demolido y en su lugar ahora se emplazaba una torre de 25 pisos de altura, que en su mayoría eran viviendas.

Marcela y Carlos estaban tomando cerveza en botella cuando Juan llega y suena en el lugar “Rock and Roll All Nite” de Kiss. Venía un poco tarde, había estado toda la tarde limpiando su departamento y, sobre todo, el baño para quitar el perfume de las prostitutas de la noche anterior.

Juan se apura en ponerse al tanto de la vida de ellos antes de contarles su situación. Marcela estaba feliz porque su hijo mayor había vuelto de un intercambio en el extranjero y había madurado muchísimo. Carlos tenía polola nueva y su ex también, por lo que había tenido paz por fin después de su tortuoso proceso de divorcio.

A estas alturas Juan ya parecía una grabación cuando contaba su situación. La había dicho tantas veces que era casi una rutina de una obra de teatro. Cambiaban los personajes, pero las reacciones eran muy similares y los argumentos eran más o menos los mismos.

Al final de los argumentos y contraargumentos, Marcela, que era extremadamente decidida, le dice a Juan que ella no lo va a dejar hacer eso, que hablará con todos y cada uno de sus familiares y amigos para llevarlo donde un juez, para hacer que lo declaren interdicto y que lo hospitalicen. Juan se ríe y le dice que con el ritmo de la justicia seguro la primera audiencia a un tribunal sería cuando ya estuviera muerto. Marcela mastica su rabia sabiendo que Juan tenía toda la razón en eso. El mismo Carlos lo sabía en persona después de su divorcio, en donde cada citación era siempre para cinco meses más.

A Juan le toma bastante más tiempo calmar a Marcela que a todos los demás. Marcela, Carlos y Juan eran amigos desde muy niños y se sabían casi todos los secretos.

Ya cuando Marcela se calma por lo de no tratarse, cae en cuenta sobre lo de follar como si el mundo se fuera a acabar. Entonces lo empieza a cuestionar por lo machista de meterse con putas. Juan le pregunta:

—Pero, ¿qué tiene de machista?

—Te estás aprovechando de la situación de pobreza de una mujer para conseguir abusarla —le dice ella.

Juan no lo había visto nunca desde ese punto de vista. Hace una pausa para pensar y luego responde:

—A ver, vamos por partes. Yo dudo profundamente que alguna de las putas con las que me he metido hasta ahora estén en una situación de pobreza. Con lo que me han cobrado, si atienden a un cliente al día ganan más que cualquiera de nosotros. Ahora, para decir que la prostitución es machista hay que ignorar el hecho de que también hay hombres que se prostituyen y también hay mujeres que contratan prostitutas —le responde.

—Bueno, puede que ahora no sean pobres, pero si llegaron a eso fue por carencias económicas y eso lo hace inmoral —insiste Marcela.

—La verdad, no he preguntado mucho sobre cómo llegaron a ese trabajo y me imagino que no

me van a querer contar la verdad, porque supongo que tratan de mantener separada su vida privada de su trabajo —dice Juan.

Cambian el tema y comienzan a hablar de recuerdos de la infancia y de la fama de puteros que tenían algunos vecinos.

Juan decide volver al tema del machismo y dice:

—Mira, yo noto que he tenido dos tipos de experiencias. Una con mujeres que lo hacen con agrado y que hasta se divierten más que uno, que se despiden felices por el sexo y con el bolsillo lleno. Y están las otras que lo hacen mecánicamente y que en realidad te ven a ti como el tonto que necesita pagar. Yo creo que, para estas últimas, quien está en la real situación de vulnerabilidad es uno, es el hombre. Ellas saben que uno tiene una necesidad, ellas la explotan y poco les importa cómo tú te sientas o lo que pienses —hace una pausa y luego le pregunta a Marcela—: ¿Tú no piensas que el que contrata putas tiene una necesidad insatisfecha que lo pone en una situación vulnerable?

Marcela se ríe y le responde:

—Puede que algunos sí, pero la mayoría lo hace de puro calientes —los tres se mueren de la risa.

Ya más relajados, la curiosidad de Marcela no podía ser más grande y le pide a Juan que le cuente todas sus aventuras sexuales. Juan las narra feliz y con lujo de detalles. Termina con la razón por la que había llegado tarde: el perfume dulce persistente que ya le parecía vomitivo y que no podía eliminar.

Los últimos días habían sido bastante intensos, ya le había dicho de su decisión a su ex más importante, a sus mejores amigos del colegio y a sus mejores amigos del barrio. Hoy tenía planeado llamar a sus amigos de la universidad y a Daniela, la última con la que tuvo una relación. Luego pensaba buscar su nuevo destino para irse de viaje y hacer las reservas correspondientes. Después de eso, tenía pensado irse de putas de nuevo.

Llama a dos ex compañeros de curso de la universidad, Laura y Jorge. Se contacta primero con Laura, le pregunta qué días podría juntarse con él. Luego llama a Jorge y le consulta lo mismo. Elige el día que le acomoda a los tres. Acuerdan para la semana siguiente.

Llama a Daniela, esta no le contesta, pero le manda un mensaje diciendo que le devolverá el llamado más tarde. Vuelve a intentar llamando a Andrea, sin respuesta nuevamente.

Se pone a buscar ofertas de lugares donde viajar en los próximos días. Estaba pensado en algún lugar con nieve, en la cordillera o en el campo. Como a los veinte minutos empieza a sentir algo de dolor. Va aumentando lentamente hasta ser bastante intenso. Juan había tratado de ignorarlo y en primer momento lo consiguió, pero ya era demasiado intenso para hacerlo.

Se toma solamente un calmante. Después del otro día, ya tenía más o menos claro que se demoraba como una hora en hacer efecto y era bastante fuerte. Se echa en la cama a esperar. Se queda así por poco más de una hora, hasta que suena el teléfono.

Cristian lo estaba llamado para saber cómo estaba y si necesitaba algo. Juan le dice que está bien dentro de todo y que en ese momento estaba con algo de dolor. Le cuenta que se había tomado un calmante hace una hora, que le había hecho efecto, le había disminuido mucho el dolor, pero no lo había eliminado completamente. Cristian decide pasar a verlo.

Al rato aparece Cristian por el departamento. Traía dos cafés grandes de una cafetería cercana. Juan le dice que se siente mejor en ese momento. Mientras se toman el café, le cuenta cómo le había ido al decírselo a otros amigos. Después le cuenta del trío que había hecho con la stripper que le había recomendado Alejandro.

Cristian le regala un poco de marihuana y le dice:

—Yo sé que a ti no te gusta fumar, pero creo que deberías probar si es que te ayuda con los dolores y sentirte mejor en general. Obviamente no te va a curar de nada, pero si no te ayuda con los dolores puede que igual te ayude a relajarte.

Juan lo acepta y dice que le dará una oportunidad.

Antes de irse Cristian pasa al baño y, al salir, le dice:

—Increíble que después de todo lo que limpiaste se siga sintiendo ese perfume. De verdad que es demasiado persistente. Yo creo que la mina lo hizo a propósito, echó perfume a un lugar difícil de limpiar para que sigas pensando en ella.

Juan se ríe.

Era cerca de las ocho. Ya era noche y hacía bastante frío afuera. Juan tenía pensado irse de putas ese día, pero había tenido dolores. El calmante algo de efecto había hecho, pero los dolores, aunque amortiguados, aún persistían. Su efecto ya estaba terminando y el dolor estaba aumentando. Sobre la mesa estaba la marihuana que le había regalado Cristian.

Él había fumado marihuana de joven, pero no le gustaba mucho lo que le producía, lo dejaba demasiado relajado y no sacaba nada productivo de su efecto. No disfrutaba con ese relajo excesivo.

Había leído y oído muchas veces sobre el tema de la marihuana medicinal y de lo útil que era para combatir los malestares en general. Decidió darle una oportunidad. Cristian le había dejado un pito hecho y otro poco en una bolsa plástica junto con unos papelillos y un encendedor. Juan toma el pito, abre la ventana, lo prende y le da una fumada regular. Aguanta un tiempo el humo en los pulmones, luego lo exhala por la ventana hacia fuera del departamento, esperando que no moleste a los vecinos. Luego da una segunda fumada, ahora una gran fumada y aguanta por un poco más de tiempo el humo. Luego dos fumadas regulares más y lo apaga. Se había fumado casi la mitad del pito.

El efecto le llega de golpe. Apenas apaga el pito siente una presión en la cabeza que rápidamente pasa a ser como un ligero mareo y termina adormeciendo sus sentidos. Juan guarda todo en una bolsa de plástico con cierre hermético.

Aún siente los dolores, pero dejan de importarle. Siente la sensación, sabe que es dolor, sabe lo que es y en qué parte del cuerpo, pero su mente se ha desconectado de ellos. Se sienta en el sofá, sin pensar en nada por unos momentos. Se había olvidado totalmente de los planes que tenía para el día.

Luego, su mente empieza a pensar en cosas irrelevantes y que poco tenían que ver con su situación actual o lo que estaba viviendo. Pasa un buen rato así, casi sin moverse, hasta que su mente vuelve a enfocarse en dónde estaba y se levanta a tomar el control remoto del televisor. Entonces vuelve a sentir algo los dolores.

La marihuana le había hecho bastante efecto. Juan pensaba que era poco lo que había fumado, pero en realidad la calidad de la marihuana actual era muy superior a la que él había probado de adolescente. Un poco somnoliento enciende el televisor y coloca una película. No entiende absolutamente nada, ni lo que dicen ni las imágenes, nada. Mientras la mira, su mente vuelve a desvariar con todo tipo de pensamientos inconexos.

Así, con su mente en la luna, se queda dormido. Sus ojos se cierran y queda en un limbo entre dormido y despierto. Se sentía consciente, pero pasaba de pensar en algo a soñar y viceversa, repetidamente por un buen rato. No estaba completamente dormido ni tampoco despierto. En un momento despierta, abre los ojos y decide ir a acostarse a la cama. Apaga el televisor y las luces.

Ya en la cama, consigue conciliar un sueño profundo por algún tiempo. Hasta que empieza a tener un sueño con imágenes muy vívidas y reales, aunque él sabía que estaba soñando.

Se ve llegando a un motel donde se iba a juntar con una mujer. La calle era de adoquines y era un lugar muy lindo con arquitectura de principio del siglo XX. Casa de tres o cuatro pisos pegadas una al lado de la otra, sin entradas de vehículos, y con las murallas recién pintadas, de colores oscuros la parte de más abajo y en tonos crema hacia arriba. Las edificaciones tenían pequeños balcones con persianas de madera y en su mayoría con maceteros con flores. Había farolitos de hierro fundido muy lindos iluminando la calle. Juan se ve a sí mismo llevando una botella de

champagne y flores.

Al llegar a la puerta del motel, y antes de entrar, vuelve a dar una mirada a la calle por donde venía. Ahora la calle estaba sucia, las paredes con la pintura vieja y descascarada, llenas de graffitis con disparates sin sentido. Junto a las puertas y los farolitos estaba lleno de bolsas de basura mal cerradas donde perros y gatos callejeros escarbaban. Ve también un par de mujeres feas, viejas y desaliñadas ofreciéndole sus servicios sexuales.

Pasa la puerta que da hacia la calle y entra por un pasillo que aún era lindo. Golpea una puerta al final de éste. Era de madera café muy bella de un estilo colonial.

La puerta la abre una amiga de la adolescencia de la cual estuvo muy enamorado en aquel tiempo, pero de quien no tenía idea de su paradero hace más de quince años. Se saludan con un beso en la boca apasionado y ella lo hace pasar. Al entrar por esa puerta el lugar se convierte en la casa donde vivía ella en aquellos años. Le pide que se ponga cómodo en el living. Se sienta en un sofá que daba la espalda a unos balcones con persianas de madera. Al sentarse, queda mirando hacia un ventanal que da a un patio interior muy lindo, con varios árboles sin hojas en esa época del año. Ella desaparece un segundo. Luego aparece su papá entrando desde el patio y ella sale de un pasillo con una bolsa con pastillas rosadas. Le da dos al papá y este se va del lugar.

—Era mi papá que quería que le diera unas pastillas de éxtasis —dice ella.

Juan, intrigado, se pregunta si ella es traficante.

Suena el timbre y entra la familia de ella. El lugar se llena. Ella aparece del otro lado del living y se sienta al lado de Juan. Juan le pregunta si van a follar ese día o no. Ella le dice que van a tener que esperar a que su familia se vaya.

Apenas termina ella de decirle eso, Juan se ve despidiendo a la familia en la puerta. Al volver al living escucha gritos y un tumulto desde el exterior. Luego, fuertes golpes en uno de los balcones.

De repente la persiana se rompe y entra un hombre vestido con ropa de mujer. Con una minifalda, ligas y tacones. Había roto de una patada esa persiana. Al entrar, ignora a Juan, toma una silla del comedor, la arroja por la ventana, luego toma una segunda silla y sale con ella dando un salto por el balcón. Juan se asoma por la ventana y ve a ese hombre peleando con otro hombre también vestido de mujer. Juan observa por un rato la pelea y empiezan a aparecer las prostitutas que había visto al entrar que también se meten en la pelea, luego aparece gente corriendo de todos lados y se unen a lo que a esas alturas era una batalla campal donde se arrojaban todo lo que encontraban. Juan se aleja del balcón para no seguir mirando.

Juan se pone de espalda contra la muralla, cuando por la puerta principal aparece un grupo de policías que le dicen que tiene que retirarse del lugar, que afuera han matado una persona con una silla que sacaron de ahí y que tienen que cercar todo el perímetro.

Luego de eso aparece la amiga de la adolescencia, ahora convertida en Andrea, que le dice que lo suyo no iba a ser posible.

Juan se despierta muy molesto y dice:

—¡Pero qué diablos! ¡Ni en sueños me resulta con esas dos!

Estaba despierto desde las cuatro de la mañana. Después de esa especie de pesadilla no logró volver a conciliar el sueño. A eso de las seis prendió la tele y puso un programa sobre la vida de una familia de gente famosa. Como a la media hora de verlo se aburrió y puso infomerciales. Todavía la marihuana le hacía efecto, vio por casi dos horas los infomerciales esperando que terminaran *los comerciales* y continuara el programa que estuvieran dando, sin darse cuenta de que los infomerciales eran el programa.

Pasadas las ocho de la mañana estaba comenzando a amanecer cuando recibe el llamado de Ricardo. Este le dice:

—Cancela todo lo que tengas planeado para hoy. Me dieron el día libre, así que nos vamos a lanzar en paracaídas.

Juan le responde que aún no se levanta ni nada. Ricardo insiste que se vista rápido y que en el camino toman desayuno.

Media hora después Ricardo estaba estacionado afuera del departamento de Juan llamándolo por teléfono para que salga.

En el camino Juan le cuenta de su sueño, de lo vívido que había sido y que a pesar de lo absurdo que parecían todas las situaciones, reflejaba plenamente cómo se sentía antes de que lo diagnosticaran. Sentía que siempre pasaba algo que le impedía conseguir lo que quería. Ricardo sólo lo escucha.

Después le cuenta de su trío con la stripper de la despedida de soltero de Cristian y del olor nauseabundo que le habían dejado en el baño. Ricardo se ríe y le dice que ya sabía eso, que Cristian le había contado.

A Juan le surge la inquietud sobre si lo dejarán saltar porque todavía andaba un poco volado con la marihuana, además se había tomado media pastilla de los calmantes que le había dado el doctor. Ricardo le explica que no debería haber problema, porque el tipo de salto que van a hacer es amarrado a un instructor, que es quien se hace cargo de todo.

En el camino, paran en una gasolinera de la carretera donde comen algo y toman café.

Cuando llegan al aeródromo, los estaban esperando. Ricardo había hecho la reserva el día antes. Juan les dice que la noche anterior había fumado marihuana y que todavía se sentía un poco drogado. El instructor que los recibe le dice que lo va a evaluar durante la inducción de seguridad y en la charla previa al salto. Si él lo ve bien, tiene el visto bueno para saltar.

Todavía no empezaban la inducción y Juan estaba realmente temeroso de saltar. Se estaba arrepintiendo de estar ahí. Ricardo se ríe y le dice:

—Hombre, lo peor que pueda pasar es que te mueras hoy y no en tres meses más. Si eso pasa, te estarás ahorrando dolor y plata. Además de tener que sentir ese perfume vomitivo que ni Cristian pudo soportar. Me contó que entró a tu baño.

En la inducción de seguridad le mostraron el equipo, cómo funciona y para qué es cada cosa. Cómo se doblan los paracaídas y cómo se revisan antes de saltar, los *checklist* que se tienen que completar y todos los cuidados que se deben tener. La lista de medidas de seguridad era larguísima. Al terminar, el instructor le hace varias preguntas a Juan:

—¿Para qué era esto? ¿Qué harías si pasa tal cosa?...

Juan le responde bien y el instructor le dice que está en condiciones de saltar.

Luego les explican cómo es el salto en sí mismo, el plan de vuelo y el tipo de salto. Ellos saltarían junto a un instructor en una modalidad que se llama tándem, en la cual el novato va

amarrado por un arnés al instructor y donde se usa un paracaídas un poco más grande, dado que tenía que desacelerar una mayor masa que la de una sola persona. Luego, les explican la posición que deben tomar al caer y qué evitar, tales como ciertos movimientos que los harían empezar a rotar en el aire. Para terminar, le dicen que van a saltar sobre una pradera donde no hay gente paseándose, por lo que si quieren vomitar mientras van cayendo, lo hagan con toda confianza.

Se ponen primero una especie de mamelucos térmicos ajustados, luego un arnés con varias argollas de metal, finalmente el casco y unas antiparras. El instructor los revisa varias veces. Les presenta a los instructores con quienes saltarán amarrados. Éstos vuelven a repetirles las medidas de seguridad. Vuelven a revisar todo el equipo.

Caminan hacia el avión y, al llegar, el capitán hace una inspección visual del equipo y repite las medidas de seguridad propias del avión.

El avión se veía muy viejo y las puertas y ventanas eran tan delgadas y livianas que parecían de juguete. Juan, con una risa nerviosa, le dice a Ricardo que menos mal van con paracaídas.

Llega el momento de saltar. Juan no se acuerda del momento mismo del salto, no sabe si titubeó ni nada. Solamente recuerda cuando ya iban cayendo. La vista era preciosa y la sensación de estar flotando era maravillosa. El corazón le latía muy rápido y el frío que sentía en las orejas, cara y manos era insignificante comparado con todo lo demás. Los instructores los acercan para que choquen sus puños en el aire y les toman varias fotos. Después de eso viene el apretón en las piernas y en las costillas de cuando se abre el paracaídas. Una vez con el paracaídas abierto, el resto de la caída fue como un paseo por el parque.

Una vez abajo, Juan ya no sabía nada de dolores ni de frustraciones, el salto había reiniciado su mente. Como si alguien la hubiera apagado y prendido. Ya se había olvidado del sueño de anoche y de todos sus problemas. Se sentía feliz y en completa paz.

Cerca del mediodía vuelven a la ciudad. En el camino hablan de la experiencia, de lo que habían sentido y cómo lo había vivido cada uno.

Ya en la ciudad van a almorzar y se les suma Cristian. Ricardo, aprovechando lo relajado que se veía Juan e intenta convencerlo de que se someta al tratamiento. Juan le repite los argumentos y los otros dos les repiten los contrargumentos. Después de un rato, Juan les pregunta:

—Esto lo tenían planeado, ¿cierto? Esperaban que después de haber fumado marihuana ayer y después de haberme tirado en paracaídas yo estuviera más susceptible a hacerles caso, ¿verdad?

Los dos amigos se miran y confiesan que sí. Juan se molesta un poco y se los hace saber.

—¿Por qué no mejor en vez de usar su energía en hacer planes para convencerme no usan su energía en tratar de entenderme? Me parece que no están haciendo ningún esfuerzo por ponerse en mis zapatos.

Los amigos agachan la cabeza un poco apenados sin responder nada.

—A todo esto, Cristian, la marihuana que me diste me hizo tener un sueño horrible y rarísimo. Con decirte que el vocalista de las New York Dolls mataba a alguien en una pelea callejera —les cuenta Juan.

Ambos lo miran con cara de interrogación y Juan le cuenta los detalles del sueño. Los amigos se ríen. A Juan le parecía bastante frustrante.

El día era soleado y hacía calor, como todos los días del año en ese lugar, aunque en invierno el viento desde el océano hacía sentir algo de frío cuando golpeaba. En la playa no había mucha gente, era temporada baja, pero por el paseo costero había gente andando en bicicleta, en patines y trotando. Juan caminaba tomándose un jugo de piña que había comprado en un puesto cerca del hotel donde se hospedaba.

El día antes, cuando volvió a su casa después de saltar en paracaídas, hizo la reserva para el vuelo y para el hotel. Tuvo suerte para encontrar vuelo para esa mañana.

Había llegado a mediodía y lo primero que hizo después de registrarse en el hotel fue almorzar en un restaurante con vista a la playa. Ese día se sentía de maravilla, no había traído marihuana y no había necesitado tampoco tomarse un calmante.

Después de recorrer la playa por cerca de una hora fue a visitar un centro comercial muy famoso de la ciudad, luego un museo naval y una feria artesanal. Volvió al hotel cuando ya estaba oscureciendo.

En la recepción del hotel pregunta si le pueden recomendar dónde conseguir escorts o algún club nocturno al cual valiera la pena ir. Le hablan de un club nocturno y le dicen que la mayoría de las mujeres de catálogo las puede encontrar en el casino municipal. Se pasean por el lugar hasta que alguien les acepta su oferta o las llaman por teléfono. Era como su centro de operaciones. Era mejor ir ahí, porque las podía ver en persona antes de elegir las y hasta podía hablar con ellas primero y ver si había *feeling*. También le explica que hay distintas categorías. Están las que se pasean en el estacionamiento, que normalmente cobran más barato, pero que tienen fama de drogadictas y ladronas. Y están las que se pasean por los salones de juego, que cobran mucho más y son más elegantes. El recepcionista, que parecía saber mucho del tema, le dice que las de afuera suelen ser más calientes y jugadas, que si quiere realmente pasarlo bien busque a las de afuera, aunque también son más peligrosas. A mayor riesgo mayor ganancia. Juan se ríe del entusiasmo con el que le hablaba el recepcionista, un hombre de unos treinta años.

Ya en el casino, Juan estaba jugando en los tragamonedas. Había comprado el mínimo de fichas que vendían. Al entrar había divisado un par de prostitutas, pero no le habían llamado mayormente la atención. Mientras metía las fichas y tiraba la palanca bebía sorbos de la piña colada que se había pedido. Pasa un buen rato jugando, cada cierto tiempo ganaba algunas fichas que las volvía a jugar y luego volvía a ganar.

Ya hacía un rato que se le había acabado la segunda piña colada cuando terminó por perder todas las fichas. Se aleja del sector de las máquinas tragamonedas y va a darse una vuelta por donde estaban las mesas. Se detiene a mirar a la gente jugando a la ruleta. Había un abuelito que parecía de cien años que apostaba decenas de fichas a una variedad de números, aparentemente al azar.

Se le acerca una mujer de unos treinta y cinco años. Ella le pregunta con quién anda. Juan le dice que solo y ella le pregunta si quiere compañía. Ella era una mujer guapa, muy bien vestida y arreglada, pero a Juan no le pareció agradable la manera tan estirada que tenía de hablar. Juan le dice que por el momento no, que va a probar algo de suerte en alguna mesa primero. Ella le dice que la busque en la barra que está cerca de las mesas de Black Jack, si es que cambia de opinión.

Juan va inmediatamente a mirar al sector de las mesas de 21 y ve varias mujeres aparentemente solas en la barra cerca del lugar. Todas lucían muy similar, de treinta a treinta y cinco años, teñidas de rubio, con el pelo liso muy bien planchado, unas más platinadas que otras, muy

bronceadas y con mucho dinero invertido en cirujanos plásticos.

Se decide a probar suerte en la ruleta, juega a pares e impares. Pierde 4 veces y gana otras 5, con eso había recuperado lo que perdió en las tragamonedas y se daba por pagada una de las piñas coladas.

Sale a ver que había en el estacionamiento. Se le acerca una morena de unos cuarenta años y le pregunta qué busca. Juan le dice que nada en particular, que sólo había salido a tomar aire. Ella se ríe y le dice que ella está para servirlo, que le puede presentar algunas amigas si es que tiene algún gusto en particular. Él se ríe. Ella le sigue hablando y le empieza a decir todas las cosas que le podría hacer a ella si es que se van a un motel. Juan le pregunta por la tarifa. Ella le da el monto *por el momento* por la hora y por la noche. Juan miraba a las otras mujeres que se paseaban y de repente ve una trigueña de pelo crespo de unos veintiocho años. Le pregunta por ella.

Ella se acerca, saluda a Juan y le dice algo chistoso. Juan se ríe y le pregunta por sus servicios. Acuerdan dos horas y cruzan la calle para ir al motel de enfrente.

Él le pide a la crespa que lo espere un instante para ir a buscar su chaqueta. Aprovecha de pasar al baño a tomarse media pastilla de Viagra. Vuelve, cruzan la calle y llegan al motel, que era bastante limpio y agradable.

Ya en el motel ella pide un ron cola y, mientras espera que lleguen, saca un paquetito con cocaína y se pone a aspirarla. Le ofrece a Juan, quien le dice: *No, gracias*. Ya cuando llegan los tragos ella se toma rápidamente la mitad del ron cola, se saca la ropa y se tira como fiera en celos sobre Juan. Lo hacen salvajemente por treinta minutos hasta que Juan acaba, luego ella se toma el resto del trago, aspira un poco más de cocaína y de nuevo se lanza encima de Juan que, gracias a la pastilla, ya estaba listo para la acción. Lo hacen varias veces a un ritmo vertiginoso por casi las dos horas. Al terminar, ella le dice que está cansada, pero que feliz le acepta un trago más. Piden otro trago y se quedan conversando por casi una hora más. Luego, se despiden. Juan se va de vuelta al hotel y ella se va para su casa. Había cumplido con su cuota diaria.

Al otro día se levanta muy adolorido, por el trajín no por su enfermedad. Aprovecha el día para tomar algunos tours y luego por la tarde toma el vuelo de vuelta. En el avión se va pensando que esos habían sido unos de los mejores polvos que se había pegado en años.

Durante la última semana se había despedido de otros varios amigos del colegio, del barrio y de trabajos que había tenido en el pasado. También de su familia más cercana y la no tan cercana. Con algunos se había juntado a almorzar, con otros a tomar una cerveza y con unas pocas personas a tomar once. La dinámica de contarles la situación y luego la decisión era más o menos la misma. Alguna gente se lo tomaba más mal que otra, pero al final todos parecían entender a Juan, aunque nunca muy convencidos.

Prácticamente la única persona que le faltaba era Andrea, que nunca le había devuelto sus llamadas. No había probado intentar enviándole un mensaje. En general Juan evitaba enviar mensajes de texto, prefería llamar primero. Si después de llamar a él le respondían con un mensaje, seguía conversando por ahí.

Una de las despedidas más especiales que tuvo fue con algunos compañeros de trabajo que había tenido hacía años. En uno de sus primeros trabajos se hizo de grandes amigos que lo valoraban mucho y que siempre se acordaban de él. Se había juntado a comer en la noche con ellos y terminaron en un cabaret hasta quedar muy borrachos.

También se había juntado con Daniela. Ella se lo tomó muy mal en un principio. Pensó que Juan lo hacía para hacerla sentir culpa por haberlo dejado. Daniela era muy impetuosa y le hizo saber todo lo que pasaba por su mente, mientras Juan argumentaba y contraargumentaba. Debe haber sido la conversación más difícil que había tenido Juan en mucho tiempo, si es que no en su vida. Normalmente, él intentaba que las otras personas lo pusieran al tanto de sus vidas antes de contar lo suyo. Pero con ella había sido diferente, porque ya estaba al tanto, se lo había comentado Alejandro.

Cuando estuvo más tranquila y acepto el hecho de que la decisión de Juan no era para castigarla a ella, lo puso al día de su vida. Estaba muy feliz y se iba a casar con un doctor que conoció en el cumpleaños de una sobrina. Todo había sido muy rápido y, aunque llevaban poco tiempo juntos, ya habían tomado la decisión de casarse. Juan, un poco sorprendido cuando le contó esto, sólo atinó a decirle que sabía que ella se tomaba en serio las cosas, pero nunca se imaginó que se iba a tomar tan en serio eso de que no quería perder tiempo.

En general en la última semana se había sentido bien. Había tenido momentos malos, pero los calmantes le funcionaban razonablemente bien. No había fumado marihuana.

El día que se juntó con Laura y con Jorge iban a ir a comer a un restaurante tradicional en el centro de la ciudad, pero Jorge tuvo un inconveniente. Finalmente, se juntaron en una fuente de soda cerca de la casa de Jorge. Con ellos fue muy especial todo. Los tres habían hecho casi todos los trabajos de la universidad juntos, habían sido amigos en las buenas y en las malas. La noticia fue muy fuerte para ellos. Terminaron los tres llorando y recordando lo que vivieron juntos en la universidad. Juan los había dejado para el final por lo mismo, quería que ellos fueran los últimos de quienes se despedía. Ya prácticamente había dicho adiós a todas las personas que le interesaba.

A estas alturas sentía que había cumplido con una de las cosas más importantes, que era despedirse de todos los que quería. Faltaba una que otra persona, pero no porque Juan no hubiese intentado contactarlos.

También había estado con cerca de diez prostitutas de diversas ciudades, nacionalidades, niveles, categorías y tipos de lugares. Lo había pasado bien en varias oportunidades. Pero también hubo ocasiones que él consideraba que habían sido simplemente una pérdida de tiempo y plata.

Y, por supuesto, había viajado varias veces. Hasta se había arriesgado a ir a una playa tropical que quedaba a cuatro horas de vuelo. Allí hasta tuvo una aventura con una nativa del lugar que conoció cuando compraba un trago en un coco en un bar de la playa. A ella no le contó nada de sus problemas y fue como si todo estuviera bien en su vida. Fue una aventura tipo amor de verano adolescente y que sintió como si nunca hubiera tenido antes.

Aún se sentía bien, tenía días malos, pero no eran tan malos, y los momentos malos, aunque se repetían no eran tan frecuentes, ni el dolor invalidante. Tenía planeado ir la semana siguiente a ver al doctor y que lo revisara para saber cómo iba avanzando la enfermedad y cuánto tiempo más pronosticaba.

Para ese día pensaba ir al cabaret más lujoso de la ciudad. Nunca había ido y se imaginaba que era todo carísimo ahí. Lo que en ningún caso significaba que la atención fuera mejor, ni que las chicas fueran a ser más guapas que en otros lugares. Por lo que había visto en los otros lugares en general las mujeres se gastaban una fortuna en cirujanos plásticos, pero eso a Juan no lo impresionaba, encontraba que se veían... plásticas. Sentía que perdían su naturaleza humana, que esas imperfecciones que las hacían únicas, para convertirse en clones de un arquetipo de belleza que no era el que le gustaba a él. Ahora bien, había muchas que ya estaban acostumbradas a tratar con hombres de mucho dinero y que las invitaban a recorrer el mundo, así que tema para hablar les sobraba.

Aún era de mañana. Mientras tanto, pensaba salir a caminar, almorzar y tal vez visitar algún museo. No tenía planeado despedirse de nadie más. Aunque en estos días sus amigos, que hasta hace un par de meses le hablaban tarde, mal y nunca, ahora le hablaban casi día por medio. Andaba con algo de molestias y se había tomado un calmante con el almuerzo, pero le había hecho poco efecto.

Fuma un poco de marihuana y no le pasa nada. Fuma un poco más y sigue todo igual. Vuelve a fumar, ahora mucho más, pensando que de alguna manera esa marihuana que tenía era muy suave. Hasta que el efecto le llega de golpe, de las tres veces que fumo, todas juntas. Queda voladísimo.

Con aún un poquito de lucidez, prefiere sentarse a ver tele y no salir a la calle tan drogado. Prende el televisor en un matinal absurdo y patético donde todas las emociones eran exageradas al nivel de la manipulación más burda. Escucha a una mujer que contaba casi llorando que según ella había pasado diez años presa por vender en la calle muñecas de lana que tejía. Los conductores ponían cada vez la cara más triste con la historia de la mujer. Juan, en lo volado que estaba, primero pensaba que era una broma y que terminaría diciendo algo chistoso. Pensaba que eso no podía ser, cómo le podían creer eso, cómo a alguien la van a encerrar por diez años por vender muñecas que ella misma tejía si debajo de su edificio se ponían todos los días a vender plantas, artesanías y hasta papel higiénico que hasta la misma policía les compraba. Las caras de los presentadores se veían tan falsas que Juan se empezó a reír. Mientras más tristes y apenados se veían los presentadores más risa le daba a Juan. Llega un momento en donde hacen una especie de

pausa y los presentadores hablan de un detergente que los auspiciaba, ahora su cara era de felicidad absoluta. Acto seguido siguen hablando con la mujer e instantáneamente sus caras vuelven a la configuración de pena. Luego, van a comerciales y sale la presentadora en un comercial de ropa mostrando lo feliz que era. Juan se reía y se reía de lo absurdo que le parecía todo, al principio su risa fue normal, pero al cabo de un rato era solamente una risa hueca, como las emociones que fingían en la TV.

Por un momento se cansó de reír y cambió el canal. Puso una serie sobre un grupo de gente joven que tenía conflictos hilarantes sobre sus relaciones interpersonales. Ahora se sentía relajado y aunque estaba viendo una comedia, simplemente no le provocaba risa. Se sentía muy relajado.

Después de eso le dieron muchas ganas de comer de todo tipo de cosas que tenía en el refrigerador. Mientras seguía viendo la tele, la serie se convertía en una película y luego en otras series y después en otras películas, siempre del mismo canal. De tanto en tanto, volvía a aparecer el comercial con la presentadora del matinal.

Cuando ya era de noche, el efecto más fuerte de la marihuana se acaba y Juan mira su teléfono. No lo había mirado en todo el día. Solamente había visto televisión. Tenía una gran cantidad de mensajes de casi todo el mundo. Algunas personas le habían enviado mensajes en la mañana y, como no habían tenido respuestas, le volvieron a escribir. También tenía llamadas perdidas. No se había percatado que su teléfono estaba en silencio.

Se siente un poco abrumado por tanto mensaje. Pasa de muy relajado a estresado de golpe. Le responde a todo el mundo que está bien, que no había mirado su teléfono porque estaba ocupado y que lo tenía sin volumen.

Decide volver a fumar, el cambio de superrelajado a estresado fue muy fuerte. Esta vez al primer par de fumadas le vuelve todo el efecto de la mañana. Ahora además le da muchísimo sueño.

Nuevamente estaba entre dormido y despierto, soñaba un poco y después volvía a un estado un poco más consciente, luego volvía a soñar. Al principio los sueños eran inconexos, pasa de soñar que estaba en el campo a soñar que estaba en un bar y luego en la azotea de su edificio. Hasta que de repente empieza a verse en esa playa tropical donde había estado hace poco.

La playa era muy larga, con la arena muy blanca y con pequeñas olas en la orilla. A lo lejos se veían romper olas más grandes. El agua era poco profunda y con la arena blanca del fondo tomaba un color turquesa típico de las postales y de las fotos promocionales del lugar. El cielo estaba manchado de nubes blancas y grises dispuestas al azar.

Estaba con la muchacha que había conocido comprando el coco. Ella tenía el pelo rubio, pero en el sueño la veía con el pelo castaño y mucho más bronceada, lo que hacía resaltar sus ojos verdes. Era una mujer joven, de unos veinticinco años y la ve riendo, corriendo por el agua poco profunda y luego tirándole agua con el pie. Sin darse cuenta el sueño cambia a que están recostados en la arena abrazados y él siente de una manera muy real el sol y el viento sobre su piel.

Y así pasa toda la noche, yendo de un sueño profundo a uno ligero donde estaba tomando sol en la playa con la muchacha y luego volviendo al sueño profundo, en una interminable ida y vuelta del cual no quería despertar.

Finalmente, el ruido de la mañana no lo deja continuar con su estadía en esa playa y termina despertando en el cuarto de su departamento sin haberse despedido de la rubia. Se siente triste por no haber podido seguir soñando ese sueño tan perfecto y con tanta paz.

Vuelve a fumar marihuana y a pasar todo el día viendo series, películas y documentales de los cuales Juan después no recuerda nada.

En la noche vuelve a fumar, pero esta vez no recuerda si soñó algo o no. Más bien le parece que tuvo un sueño muy profundo. Al despertar al otro día sintió que había pasado solamente cinco minutos durmiendo. No podía creer que fuera el día siguiente.

Lo bueno es que no sentía ni el más mínimo malestar y había estado comiendo bastante. En las últimas semanas había perdido mucho peso y en general no le daban muchas ganas de comer.

Juan se había despertado temprano ese día, pero seguía en la cama sin hacer absolutamente nada. Su teléfono suena. Lo llamaban desde la clínica para confirmar su hora con el doctor para ese día en la tarde. Juan confirma que asistirá.

Se queda por un par de horas más en la cama sin hacer nada y luego se levanta lentamente. Primero se sienta, se queda así por veinte minutos, luego se para y muy lentamente va al baño.

Se prepara un café y empieza a observar que su departamento estaba muy desordenado y sucio. Ese era el primer día que no fumaba marihuana en casi una semana completa. Durante esa semana no había limpiado, ni lavado ropa. Solamente había lavado los platos y se había preocupado de que la cocina siguiera limpia. Pero el resto del departamento tenía el polvo de una semana entera.

Mientras limpiaba y se daba cuenta de la cantidad de polvo que se puede juntar en siete días, tiene un momento de lucidez. Se da cuenta de que ha perdido toda la semana. No viajó, no se juntó con nadie, no folló. Por otro lado, no había tenido nada de dolor y había comido bastante, de hecho, había ganado un par de kilos en esa semana.

Ya en la tarde lo examina el doctor. Después de hacerle un montón de preguntas de rutina y otras específicas de su caso, el médico toma el teléfono y coordina con alguien más en el hospital para que le hagan inmediatamente varios exámenes a Juan. Le dice que vaya a tal lugar del hospital, que lo están esperando y que después vuelva. Cuando estuvieran listos los exámenes iba a conversar de nuevo con él para ver cómo es la situación actual.

Le hacen los exámenes a Juan, eran varios, le toma casi dos horas y después vuelve donde el especialista. La recepcionista le dice que apenas le lleguen los resultados al doctor, lo hará pasar.

Espera por un buen rato; luego lo llaman.

El doctor revisa sus exámenes y le dice que la enfermedad está avanzando, pero más lento de lo que se esperaba. Aún está a tiempo de comenzar el tratamiento y de poder alargar su vida hasta en cinco años más. Juan le dice que no va a cambiar su decisión y le cuenta todas las aventuras que ha tenido, de la vez que folló en una especie de bodega, del trío y el perfume que lo atormentó por casi dos semanas y de la muchacha afuera del casino. El doctor no pudo mantener su cara seria de *te vas a morir* y se terminó riendo de la locura de Juan. También le contó de su salto en paracaídas y de que su amigo le dijo *pero si igual te vas a morir, salta de una vez*.

Después Juan le contó de sus dolores y otros síntomas. Que en general los calmantes le funcionaban, pero solamente si el dolor no era demasiado intenso. El doctor le da una receta para otro tipo de analgésicos más fuertes.

Juan aprovecha de contarle de la marihuana y de cómo casi no siente dolores cuando fuma. El doctor le dice que tenga cuidado. Uno de los grandes problemas era que nunca se sabía cuánto se estaba consumiendo, que a veces podía tener un efecto muy suave y otras muy fuerte. Además, que eventualmente podía enmascarar nuevos síntomas que sería importante atacar en su base, no sólo en eliminar el síntoma. Le recomienda que mejor no pruebe los nuevos analgésicos y que la marihuana la trate de evitar.

El doctor no estaba de acuerdo con el uso medicinal de la marihuana, pero de todas formas le dice a Juan que en vez de fumar trate con aceite de marihuana o con otras formas de consumirla. Le recomienda que llame a una fundación que aboga por sus propiedades medicinales.

Durante toda la semana que pasó fumando marihuana rara vez miraba su teléfono. Siempre tenía mensajes y los respondía, con suerte, una vez al día. Ya sentía que se había despedido de todos y que en realidad no tenía mucho más que hablar con ellos. Todo el mundo estaba haciendo su vida, en su aparente felicidad y él también seguía su camino. No lleno de felicidad, pero sí con la locura que le había faltado antes.

Sus amigos, que ya estaban bastante consternados con la noticia, se preocupaban aún más por la falta de comunicación de Juan. Empiezan a hablar entre ellos y la opinión de que Juan se había vuelto loco y que había que detenerlo empieza a tomar más fuerza. Mientras más hablaban entre ellos, más crecía su empecinamiento colectivo por detenerlo. En esas conversaciones los argumentos de Juan nadie los repetía y estaban, por lo tanto, ausentes.

Un día se habían juntado los amigos del barrio con los del colegio. Otro día los de la universidad con los amigos de sus trabajos pasados. Otro, los del barrio con los de la universidad y así, todos hablaban con todos. Y todos discutían cómo detenerlo, cómo hacerlo entrar en razón.

Como Juan ese día no había fumado marihuana estaba contestando casi inmediatamente todos los mensajes que le enviaban. No había recibido muchos más que los usuales, pero había uno de Alejandro preguntándole qué iba a hacer en la tarde e invitándolo a su casa a tomar algo a las ocho. Juan accede pensando que del control médico se desocuparía a las seis. Después de todos los exámenes se desocupa después de las ocho. Le avisa a Alejandro que llegará un poco tarde.

Pide un auto usando una aplicación de su celular y llega antes de las nueve a la casa de Alejandro. Normalmente Juan hubiera pasado a comprar algo para llevar, una botella de vino o de pisco, pero como iba muy tarde se fue directo.

Cuando llega, nota una gran cantidad de autos estacionados afuera de la casa de Alejandro, muchos de ellos le resultaban conocidos. Al entrar se encuentra con casi todos sus amigos y familiares. Lo esperaban para hacerle una *intervención*.

Juan apenas ve a todo el mundo se da cuenta de qué se trata y no hace la típica pregunta de las intervenciones, ese famoso *¿qué está pasando?* Juan inmediatamente les dice:

—Pero cómo se les ocurre hacerme una intervención, si yo no soy ni alcohólico, ni drogadicto, ni nada por el estilo.

Todos se miran entre sí, con cara de *así no se suponía que empezara*.

Alejandro toma la palabra y le dice:

—Sabemos que no eres ninguna de esas cosas, pero queremos que nos escuches y recapacites tu decisión. Estamos aquí porque te queremos y creemos que estás viendo el futuro sin esperanza y eso es lo peor que puedes hacer.

Después empiezan a tomar la palabra uno por uno sus amigos y familiares. Todos más o menos repiten lo mismo que Alejandro, cada uno con sus propias palabras.

Juan esta vez no les rebatió inmediatamente lo que ellos le iban diciendo, si no que esperó que hablaran todos.

Cuando terminaron, Juan se encontraba bastante molesto con la situación. Les reprocha fuertemente porque siente que lo están tratando como un niño, como alguien incapaz de decidir qué hacer con su vida.

—Si uno es capaz de elegir cómo vivir, qué carrera seguir, con quién tener relaciones, qué comprar, dónde y qué amigos tener, con mayor razón uno tiene el derecho a elegir cómo enfrentar una enfermedad como la mía. Yo no estoy eligiendo morir. Estoy eligiendo dejar que la naturaleza

siga su camino y, dado que yo sé el destino de ese camino, voy a disfrutar lo más que pueda ese viaje.

Todos se quedan en silencio y luego Juan continúa:

—Inclusive si yo eligiera morir, estaría en todo mi derecho. No hay mayor ejercicio de la libertad que elegir cómo vivir y cómo morir.

Juan habla con tal seguridad y determinación que nadie se atreve a contradecirlo y siguen escuchándolo en silencio.

—A todos ustedes, uno por uno, les expliqué mis razones y cómo veo el futuro ahora. Pero pareciera que ustedes no me creyeran, o no me quisieran creer. Ahora me siento realmente libre, es ahora cuando puedo y debo realmente vivir. Antes estaba siguiendo un canto de sirena que me decía que tenía que formar una familia, que tenía que seguir ese camino de tener una casa, hijos, perros y gatos, de vivir como en un comercial de televisión y de aparentar felicidad como muchos de ustedes lo hacen. Ese canto de sirena que me hacía sentir frustrado por no lograr ese esquivo arquetipo, ese encantamiento, se rompió. Ahora soy libre. Ahora no me debo más que a mí mismo. Ahora sé cuánto tiempo me queda y ese arquetipo no sólo se vuelve imposible, sino que indeseable.

Todo el mundo ahora estaba muy triste, muchos llorando. Juan, muy molesto, antes de retirarse les dice:

—Por eso mismo les hablé uno por uno, para que no estuvieran tristes por mí, para que no lloraran por mí. Pero saben qué, me confirma que ustedes hacen esto porque son egoístas, porque ustedes no me quieren dejar ir, ustedes me quieren retener y quieren que yo esté para ustedes cuando ustedes me necesiten.

Habían pasado un par de días desde el intento de intervención que le habían hecho. Juan se había molestado mucho, pero el enojo se le había ido pasando con el tiempo.

Todos sus amigos se habían sentido muy mal por cómo había resultado la intervención. La gran mayoría lo había llamado o le había enviado mensajes ofreciéndole sus disculpas. Juan había aceptado la disculpa de todos. En el fondo sabía que todo esto iba a ser difícil de aceptar para ellos.

Se sentía muy tranquilo ese día, no tenía ninguna dolencia y no había fumado marihuana desde el día antes de ir al control médico.

El día después de la intervención se sintió con bastante dolor y tomó uno de los nuevos calmantes que le dio el doctor. Eran bastante fuertes, el dolor se le pasó casi inmediatamente y se sintió más feliz que nunca. Juan asumió que esa felicidad era un efecto colateral del calmante, no tenía razones reales para sentirse tan feliz.

Ese día no había necesitado nada de eso, ni de calmantes ni de marihuana. Se sentía bien y quería seguir aprovechando su tiempo. Había perdido una semana completa producto de la marihuana y él quería hacer cosas, no pasársela volado viendo matinales. Empieza a pensar en planificar algún nuevo viaje o contratar alguna prostituta de elite. Había gastado hartos dólares en el tiempo que llevaba en esto, pero aún le quedaba mucho más de la mitad del cupo de las tarjetas de crédito. A ese ritmo capaz que se muriera todavía con cupo. Juan quería de alguna manera desquitarse por todos los gastos que le hacía el banco y esa era una forma que él encontraba hasta poética. Morir diciendo que el banco y el seguro le pagaron lo comido y lo bailado.

Estaba lejos aún de llegar a empezar a gastar sus ahorros. Además, como estaba con licencia médica, recibía su sueldo. Ahora sentía que le sobraba la plata para el poco tiempo que le quedaba.

Estaba mirando opciones de viajes, siempre con la misma lógica de que fuera de dos a tres horas como máximo, cuando se acuerda de Andrea. Decide hacer un nuevo intento de contactarla. La vuelve a llamar y nuevamente ella no le responde.

Ellos eran amigos desde hace quince años. Se conocieron en la universidad, pero en los últimos dos años se habían hecho muy cercanos. En esos años Juan empezó a sentir cosas por ella. Ese sentimiento creció lentamente al principio, pero al final Juan se llegó a enamorar de Andrea. Fue entonces que él le contó. Ella le dijo que se sentía muy incómoda con eso y decidió alejarse. Después de eso no habían vuelto a hablar, ni menos verse. Juan todavía tenía sentimientos por ella y no entendía por qué ella no era ni siquiera capaz de devolverle el llamado.

Las veces anteriores había marcado solamente una vez su número, esperando que ella le devolviera la llamada. Esta vez intenta llamándola tres veces en el lapso de dos horas.

Juan normalmente no usaba los mensajes cuando tenía algo importante que decir, siempre optaba por llamar. Pero dada la ocasión decide hacer una excepción y le manda un mensaje diciéndole que la había estado tratando de contactar porque tiene algo importante que decirle y que quiere decírselo en persona.

Al final del día y después de bastantes horas ella le responde. Le dice que no tiene tiempo para contestarle el teléfono ni menos para juntarse con él. Si le quiere decir algo que le envíe un mensaje de texto o un mensaje de audio.

Juan se complica con el tema, no le gustaba para nada enviar mensajes ni audios tratando temas personales y menos algo que él consideraba tan importante como despedirse antes de morir.

Finalmente opta por enviarle un mensaje de texto contándole la situación y así dar por cerrado el tema de las despedidas. Si ella no era capaz ni de contestarle las llamadas no se merecía que se despidiera de ella en persona.

En el mensaje le cuenta que está enfermo, que se decidió no tratarse y que le quedan poco más de dos meses de vida. También le explica que la razón por la que la quería verla era para despedirse en persona porque ella había sido alguien importante en su vida y que lamentaba no poder hacerlo. Finalmente se despide deseándole lo mejor.

No recibe ninguna respuesta.

Tercera Parte

No había dormido muy bien la noche anterior. No entendía por qué Andrea ni siquiera era capaz de contestarle el teléfono. Le contó que se iba a morir, que tenía una enfermedad grave y que había decidido no tratarse. Cómo era posible que ni siquiera le hubiera dicho una palabra, un lo siento o un lamento oír eso, nada. No había podido dejar de darle vueltas al asunto en su mente y había dormido a intervalos. Cada cierto rato se despertaba y volvía a pensar en el tema, luego el cansancio le ganaba y lograba dormir un rato.

Ya por la mañana se propuso no seguir pensando en el asunto. Si a ella no le interesaba para nada lo que a él le pasara, no tenía ningún sentido seguir dándole vueltas. Se propuso ocuparse en lo que fuera para pensar en otras cosas.

Ayer ya había estado buscando lugares para ir a esquiar, aún era temporada y aunque no había caído demasiada nieve ese año en la cordillera, había centros de esquí funcionando con normalidad.

Después de buscar y comparar lugares, eligió uno que estaba relativamente lejos. Había que volar cerca de una hora en avión y luego tendría que arrendar un auto y viajar dos horas más para llegar allá. El lugar era precioso y nunca había tenido la oportunidad de ir. Era ahora o nunca, se sentía bien. Según el médico, le quedaban uno o dos meses en ese estado.

Hace una reserva del lugar y del vuelo para dentro de dos días más. Después busca arriendos de vehículos y deja hecha la reserva también. Le había tomado toda la mañana planificar los detalles del viaje.

Sale a almorzar a un restaurante de pastas muy rico que quedaba a veinte minutos de su casa. Al volver, estaba muy cansado y duerme una siesta.

Despierta muy repuesto. Aún no lograba sacarse de la cabeza a Andrea. Decide irse de putas nuevamente.

Empieza a buscar en sitios de internet dedicados a publicar anuncios de escorts. Todos se veían muy parecidos, aunque con un rango de precio muy amplio. Juan ya se había dado cuenta de que en general el precio no hacía mucha diferencia, había pagado poco y había pagado hartito, en ambos casos había tenido experiencias buenas y malas. Elige un par que le habían parecido interesantes, llama y no le contestan. Elige otro par, envía mensajes y una le responde que tiene disponibilidad para mañana. Envía más mensajes, algunas le responden que debe ir donde están ellas, que era relativamente lejos, otras que tiene que ir antes de cierta hora.... Había mucha variedad de todo, horarios, precios, apariencias, lugares. En realidad, Juan hubiera estado feliz con ir a un lugar como los burdeles del siglo pasado donde los hombres se sentaban en un salón y las chicas se iban presentando una por una para que el cliente eligiera, pero eso ya no existía y, si existía en algún lugar, Juan no sabía dónde.

Se acuerda que un amigo de él trabajaba en una gran transnacional, donde tenía un buen puesto y este le había contado que en algunas ocasiones cuando venían peces realmente gordos de la compañía contactaban a una agencia de mujeres de lujo. Ninguna de ellas se publicaba. Lo llama, este le da el contacto y le cuenta, *grosso modo*, los valores y cómo funcionaba la agencia.

Llama por teléfono y le contesta una mujer con una voz muy joven, sensual y elegante. Ya de entrada le había gustado llamar ahí. Ella sólo dice: *Hola, ¿en qué lo podemos ayudar?* Juan, un poco descolocado por la voz tan sensual, dice:

—Hola, un amigo me dio este número y me dijo que era una agencia de mujeres de lujo. Estoy

interesado en sus servicios.

—¿Quién es su amigo? —pregunta ella.

Juan le explica el tipo de empresa donde trabaja su amigo, su puesto y por qué razón él se contacta con dicha agencia, pero no dice el nombre de su amigo ni de la compañía.

—Perfecto, ¿qué le contó su amigo sobre nosotras? —le pregunta ella y Juan le repite la descripción que su amigo le había dado de manera general.

Después de escuchar lo que dice él, ella procede a explicar más en detalle cómo funcionaba dicha agencia

—Bien, esta agencia es muy especial. Acá los hombres no eligen con quien estar, nosotras elegimos a quién queremos atender. Nuestras asociadas no son simples prostitutas que lo hacen por dinero, nuestras asociadas son mujeres que ya tienen mucho dinero y la tarifa que cobran es una forma de garantizar que el cliente es de un cierto nivel o superior. Todas nuestras asociadas son profesionales, desde abogadas hasta médicos y hacen esto porque les encanta el sexo y quieren gozar su sexualidad al máximo. Obviamente la tarifa que cobran les da a ellas la oportunidad de darse lujos que por con sus solas carreras no podrían. El rango de edad de nuestras asociadas va desde los 26 hasta los 58 años.

Juan estaba impresionado, no se hubiera imaginado nunca que algo así existiera. Pregunta:

—¿58 años? ¿En serio?

—Sí, tenemos algunas asociadas de más de cincuenta y ellas son por lejos las más deseadas. Se han cuidado toda su vida, no tienen ni arrugas, ni manchas, ni estrías en la piel y están totalmente en forma. Físicamente no tienen nada que enviarle a ninguna mujer de veinte años. Además, tienen tanto mundo y tema para hablar que podrían hacerte explotar tu cabeza. Para qué te voy a comentar toda la experiencia y conocimiento que tienen en el tema sexual. Tú no te puedes imaginar. Serías muy afortunado que una de ellas te eligiera —le explica ella.

Juan a cada minuto estaba más sorprendido.

La mujer continúa:

—Nosotras ofrecemos y exigimos máxima discreción. Muchas de nuestras asociadas son madres y están casadas con hombres de muchísimo dinero. Ellas deciden llevar una vida secreta para satisfacer sus necesidades de tener aventuras y una vida sexual que con sus maridos no pueden.

Luego, hace una pausa, y le pregunta a Juan:

—¿Entiende el tipo de agencia que somos? ¿Tu amigo te dijo la tarifa regular que cobramos?

Juan responde afirmativamente a ambas preguntas y luego le dice:

—Mi amigo me había comentado que eran una agencia de lujo y muy especial, pero no me había imaginado nada de lo que tú que me dices, ahora estoy más interesado que nunca.

—Bien, lo primero que debes hacer es darme tu nombre completo y enviarme fotos tuyas donde se vea el rostro claramente, y otras de cuerpo completo. Luego de eso te voy a devolver el llamado —le dice ella.

La tarifa que cobraba la agencia era fija, era equivalente a tres veces el sueldo mínimo y era independiente de si era para una cita de un par de horas para ir a cenar, o si la cita era para follar toda la noche o incluso por un fin de semana. No cobraban por tiempo ni por servicio, cobraban por darle el derecho a acceder a la mujer.

Juan le envía las fotos y espera el llamado de vuelta.

Cerca de media hora después lo llaman. Ahora la mujer le empieza a hacer una serie de preguntas respecto de su vida, si era casado, si tenía novia, novias, hijos, cuándo había sido su última relación, cuándo había sido su última relación sexual sin protección, cuándo se había hecho

por última vez un chequeo médico general, cuándo había visto por última vez un urólogo, cómo le habían salido lo exámenes del urólogo, etc. Juan responde con honestidad sus preguntas, pero no le habla de su enfermedad, que no tenía nada que ver con transmisión sexual.

Después de eso, la mujer continúa con otro tipo de preguntas. Qué tipo de literatura leía, películas favoritas, música favorita, lo que menos le gustaba, qué actividades al aire libre hacía, qué lugares le gustaba frecuentar, destinos de los últimos viajes, próximos viajes planificados, comida favorita, si le gustaban las mascotas, si tenía alguna...

Para finalizar, le hacen otro montón de preguntas sobre cómo le gustaban las mujeres, qué es lo que buscaba ahora, el tipo de fantasías sexuales que tenía y en cuáles le gustaría participar.

Fue un largo interrogatorio de más de una hora. La chica queda en averiguar si alguna de sus asociadas está interesada en estar con él y, en caso de que fuera así, lo volverían a contactar para fijar una cita.

Pasan casi dos horas, lo llaman de la agencia. Había una mujer de 28 años interesada en él. Las condiciones que ponía la agencia para una primera cita era que debía ser un hotel determinado. Él debía llegar treinta minutos antes, pedir que tuvieran en la habitación espumante y frutas. Debía pagar previamente a la agencia. La mujer iba a estar con él, en principio, por dos horas. Si ella se sentía cómoda podía quedarse por más tiempo, toda la noche inclusive. Pero que eso dependía de cómo se sintiera con él, si hubiese *feeling*, se sintiera segura, excitada, etc. Y obviamente de que él también quisiera y pudiera.

—Muchas veces después de dos horas los hombres terminaban por quedarse dormidos del cansancio —le comenta ella.

Juan llega al hotel, la agencia había hecho la reserva por él, pero igual debía pagar la habitación aparte. Lo hacen pasar y luego Juan pide el espumante y frutas. Él además había traído chocolates y helado que puso en el frigobar de la habitación. El hotel era uno de los hoteles caros de la ciudad, la habitación era muy grande, tenía dos ambientes y el estar tenía una linda vista panorámica de la ciudad nocturna. Eran cerca de las 8.30 de la noche. Todavía tenía que esperar media hora, por lo que puso algo de punk rock, Los Ramones, Misfit y Nirvana, mientras leía el libro que llevaba.

Llega la hora exacta y golpean la puerta. Juan había dejado avisado en la recepción que estaba esperando a alguien. Cuando abre se encuentra con una mujer de piel canela, pelo liso de un negro perfecto y los ojos más celestes que Juan había visto jamás. Ella se presenta:

—Hola, Juan. Mi nombre es Isabel —Juan la hace pasar cuando justo sonaba *Descending Angel* de The Misfits. Ella comienza a corear la canción.

Andaba vestida de negro, con unos jeans ajustados con un cinturón de chapas piramidales en línea y botas de media altura con hebillas plateadas. Chaqueta de cuero corta con cierres plateados cruzados por delante y en las mangas. Las mangas, además, tenían franjas acolchadas horizontales. Debajo de la chaqueta llevaba una polera sin mangas negra sin estampado muy ajustada. En ambas muñecas tenía varias pulseras mezcladas, algunas negras y otras plateadas.

Era una mujer muy hermosa, con un físico atlético y muy curvilíneo.

Juan le dice que se ponga cómoda y le pregunta si quiere una copa de espumante u otra cosa.

Beben champaña y empiezan a hablar relajadamente de distintas cosas. Ella le hace un comentario sobre la música que a Juan le causa mucha risa. Él le comenta que estaba impresionado de cómo funcionaba la agencia, qué nunca se hubiera imaginado algo por el estilo y luego le pregunta si ella realmente lo eligió a él, o si era un cuento para crearle mística a la agencia. Ella le dice que es un poco de las dos cosas, en la agencia sabían las cosas que le gustan a ella, qué tipo de música, literatura, etcétera, y también su gusto de hombres. Entonces, cuando

Juan había llamado y había respondido todas esas preguntas la coordinadora pensó inmediatamente en ella. Le envió un mensaje contándole junto con sus fotos. Ella le dice que lo eligió porque le gustaba la misma música y los mismos libros, pero en las películas no estaba de acuerdo. A ella le gustan las de chicas y en eso no transaba. Más que elegir a los hombres a ellas les llegaban todos los datos y ahí cada una decidía si aceptaba atender a ese cliente o no. En la agencia no le habían enviado los datos de Juan a ninguna de las otras asociadas. Si a Isabel no le hubiera interesado Juan, les hubieran enviado sus datos a las otras.

Ella después le pregunta sobre su próximo viaje. Juan le cuenta el plan a la nieve.

Aún estaban en el estar bebiendo champaña cuando ella se para delante de él y le toma las manos a Juan. Ella se lo tomaba todo con muchísima calma. Le empieza a contar de la última vez que fue a la nieve. Juan se trata de poner de pie, pero ella no lo deja. Toma las manos de Juan y las pone en sus caderas, mientras empieza a hacerle cariño en el pelo a Juan. Le pregunta si Juan sabía esquiar bien. Juan le cuenta que algo sabía, que había ido un par de veces pero hacía muchísimo tiempo. Entonces ella aleja las manos de Juan de sus caderas y le empieza a hacer un repaso de cómo debe pararse en los esquís.

Juan la escuchaba atentamente. Cuando ella termina de hacerle su miniclase de esquí, se sienta encima en las rodillas de Juan mirándolo de frente, con sus rodillas separadas. Ella toma las copas y brinda con Juan mientras ahora hablaban de música. Sonaba Judas Priest. Ahora ella le empieza a preguntar sobre los últimos conciertos a los que había ido. Mientras él le cuenta, ella le saca la camisa. Le hace cariño muy suavemente en el pecho. Después ella le empieza a contar sobre los conciertos que a ella más le han gustado y se saca la polera sin mangas con la que andaba. Llevaba un sostén negro liso. La piel de ella era extremadamente suave y Juan la empieza a acariciar desde la cintura, pasando por las costillas y hasta la espalda. La trata de acercar para darla un beso, ella lo detiene y le dice que aún no. Juan trata de desabrocharle el sostén y de nuevo ella lo detiene.

Ella se acerca más a Juan y ahora lo abraza. Le comienza a hablar en el oído, mientras Juan le agarra el culo. Ella empieza a bromear por las películas que le gustaban, le pregunta por qué le gustaban y que de bueno les veía. Juan le iba contando.

Ella le empieza a dar besos en el cuello a Juan. Esta vez ella deja que le desabroche el sostén. Luego ella se aleja, lo mira y le pregunta:

—¿Qué estás haciendo? ¿No estarás pensando en follarme?

Juan titubea sin saber qué responderle y luego ella suelta una carcajada y le dice:

—Te hubieras visto la cara.

Aleja un poco sus caderas y ahora empieza a darle besos en el cuerpo.

Ella se pone de pie y se saca el sostén. Luego toma las manos de Juan que seguía sentado y las pone junto a sus senos. Él, que ya había empezado a seguirle el juego, le pregunta sobre qué disfrutaba haciendo de niña. Ella le cuenta que de niña le encantaba cuando su abuelo la llevaba a nadar a un lago que quedaba muy cerca de donde vivía.

—Por eso debes tener tan lindo cuerpo —dice él y luego le cuenta que de niño le encantaba ir a un parque donde trepaba un árbol. Ella toma una de sus manos, la mira y le dice que por eso debe tener esas manos fuertes. Ambos se ríen.

Juan se pone de pie y la toma por la cintura para acercarla hacia sí. Isabel se deja y pone su boca muy cerca de la de él, esperando que le diera un beso. Juan hace el amague de darle un beso y luego le cuenta cuando dejó de subirse al árbol porque se rompió una rama y cayó hasta el piso. Ahí se dio cuenta de que ya pesaba demasiado para el pobre árbol. Ella se ríe y luego le da un corto beso en la boca. Juan le devuelve un largo beso.

Se besan de pie en el estar de la pieza del hotel hasta que ella lo toma de la mano y lo lleva a la habitación. Lo empuja hacia la cama, le saca los zapatos, calcetines y pantalones, dejándolo en ropa interior. Luego ella se saca las botas y los pantalones, quedando sólo con la tanga.

Camina hacia la mesa donde estaban la botella de espumante, las frutas y el chocolate. Coge la barra y la lleva hacia la cama. Se sienta encima de Juan, come la mitad de un trozo de chocolate. luego aprieta la otra mitad con los dientes y se lo da en la boca a Juan. Luego se continúan besando.

Ella yergue su cuerpo y toma otro trozo de chocolate. Empieza a pasarlo por el abdomen de Juan por un buen rato. Luego se ríe y le dice que se vaya a mirar al espejo. Ella le había dibujado los abdominales con chocolate. Juan suelta una carcajada.

Habían pasado ya una hora de juego previo.

Cuando vuelve, ella lo está esperando de pie, se besan y luego ella le baja los calzoncillos y le hace sexo oral. Después pasa su lengua por donde había dejado el chocolate. Al poco rato, ella se tira boca arriba en la cama y le dice a Juan que ponga rock clásico y que la folle.

Juan pone una lista de reproducción que incluía AC/DC, Van Halen y Def Leppard.

Follan muy calientemente por casi cuarenta minutos cambiando posiciones y el ritmo varias veces.

Descansan por algunos minutos, ella trae la fruta a la cama y sirve más espumante en las copas. Vuelven a conversar de música y ella le dice que le gustó el ritmo que tomó mientras sonaba “Highway to Hell”.

Isabel le pregunta si tiene una lista con algo más rápido. Él pone una lista con los Big 4. Luego Follan por otros cuarenta minutos. Cuando ya eran casi las dos de la mañana caen rendidos y se quedan dormidos.

Juan se despierta a eso de las ocho de la mañana, Isabel ya se había ido. Le había dejado una nota que decía:

—Me encantó, lo pasé fantástico. También tengo ganas de ir a la nieve. Si quieres te acompaño como amiga, pero si quieres follar tienes que pagar.

Se sentía cansado, pero estaba muy feliz. Hacía muchísimo tiempo que no vivía algo cómo lo de la noche anterior con Isabel. Sintió que había sido mucho más que sexo. Había sentido una conexión muy fuerte con ella. Se había sentido como un adolescente descubriendo el sexo. Fue como jugar verdad y penitencia más jugar a la botella con la amiga más guapa que hubiera tenido. No lo piensa mucho y llama a la agencia para invitar a Isabel a su viaje a la nieve. Le contesta la misma voz sensual con la que había hablado el día anterior. Le pregunta por las fechas y le vuelve a recordar que la tarifa era la misma independiente si era una hora o un fin de semana. Quedan de devolverle el llamado para confirmar la disponibilidad y ganas de Isabel. Le preguntan si ya tiene reservas. Juan tiene, pero solamente para él. Le sugieren que vea el tema de las reservas del pasaje y el hotel para ella mientras tanto. En caso de que Isabel no pudiera, cancelaba la reserva.

Llama al hotel donde tenía la reserva, le dicen que la habitación tiene una cama para dos y que al momento de llegar allá tenía que pagar una diferencia.

Con los pasajes del avión no fue bien el asunto, él ya tenía el suyo, pero necesitaba uno para ella. Estaba todo reservado en todas las líneas aéreas. El siguiente vuelo disponible para ir era para el día que se debía devolver.

En ese momento lo llama Isabel para decirle que estaba feliz de que se hubiera animado a invitarla. Juan le cuenta el problema de los pasajes. Ella no lo piensa y le propone que vayan en su auto. Ella había cambiado el suyo por uno nuevo y estaba feliz de estrenarlo yendo a la nieve. Juan titubea por un instante, el viaje en auto era de casi de seis horas, estaba fuera del límite que el mismo se había impuesto de viajes de dos horas como máximo. Rápidamente se da cuenta de que otra oportunidad así no va a tener. Ese viaje en avión era de una hora arriba del avión, pero siempre había que sumarle dos horas en el aeropuerto y, en este caso, también el tiempo desde el aeropuerto hasta el centro de esquí. Coordinan lugar y hora para juntarse.

Después de tener todo coordinado, no cortan la comunicación, siguen hablando del otro día, de los chocolates, de a qué hora se había ido ella ese día.

Una vez que cortan, Juan queda muy entusiasmado y empieza a pensar qué cosas debería llevar para el viaje. Chocolates, alguna lista de reproducción especial, alguna botella de vino o un espumante bueno, marihuana tal vez.

Tenía suficiente de la última vez que le pidió a Cristian que le comprara. No había sentido ganas de fumar después de esa semana que fumó mucho y que él creía fue una semana perdida. Pero ahora era distinto. Fumar algo de marihuana para tener sexo era algo que de joven había hecho muchas veces y era uno de los mejores usos que le veía.

Se acuerda que el doctor le había hablado de una fundación que promovía la marihuana medicinal. Toma su teléfono y llama para averiguar si algo de lo que hacían ellos le podía servir.

Le contesta un hombre joven que le cuenta a grandes rasgos lo mismo que Juan había visto un par de días antes en su página web. Luego, le empieza a preguntar sobre cuál era su problema de salud. Juan le cuenta sobre su enfermedad y que ha fumado en las últimas semanas con el fin de aliviar sus dolores.

El joven le comenta que ellos tienen un aceite de marihuana.

—El aceite apunta a tratar principalmente el dolor, pero tiene poco efecto estupefaciente —le explica.

Para acceder a él debía ir a una evaluación con un médico de la fundación y llevar sus exámenes médicos anteriores. Le ofrecen la primera hora disponible que tenían, que era dentro de

un mes más.

Agendan la hora y el joven le empieza a preguntar por su tratamiento actual y cómo le estaba funcionando. Juan le explica que había decidido no tratarse y que solamente estaba tomando calmantes y a veces marihuana para los dolores. El joven le pide su número de teléfono y le dice que le devolverán el llamado dentro de la tarde.

Casi veinte minutos después lo llama una actriz, una de las impulsoras de la fundación. Le pregunta por qué tomó esa decisión, cómo se siente.... Le pregunta si lo puede ir a ver para hacer un video con su historia, que le había parecido muy interesante. Juan acepta.

Ese mismo día ya por la tarde llega la actriz con dos personas más. Uno de ellos instala la cámara y luego la actriz le pide que cuente su historia. Juan narra muy resumidamente que tiene una enfermedad y que ha decidido no tratársela. Ella lo interrumpe y le plantea que en realidad él se está tratando con marihuana.

—Sí, pero es sólo para el dolor. No es un tratamiento para curar la enfermedad —le responde Juan.

Luego ella pregunta:

—¿Qué es lo que más te ayuda de esta planta maravillosa? ¿Te ayuda con tus síntomas?

—En realidad a mí no me parece tan maravillosa. Sí, es verdad que me quita prácticamente todos los dolores, pero también me quita la voluntad, me quita las ganas de hacer cosas. Y dado que me queda poco tiempo y que quiero disfrutar ese poco tiempo, pienso que la marihuana en sí misma no es buena. Por eso quería probar con el aceite —le responde Juan.

Ella, un poco incómoda con la respuesta, le comenta:

—El aceite funciona, pero tiene solamente una parte de todos los compuestos que trae la planta, por lo que el efecto calmante es menor que la marihuana completa.

Siguen hablando en la cámara sobre los efectos de la marihuana y ella le comenta sobre las variedades y le recomienda una específica sin ese efecto secundario de *dejarlo para adentro*. Le cuenta también que lo podrían asesorar para cultivar si es que lo deseaba. Juan desecha esa idea, su departamento era muy pequeño y no creía que le alcanzara el tiempo para cosecharla.

Finalmente, ella le pregunta sobre la legalización de la marihuana. La opinión de Juan era un poco ambigua respecto a ese tema. Pensaba que una persona adulta podía hacer y fumar lo que quisiera, pero que una legalización para uso recreacional podía aumentar el consumo en adolescentes y eso lo veía mal.

Le regalan dos frasquitos con aceite, le explican cómo usarlo y se despiden amablemente. La actriz le deja una tarjeta con sus datos y le dice que si necesita cualquier cosa, no dude en contactarla.

Prueba el aceite. Efectivamente le quita de manera muy rápida una pequeña molestia y bajo ningún punto de vista se siente drogado.

Se siente bien y está entusiasmado con el viaje. Aunque no durmió muy bien, se tomó un calmante a media noche.

El día antes había comprado chocolates de varios tipos, condones y Viagra. También había preparado una lista de reproducción para el viaje, otra para el sexo.

Isabel lo pasa buscar a las ocho de la mañana en punto. La idea era almorzar allá, luego hacer el *check-in* en el hotel y ver qué alcanzaban a hacer por la tarde.

El viaje es ameno y se van hablando de todo. Ella le pregunta por qué está dispuesto a pagar tanto. Es atractivo y está soltero, además no parece ser tan adinerado. No se comporta para nada como la mayoría de los hombres que a ella le toca atender.

—La mayoría de los hombres de menos de cuarenta que se atienden son casados, con el dinero que tiene podrían conseguirse fácilmente una amante, pero no quieren atados sentimentales. Buscan sexo sin dramas posteriores —señala Isabel.

—Lo mío es un problema de tiempo. En este momento no puedo darme el lujo de salir a conocer y menos de buscar relaciones. También busco sexo sin dramas posteriores. No quiero amor ni rollo, sólo pasarlo bien ese mes y el que sigue —le cuenta Juan sin darle ningún detalle de la enfermedad.

Él le pregunta sobre cómo empezó en eso y si le fue muy difícil. Ella no le da muchos detalles tampoco. Le cuenta que desde los 18 y porque necesitaba dinero.

—¿Has tenido algún pololo en el tiempo que estás en esto? —pregunta Juan.

—Entre los 15 y los 17. Después de eso, nada. Desde que me dedico a esto ni siquiera se me ha pasado por la mente.

Después hablan de dónde salen a divertirse. Juan va a todo tipo de lugares, le cuenta del after y de sus últimos intentos de conocer gente. También de un par de bares rockeros. Ella no sale mucho, no le gusta las discos porque todos los hombres que se le acercan solamente buscan follar y que ella ni loca follaría gratis con un borracho de una disco. Para ella debe ser alguien muy especial o alguien que pague. En todos estos años ha estado con centenares de hombres guapísimos y exitosísimos, de esos que jamás se encuentran en una disco. Ella también va a algunos bares rockeros, pero no a los mismos que Juan.

Siguen avanzando y la música corriendo. Juan se empieza a sentir mal. Ella lo nota y él le dice que no se preocupe. Se toma un calmante. Hacen una parada más allá y ella le vuelve a preguntar si está bien.

—Tengo unos dolores que de repente me dan, pero con el calmante al poco rato se me pasan. No te preocupes —le insiste Juan.

Continúan el viaje y ella le pregunta qué es lo más loco que ha hecho en su vida. Él le cuenta que se había tirado en paracaídas hace poco. Ella le pregunta lo más loco o bizarro en el sexo. Juan se ríe y le cuenta la historia de la puta con la que estuvo en la *oficina-bodega*.

—Yo una vez follé en un jet privado y cuando estábamos de lo mejor nos agarra una turbulencia superbrusca que nos lanzó por los aires. El tipo se lastimó el pene al golpearse contra el asiento. El piloto tuvo que aterrizar de urgencia para llevarlo al hospital —le cuenta ella muerta de risa.

Juan se acuerda de la vez que folló con una novia suya en el baño de mujeres de un club mientras tocaba una banda tributo a Guns N' Roses. Qué todo el mundo se dio cuenta y que cuando salieron del baño las otras mujeres del lugar le coqueteaban descaradamente.

Ya en el camino que los llevaba desde la autopista hasta el centro de esquí los detiene el

control policial obligatorio y les dicen que deben subir con cadenas.

—Poner las cadenas es superfácil —dice ella, pero al intentarlo se había olvidado completamente. Juan trata de varias maneras mientras ella se reía de lo ridículos que se veían en un auto nuevo y sin tener idea de cómo poner las cadenas para la nieve. Finalmente, otro conductor les explica y pueden seguir su camino.

Al llegar allá, Juan ya se sentía bien. Almuerzan en el restaurante más barato del lugar y aún así salió carísimo.

Van al hotel, hacen el *check-in*, entran a la pieza y ella le dice:

—¿Tienes ganas de follar?

Juan se ríe y dice:

—Tenemos tiempo de sobra, aprovechemos el par de horas de luz que queda para ir a caminar, tomarnos fotos, disfrutar del aire y de la vista. A la vuelta follamos al estilo oso polar.

Ella se ríe y le pregunta cuál es ese estilo.

—Es como el estilo oso, pero en la nieve —le responde Juan.

Ella lo mira con cara de que está loco.

—Te hubieras visto la cara —dice Juan y luego suelta una carcajada.

Salen a caminar, suben a un mirador donde se veía todo el valle. Estaba algo nublado el día, sin embargo, la vista era hermosa. Al atardecer se tomaron unas fotos maravillosas en ese lugar con una puesta de sol con millones de matices púrpuras y carmesís de fondo.

Ya de noche vuelven al hotel y piden cena a la habitación. Habían comprado espumante en una botillería del lugar. Luego de la cena empieza el juego previo, esta vez cerca de tres horas de erotismo en los cuales pasaban de cosas sexuales a cosas más inocentes repetidas veces. En cada ida y vuelta aumentaba gradualmente el nivel de erotismo. Terminan follando animadamente por una hora con algunas interrupciones para beber espumante. Luego caen dormidos.

Juan se despierta de madrugada sintiéndose mal. Se toma otro calmante y deja la caja en la mesita de noche. Ella lo nota, pero no dice nada.

Ya temprano por la mañana, ella se despierta primero y se fija en los calmantes. Los conocía, sabía que eran muy fuertes porque su abuelo los tomó por un tiempo.

Ella se va a la ducha y, al salir Juan, está despierto.

—Pensé que me ibas a ir a acompañar a la ducha —dice ella.

—La próxima vez sin falta —dice él, tomando el guante.

Toman desayuno en los comedores del hotel y rápidamente se van a la pista. Arriendan todo el equipamiento y se lanzan a esquiar.

Juan parte primero, tratando de acordarse cómo esquiar. Isabel se tira después y pasa raudamente a Juan, le saca varios metros de distancia y luego se frena para mirar donde venía. Él, al verla pasar tan rápido trata de apurar el ritmo. Justo cuando Isabel se da vuelta para mirarlo Juan pierde el equilibrio y termina cayéndose de lado.

—¿Estás bien? —le pregunta ella, tratando de no reírse.

—Sí, sí, estoy bien —contesta él tratando de pararse con dificultad.

Siguen deslizándose por la pista y Juan ya empieza a entrar en confianza. Logra seguirle el ritmo a Isabel bastante bien, hasta que llega a la parte de debajo de la pista, donde al tratar de frenar completamente se vuelve a caer de una manera muy cómica.

—No te rías de mí —dice él.

—No me río de ti, sino de cómo caíste. Si te vieras también te reirías —le responde ella.

Ahora tenían que subir por el andarivel, que era del tipo que tiene una T de plástico que se coloca entre las rodillas y que desliza hacia arriba al esquiador. Juan intentó cinco veces subir y lo más arriba que llegó fue a la mitad. Cada vez volvía a bajar esquiando y lo volvía a intentar. La última vez, se sacó los esquíes y terminó de subir la pista caminando. Llegando arriba, muy cansado, dice:

—Cambiémos de pista. Una que tenga el andarivel con silla.

—OK —dice Isabel—, pero te voy a tener que dar una pequeña lección antes, porque esa pista es un poco más difícil que esta.

Ella le enseña con paciencia y Juan aprende rápidamente. Ahora se divertían mucho haciendo carreras o tratando de bajar sincronizadamente.

Juan siente muchísima hambre, mira la hora y eran cerca de las cuatro de la tarde. Habían estado todo el día esquiando. Isabel dice que ya era hora que le diera el hambre que ella tenía hace rato, pero que no le quería cortar la inspiración, que se veía más feliz que un chancho revolcándose en el barro. Se ríen y luego van a almorzar.

Cuando terminan van a otro mirador y se toman fotos al atardecer con una laguna rodeada de nieve de fondo.

Ya de vuelta en la habitación entran en el juego erótico por cerca de treinta minutos y luego caen dormidos a medio desvestir. Estaban exhaustos.

A eso de las doce de la noche Juan despierta. Sentía los músculos adoloridos, pero se sentía bien. Ella dormía profundamente. Juan la termina de desvestir, le pone una polera y la arroja en la cama. Luego él se mete en la cama y duermen abrazados.

Ella se despierta temprano. Estaban abrazados cucharita. Ella se siente muy bien con él abrazándola. Se extraña que no la haya despertado para follar durante la noche. Se siente querida, se siente bien. Normalmente los hombres, por lo que pagaban, esperaban follar sin parar todo el día y noche, o por lo menos lo intentaban, aunque normalmente el cuerpo no les acompañaba. Ella se queda así, abrazada, por una hora, pensando en que Juan era muy distinto a todos los hombres que había conocido, hasta que Juan se despierta.

Ella se da vuelta y le empieza a dar besos. Juan se los devuelve y le dice que tiene una muy linda forma de desearle buenos días. Isabel se ríe y le pregunta si la quiere a ella de desayuno.

—Sería el mejor desayuno del mundo, por supuesto que lo quiero —le responde Juan.

Esta vez no hay juego previo, se van de lleno a follar. Ella estira el brazo y toma un condón del velador y comienzan a hacerlo en estilo misionero.

—Es hora de que me enseñes el estilo oso —le dice ella.

Juan se ríe y le responde:

—No tengo idea. Fue un invento. La primera cosa que se me vino a la cabeza —ambos se ríen y continúan follando.

Lo están pasando muy bien cuando a Juan le llegan dolores de golpe. Pierde la erección y se ve obligado a detenerse. Ella le pregunta qué le pasa. Juan le explica que tiene dolores, se levanta a buscar agua y se toma un calmante.

—¿Por qué tomas esos calmantes? Son muy fuertes y no se los recetan a cualquiera, ¿estás bien? ¿Qué es lo que tienes? —ella le insiste.

—Tengo una enfermedad que me produce muchos dolores y malestares a veces. No es nada contagioso, no te preocupes, ya pronto los calmantes harán efecto y me sentiré bien —Juan le responde.

—Deben ser dolores muy fuertes. A mi abuelo le recetaban esos calmantes. Eran los únicos que le hacían algo de efecto —dice ella.

Juan desvía el tema y le dice:

—Sí, son fuertes, pero no hablemos más de eso. Nos queda todo el día, ¿qué prefieres hacer?

Ella le dice que lo que él quiera, que está pagando una fortuna en ella, así que, si quiere follar todo el día, ir a esquiar o ver televisión, depende de él. Lo único que ella dice no puede hacer es ponerse a beber alcohol porque tiene que manejar de vuelta. Era el último día que les quedaba en la nieve.

—Aprovechemos la nieve y el lugar, queda muy poco invierno y, de vuelta en la ciudad, en los días que siguen podemos volver a follar. Ya sé que tengo que pagar por eso, pero me parece que vales cada centavo, inclusive sin follar —le dice Juan.

Ella sonríe y le pregunta si vio un volante que había en la mesa con propaganda de paseos en trineo por los bosques nevados. A Juan le parece una idea maravillosa.

Se levantan, bajan al comedor y toman desayuno. Mientras desayunan, los calmantes le hacen efecto a Juan y el dolor casi desaparece completamente.

Preguntan en la recepción del hotel cómo llegar a lo de los trineos. El recepcionista, les pide que esperen unos minutos. Confirma por teléfono la disponibilidad y les reserva un paseo para dos personas en quince minutos más.

Cuando llegan al lugar los alaskan malamute estaban libres paseando por un sector cerrado, bastante amplio, especialmente para ellos. Al entrar, los perros los escuchan y corren a investigar.

Ella, al verlos se deshace de ternura y le faltaban manos para hacerle cariño a todos los perros. El más grande se le acerca a Juan y casi le salta encima buscando jugar con él. Los dos estaban muy entretenidos acariciando a la docena de perros cuando el encargado hace un ruido y los perros corren donde este y se sientan alrededor. El encargado los saluda y les pregunta:

—¿Tienen reserva?

—Sí, el recepcionista del hotel la hizo hace como veinte minutos —responde Juan.

—Perfecto, estamos preparando todo. Esperen cinco minutos por favor —dice el encargado.

Isabel y Juan empiezan a hablar sobre sus mascotas. Juan le cuenta sobre su perro más querido, lo que le costó ponerlo a dormir y de cómo sintió su alivio y paz al momento de eutanasiarlo. Isabel lo mira y le dice:

—Debe haber sido muy fuerte eso. Mi abuelo no me dejó estar allí cuando tuvimos que poner a dormir a nuestra perrita. Lo hizo cuando yo estaba en la escuela.

Aparece el dueño con un trineo de madera color naranja, empieza a llamar a los perros de a uno y va enganando sus arneses al trineo.

Luego, llama a Juan e Isabel y les pide que pasen a la oficina, les dan unas instrucciones básicas, los hacen firmar un papel donde ellos asumen los riesgos y luego Juan paga.

El asiento en el trineo tenía forma de S pero dispuesta horizontalmente. A lo ancho del mismo sólo cabía una persona. Juan se sienta primero, apoyando su espalda en el respaldo, luego Isabel, que apoya su espalda en el cuerpo de Juan. El conductor les pasa una manta para que se cubran. Les pide que eviten que alguna parte de la manta salga del trineo.

El conductor da una orden, los perros comienzan a ladrar y a caminar. Rápidamente aceleran el paso y corren a bastante mayor velocidad de la que ellos esperaban. El camino por que el van estaba especialmente hecho para el paseo con trineos, tenía partes angostas rodeadas de árboles plateados por la nieve y otras con una magnífica vista al valle. El sendero no tenía mucha pendiente e iba rodeando cerros hasta llegar a un mirador. Ahí el conductor hizo una pausa para que ellos descendan del trineo y se tomen fotos. La vista era maravillosa, el cielo estaba pintado de blanco con algunas manchas celestes atravesadas por los rayos del sol.

El paseo hasta ahí había sido maravilloso, la vista hacia el valle era espectacular y a lo lejos se veían un par de vertientes de agua brotando desde los riscos en los cerros cercanos. El conductor les cuenta que a veces cuando hace mucho frío esas vertientes se congelan completamente y les pide que se fijen especialmente en una de ellas. Esa vertiente tenía una parte que era sólo de hielo.

El camino de vuelta fue por el otro lado del cerro, en donde no había casi árboles, pero sí mucha nieve, desde ahí se veían las canchas de esquí y varios de los hoteles del lugar que ensuciaban un poco la vista con el humo de sus chimeneas.

Cuando terminan el paseo en trineo ambos estaban muy felices. Mientras comentaban que había sido uno de los mejores paseos de su vida, el conductor desengancha a los perros, quienes inmediatamente corren de nuevo donde Isabel y Juan a buscar más caricias.

Al salir del lugar, Isabel le va a hacer un comentario a Juan, este la toma de la cintura y le da un gran beso. Después le pregunta qué le iba a decir. Ella ya no se acordaba.

Ya era cerca de mediodía y tenían que ir a hacer el *check-out* al hotel. Entregan la pieza, y guardan sus maletas en el auto de Isabel. Almuerzan y después se dedican a caminar por algunos senderos habilitados para eso. A eso de las cinco y media, empezando a anochecer, vuelven al pueblo, toman café con galletas en una cafetería con una vista preciosa del atardecer.

Poco antes de caer la noche, el frío se manifiesta en plenitud. Inician el viaje de regreso escuchando la lista de reproducción que había preparado Juan para el viaje.

Juan despierta sintiéndose bien, pero cansado por el viaje del que había vuelto la noche anterior. Lo había pasado fantástico con Isabel. El sexo con ella era extraordinario, no tanto por el acto en sí mismo, sino más bien con todos esos juegos que hacían permanentemente. Cambiaba su comportamiento. Pasaba de interesada a inocente, luego de inocente a una loba, de loba a una gata desinteresada y de nuevo a interesada. Cada vez que pasaba de un estado a otro lo hacía de una forma notoria, con una risa, siguiéndole el compás a Juan. Si Juan se mostraba muy interesado, ella pasaba a ser inocente. Si Juan se hacía el inocente también entonces ella pasaba a ser una loba. Si Juan se dejaba comer muy fácil, ella hacía como que perdía el interés. Con cada cambio, el tono se volvía más sexual y con cada cambio era menos inocente o desinteresada. Su forma de ser hacía que Juan no pudiera pensar en otra cosa que no fuera en ella. Lograba tener toda su atención y energía concentrada. Él había entendido rápidamente su juego y se había entregado sin peros ni temores.

El viaje de vuelta había sido tranquilo, no sintió ningún malestar y ni se acordó de su situación. Ella tenía muchísimos temas de conversación y normalmente no contaba nada de su vida privada a un cliente, pero en ese viaje se abrió bastante con Juan y le narró varios detalles de su pasado.

Ella lo había pasado a dejar a su departamento y se habían despedido con varios besos en la boca, mientras se repetían entre ellos que lo habían pasado muy bien y que se sentían muy cómodos al lado del otro.

Una vez en su casa, Juan recibe un mensaje de ella diciéndole que había llegado y este le responde deseándole dulces sueños.

Durante esa mañana Juan se dedicó a hacer labores domésticas, como lavar ropa y hacer aseo, también les respondió a varios de sus amigos que le habían escrito para saber cómo lo había pasado en la nieve.

Cuando estaba almorzando recibe un mensaje de Isabel. Ella le decía que nunca había conocido a un hombre como él, que le encantaría que fueran amigos y le preguntaba si le gustaría juntarse un día de esa semana a tomar algo o a almorzar.

Juan cuando lee el mensaje se siente aterrado. Había elegido el camino de tener sexo con prostitutas exactamente porque quería evitar formar vínculos con alguien sabiendo que se iba a morir pronto. Para empeorar las cosas, él se sentía igual con respecto a ella. Nunca había conocido una mujer así y se moría de ganas de saber todo de ella.

En el viaje de vuelta ella ya le había contado muchas cosas importantes de su vida y Juan también de la suya, pero sin mencionar el hecho de que había tomado la decisión de no tratar su enfermedad.

Los padres de ella habían crecido en un barrio humilde y habían sido los primeros de sus familias en ir a la universidad. Se habían conocido allí, eran compañeros de curso. Apenas se graduaron se casaron y la tuvieron a ella. Su papá había conseguido un trabajo de inmediato, pero no era muy bien pagado. No tenían conexiones, ni amigos y menos familiares que los pudieran colocar en un buen puesto. Ellos los sabían, pero tenían fe de que podían ir avanzado de a poco. A la mamá de Isabel le fue más difícil encontrar trabajo, primero porque estaba embarazada de ella y luego porque Isabel era una bebé. En general, las empresas evitaban contratar mujeres con hijos pequeños porque corrían el riesgo de que tuvieran muchas ausencias, ya sea porque se enfermara o porque naciera otro hijo. Sin embargo, había logrado hacer algunos reemplazos y obtener algo de experiencia laboral.

Cuando Isabel tenía cerca de tres años, su mamá había quedado embarazada nuevamente. Un día que Isabel estaba en cama por un resfrío, sus padres fueron al control médico por los seis meses de su nuevo embarazo, pero nunca llegaron al control, sufrieron un accidente de tránsito en el camino donde ambos perdieron la vida por culpa de un conductor que iba bajo los efectos del alcohol y la marihuana.

Ella se crió con sus abuelos paternos. Sus abuelos maternos habían muerto ya hacía un par de años. Su abuelo, un hombre muy sencillo, había sido jardinero toda la vida. Su abuela se las ingeniaba para ganar dinero arreglando ropa y haciendo tortas a pedido. Eran gente humilde, pero con lo que ganaban les había alcanzado para criar al papá de Isabel, que era su único hijo.

Cuando les tocó tener que criarla, sus abuelos ya no tenían la misma energía que antes y su abuelo ya no podía romperse el lomo como cuando era joven. De todas formas, recibían la pensión de supervivencia de Isabel, que era un monto razonable y que los ayudaba a no pasar sobresaltos.

Cuando Isabel tenía 17 años su abuelo enfermó gravemente. Los costos de los medicamentos eran bastante altos. Además, su abuela no podía trabajar y cuidarlos al mismo tiempo. Isabel se había conseguido un trabajo de medio tiempo y además ayudaba en los cuidados de su abuelo, a quien amaba profundamente. Su abuelo se había esmerado en pasar el mayor tiempo posible con ella para que no sintiera la ausencia de su padre. Él le decía que no tenía que sufrir por la muerte de sus padres, que él iba a sufrir por ella. La enfermedad del abuelo se convirtió en dos años de agonía que marcaron profundamente la forma de ver el mundo de Isabel.

Apenas cumplió 18 años, no lo pensó mayormente y se salió de su trabajo de medio tiempo en un restaurante de comida rápida para prostituirse. En el local había conocido a una muchacha de 26 años, quién, aburrída de estar friendo papas y después de una desilusión amorosa, había incursionado en el rubro de la prostitución. Fue ella quien la introdujo. La amiga ya llevaba cerca de seis meses en el rubro y había pasado por un par de agencias mediocres antes de encontrar una agencia un poco más refinada cuando Isabel le pide que la ayudase a entrar. En un par de años esa amiga formaría la agencia de lujo en la que estaba Isabel en la actualidad.

En la casa decía que trabajaba de promotora de eventos y lo que ganaba le alcanzaba para cubrir todos los gastos de la enfermedad del abuelo y de la casa. Una vez que su abuelo murió ella se hizo cargo de su abuela, a pesar de que le insistía que no gastara dinero en ella. Le decía que con el montepío del abuelo más lo que se hacía arreglando ropa era suficiente. Pero la verdad es que el desgaste de la enfermedad del abuelo había mermado bastante su salud. Ya no veía muy bien y el pulso no era el de antes, por lo que no podía trabajar ni a la mitad del ritmo que solía hacerlo.

El deterioro fue avanzado, en gran medida por las grandes penas que tenía su abuela. Ya había perdido a su hijo y a su marido. Murió un par de años más tarde durmiendo en su cama.

Isabel le contó mucho de su vida en el viaje de vuelta.

Juan no sabía cómo responder al mensaje de Isabel diciéndole que quería ser su amiga. Después de pensarlo hasta el punto de sentirse mal y que le aparecieran todos los malestares de su enfermedad, le responde lo siguiente:

—Me encantaría que fuésemos amigos, pero antes hay algo importante que te debo decir en persona.

Rápidamente ella le responde:

—¿Te parece si mañana vamos a ese bar de rock del que me hablaste? Ahí me dices eso importante que debes decirme.

Acuerdan hora y lugar, luego, durante el resto de la tarde y noche siguen intercambiando

mensajes hablando de la banda que iba a tocar en el bar, las caídas de Juan en la nieve, los andariveles, los perros del trineo...

Juan estaba cerca de la entrada del bar, ya eran pasadas las nueve de la noche. Llevaba unos cinco minutos ahí y en ese tiempo había saludado a algunos conocidos que estaban en la terraza. Esperaba por Isabel.

El lugar era una casa antigua de la primera mitad del siglo XX. La construcción era angosta y alargada. La entrada era una puerta abatible de madera con vidrio y por fuera además había una reja plegable con la que cerraban el lugar. Delante de la entrada el bar tenía unas mesas con unos quitasoles bastante elegantes comparados con el interior del lugar. Pasando la puerta había una barra larga junto a un corredor estrecho que siempre estaba lleno de gente comprando. Al fondo había un salón más amplio que se notaba que alguna vez fue la sala de estar del lugar. Tenía una chimenea en una de sus murallas laterales y al fondo había puesto un pequeño escenario, donde a lo sumo cabían cinco personas sin muchas posibilidades de moverse. Al otro lado del escenario y flotando en la altura estaba la mesa de sonido. El cielo del estar era bastante alto y para subir a la mesa de sonido había una escalera de unos tres metros. En la *pista* cabrían a lo sumo treinta personas.

Juan mira su celular por si es que tenía algún mensaje de Isabel cuando justo ella llega por detrás de él. Le toca el hombro izquierdo y se esconde por su derecha, haciéndolo darse una vuelta completa para encontrarla. Cuando están frente a frente ella lo besa y luego lo abraza con fuerza, como si no lo hubiera visto en años. Juan se siente totalmente abrumado. Por un lado, él también se siente feliz de verla, pero, por otro, está aterrado de que sientan algo el uno por el otro dado su panorama.

Juan la abraza por unos instantes. luego la aleja afirmándola por los hombros y le dice que no puede esperar más, que tiene algo importante que decirle.

—Pero entremos y me lo cuentas mientras nos tomamos algo —le dice Isabel.

—No, adentro hay mucho ruido y más que seguro alguien interrumpe. Lo que te tengo que decir es algo que esperaba no tener que decir de nuevo y es muy importante que te lo diga lo antes posible —le responde Juan.

—Bueno, dime qué es eso tan importante.

—Sí, te lo voy a decir —dice Juan, luego inhala y exhala unas tres veces y comienza con el discurso que ya había repetido innumerables veces:

—Hace algún tiempo atrás me estuve sintiendo mal y fui a ver a un doctor...

Isabel lo interrumpe:

—¿Por eso es que tomas esos analgésicos tan fuertes?

—Sí, esa es la razón, después de todos los exámenes habidos y por haber el doctor me diagnosticó una enfermedad muy grave, la cual decidí no tratarme —le dice ya sin mayor preámbulo.

Isabel, un poco atónita, le pregunta qué enfermedad es y por qué tomó esa decisión.

Juan le cuenta cuál es la enfermedad y el pronóstico. Isabel guarda silencio, mirando con incredulidad y asombro a Juan.

Luego Juan continúa:

—La decisión la tomé hace ya un tiempo y la enfermedad ha ido avanzado un poco más lento de lo previsto, pero de todas formas es poco el tiempo que me queda.

Isabel continuaba mirándolo sin decir una palabra mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

Juan le pide que no lllore ni se ponga triste.

—Si hubiera decidido tratarme, ya no sería la misma persona, nunca nos hubiéramos conocido y hoy día no podría estar aquí. Probablemente estaría hospitalizado o en mi casa recuperándome. Peor aún, no sólo no te hubiera conocido, mis expectativas de vida no serían mucho más largas, entre dos y cinco años, pero sin siquiera seguir siendo el mismo.

Isabel le pide a Juan que la disculpe, que la noticia es especialmente fuerte para ella y le insiste:

—No logro entender tu decisión. No logro entender por qué estás acá. No logro entender cómo podías estar tan tranquilo las veces que estuvimos juntos. ¡Siento que mi cabeza va a estallar!

—¿Te acuerdas la historia que te conté sobre ese perro que yo quería tanto y que tuve que poner a dormir? —le pregunta Juan.

Isabel asiente con la cabeza.

—Bueno, el día que estaba viendo las opciones de tratamiento, dónde atenderme, los costos y esas cosas, me vino a la mente su recuerdo. Me di cuenta de que yo me sentía como él, que estaba con el cuerpo apretado, tenso y frustrado. Entendí que si me trataba no me iba a sentir menos tenso ni menos frustrado, sino que todo lo contrario. Me di cuenta de que grandes objetivos de mi vida, como era formar una familia o tener un mejor trabajo, ya no tenían ningún sentido. Entonces me sentí invadido por una sensación de libertad. Dejé de ver esto como un problema y lo vi como una oportunidad. Ya no tenía que preocuparme más por nada en el largo plazo. Ahora sólo debía aprovechar el poco tiempo que me quedaba sintiéndome bien y vivir una vida concentrada. Es por eso por lo que llegué a ti. Es por eso por lo que te llevé a la nieve. Estoy reventando las tarjetas de crédito para que las pague el seguro de desgravamen y poder morirme con la felicidad de haber follado como que el mundo se fuera a acabar —le cuenta Juan.

Isabel con cada frase que le iba diciendo Juan tenía sentimientos más encontrados. Por un lado, sentía que Juan le transmitía paz, pero por otro, sentía una pena grande. Luego le dice:

—Creo que ahora entiendo muchas cosas de ti que no lograba comprender. No eres el típico cliente de la agencia de lujo, ni siquiera el típico cliente de las otras agencias en las que estuve al principio, que no eran de lujo como la actual. ¿Qué te ha dicho tu familia? ¿Tus amigos? ¿Cuánto tiempo te queda?

—Les ha costado mucho aceptarlo, me hicieron hasta una intervención. Según los pronósticos originales me debería quedar cosa de semanas, pero según los últimos exámenes el doctor estima un par de meses —Juan hace una pausa y continúa—: Por eso era tan importante que te contara esto. El que te haya contratado a ti tiene que ver con que decidí follar como loco mientras pudiera con prostitutas para no crear ningún vínculo. Ya sabía que mi familia y mis amigos estaban sufriendo. No quería hacer sufrir a nadie más, ni tampoco yo quería sufrir por nadie más. Obviamente, mi plan ha fallado. Ya me había despedido de todo el mundo y las explicaciones que ahora te estoy dando a ti no esperaba tener que volver a darlas.

Para finalizar, Juan le ofrece disculpas si la está haciendo pasar por un mal momento o si, de alguna manera, la está haciendo sufrir.

Los ojos de Isabel ya no tenían lágrimas y con temple fuerte le dice a Juan:

—No hay nada de qué disculparse. Entremos al bar, realmente necesito tomar algo y que me cuentes cómo es eso de follar que el mundo se va a acabar. ¿con cuantas mujeres te has metido en este tiempo?

—¡Tengo tantas historias para contar! —le responde Juan con una sonrisa.

Entran al bar y se acercan a la barra.

—Es primera vez que vienes a este bar, ¿cierto? —pregunta Juan.

Isabel le responde que sí.

—Entonces tienes que pedir una piscola —le sugiere Juan con una sonrisa pícaro.

Juan le pide al barman dos piscolas, mientras le pasa un billete para pagar. El barman le da el vuelto a Juan, toma dos vasos grandes, les pone dos hielos. Se da vuelta, toma dos botellas de pisco del mostrador, la abre y llena los vasos con pisco. Después toma de un refrigerador dos botellas de bebida y las coloca al lado de los vasos.

—Servido —dice el barman y Juan le pasa la propina que el barman echa en un frasco.

Isabel miraba con asombro ese tremendo vaso lleno completamente de pisco.

—Pero, ¿cómo le voy a poner la bebida a ese vaso? ¡No hay espacio! ¡Es sólo pisco! ¡Eso no es una piscola, es pisco puro! —se queja Isabel.

Juan se ríe y le dice:

—Todos tienen distintas técnicas. Algunos toman un poco de pisco del vaso y luego le agregan la bebida, después toman otro poco y le vuelven a agregar más bebida. Como el primer trago es más fuerte, cada vez que le agregan más bebida lo sienten más suave.

—¿Esa técnica usas tú? —le pregunta Isabel.

—No —le responde él—. Yo tomo un poco del vaso y rápidamente tomo de la botella, hago la mezcla en la boca y luego de un par de veces ya hay espacio para ir agregándole bebida al vaso.

Ella decide aplicar la primera técnica y toma un poco de pisco puro. Arruga la cara mientras toma y Juan le dice:

—¡Bienvenida a este bar!

Se toman la piscola cerca de la barra mientras conversan de cómo sirven los tragos en otros lugares, en otros bares, en festivales, en resorts y hasta en sucuchos de mala muerte.

Piden otra ronda, pero esta vez de ron. Ya el alcohol estaba empezando a hacerles efecto.

—Bueno, ya basta de hablar de copete y cuéntame con cuantas mujeres más te has metido en este tiempo —exige Isabel con un tono celoso.

Juan se sonríe y le dice:

—Yo feliz te cuento, pero... ¡sin ponerse celosa!, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —responde ella.

Entonces Juan le cuenta sus aventuras:

—Lo primero que hice, apenas tomé la decisión, fue pagar un pasaje de avión e irme por unos días a otro país. Allá fui a un par de cabarets que me habían recomendado.

—¿Te has puesto condón en tus aventuras? —lo interrumpe Isabel.

—Sí, por supuesto. Eso ni siquiera me lo cuestioné —le responde él y luego continúa contándole del lugar.

—El primer lugar al que fui era uno de los nightclubs más caros de esa ciudad. Se me acercaron varias mujeres, bastante guapas alguien podría decir, pero su actuar era tan fingido y sus cuerpos tenían tantas cirugías plásticas, que parecían robots. No me resultaban sexis en lo más mínimo. En un momento, en el escenario aparece una mujer simplemente espectacular. Le pedí a uno de los mozos del lugar que me la enviara y después me la llevé al hotel.

—Y el sexo con ella, ¿qué tal fue? —pregunta ella.

—En general bien, pero hubo un momento que me puse a pensar que probablemente esa fuese una de las últimas veces que me pegara un polvo y me distraje. Se me bajó la erección y me costó volver a ponerme en onda.

—¿No te tomaste un Viagra? —interrumpe ella.

—No. La verdad es que en ese momento de mi vida aún no lo había usado. Después de esa vez, decidí probarlo.

—¿Conmigo habías tomado Viagra?

—La primera vez, sí. Cuando fuimos a la nieve no, porque no me acordé, pero ese día de todas formas no fue necesario —le responde él y luego continúa con la segunda vez:

—Al día siguiente fui a otro cabaret que se supone también era bueno, pero esa fue una pérdida de tiempo y plata. El lugar estaba llenísimo. La chica que elegí ahí no quiso irse al hotel conmigo y me convenció de que lo hiciéramos en el *privado* del lugar. El famoso privado terminó siendo algo así como una mezcla entre oficina y bodega. No podía ser más incómodo. Al final lo hicimos por un rato, pero entre lo incómodo y lo robótico de la muchacha perdí todo el entusiasmo.

—¿Una bodega? Pero, ¿cómo lo hicieron? ¿En un sofá?

—Algo así. Había un sofá, pero estaba muy cerca de un escritorio. Traté de varias formas. Conmigo arrodillado frente al sofá, pero era imposible. Con ella arriba mío, tampoco, el sofá estaba que se desarmaba. Al final intentamos con ella agachada poniendo su cuerpo sobre el escritorio y yo desde atrás, pero no, los pies me quedaban muy cerca del escritorio, porque más atrás estaba el sofá. Realmente fue una pérdida de tiempo.

—Eso te pasa por caliente —le responde Isabel muerta de la risa.

—Bueno, unos días después de que volví del viaje concerté una cita en un departamento con una escort por un sitio web. Esa fue la primera vez que me tomé un Viagra. Me tomé la pastilla entera y de verdad funcionó, funcionó tanto que la erección que se me produjo fue tan dura e intensa que el pene se me adormeció. No sentía nada, follé la hora entera con la chica, que terminó agotada y yo no logré acabar. Era como ver una porno en 4D en primera persona, porque el pene estaba tan anestesiado que era como si no fuera mío.

—¿En serio? Primera vez que escucho eso, y todos los clientes siempre toman. Nunca, ninguno nos ha hecho un comentario de eso —acota ella.

—Bueno, yo a esa chica no le dije nada del tema. No sé qué habrá pensado ella, tampoco me hizo ningún comentario. Y tú, ¿cómo sabes que todos los clientes toman Viagra? —pregunta Juan.

—La mayoría no lo dice, pero se refleja en la respiración y en que se ponen rojos. A algunos no se les nota tanto, otros respiran como si les fuera a dar un ataque al corazón, pero a todos se les ponen las mejillas rojas y les cuesta un poco respirar por la nariz —le comenta ella.

—Después de esa vez, me he tomado sólo media pastilla. En realidad, media pastilla no me hace gran diferencia a mí, pero si pierdo el ritmo o me distraigo con mis problemas, me ayuda a volver a ponerme en onda rápidamente.

—Entiendo —dice ella, y le pide que siga contando sus aventuras.

—Después hice un trío. La verdad es una experiencia totalmente sobrevalorada. Es lejos mejor estar con una que realmente te guste. Si, al final, en el trío siempre hay uno que está medio estorbando. Claro, no he probado con dos mujeres que se coman entre ellas, quizás ahí es más entretenido. Al final uno sólo tiene un pene, así que igual solamente puedes tener sexo de a una.

Isabel se ríe y le dice:

—Es más entretenido cuando el trío es con dos hombres.

Juan no se esperaba que le dijeran algo así y, un poco incómodo, le dice:

—No sé. No me tinca —luego continúa—. La peor parte del trío fue que una de las mujeres usaba un perfume muy dulce. La condenada parece que se bañó en su perfume antes de irse de mi casa, porque no logré sacar ese olor del baño como por una semana. Al final me daban ganas de vomitar.

—Eso lo hacen a propósito para que te acuerdes de ella y la vuelvas a llamar —dice ella—. ¿Solamente has tenido aventuras pagadas en este tiempo?

—No. Me fui también por unos días a una playa en el Caribe y allá conocí a una chica joven que quería tener una aventura de verano. Fueron tres días muy intensos pero, una vez terminados,

ni siquiera intercambiamos teléfonos —Le relata Juan.

—Mira tú —le responde Isabel, nuevamente con un tono celoso.

—Bueno, y ahora cuéntame de tu vida amorosa —le pide él.

En ese mismo momento empieza a sonar la banda e Isabel le dice que después le va a contar, que ahora vayan a verla.

Caminan hacia el fondo del pasillo donde estaba la entrada al sector donde tocaba la banda. Eran cinco músicos que casi no se podían mover en el pequeño espacio del escenario. El bajista era el que más llamaba la atención. Usaba la cabeza rapada, barba y muchos piercings en la cara. Era, además, bastante más alto que los demás integrantes y andaba totalmente vestido de cuero con muchas puntas. Uno de los guitarristas se veía como cualquier persona que uno se puede topar en la calle y el otro andaba sin polera para mostrar la musculatura que seguro le había costado muchas horas de gimnasio. El baterista era un tipo de unos treinta años con cara de ser buena persona, del tipo de vecino al que le pides que vigile la casa cuando vas de vacaciones. El vocalista era todo un personaje. Tenía el pelo muy crespo y abundante, pero no en la parte de arriba de la cabeza, donde usaba un sombrero de vaquero para tapar la calvicie. El estilo que tocaban era un heavy metal típico de los noventa. La banda sonaba muy bien y a Isabel le gustó mucho.

Mientras tocaba la banda, se tomaban un segundo trago y no hablaban mucho entre sí, excepto para hacer comentarios sarcásticos o divertidos sobre los músicos.

De un momento a otro, Juan se encuentra con Marcela parada al lado de él. Andaba con una amiga de ella que no era cercana a Juan. Este le presenta a Isabel. Marcela e Isabel intercambian un par de palabras, pero nada más.

Cuando termina de tocar la banda, la gente empieza a salir rápidamente de ese sector para dirigirse a la barra o a las mesas de afuera donde se podía fumar. En ese momento Marcela y su amiga se acercan a Juan e Isabel. Marcela le empieza a preguntar a Juan cómo se había estado sintiendo y si continuaba con su plan. Juan le dice que se había sentido bien la mayor parte del tiempo y le cuenta sobre el viaje a la nieve, sin indicarle que le había pagado a Isabel para que lo acompañara. Le habla de la vista, de las caídas y del paseo en trineo con perros. Marcela le comenta de su hijo y que lo había venido a visitar una muchacha que había conocido en el intercambio.

En un momento, Juan va al baño y se queda Marcela conversando con Isabel. Marcela inmediatamente empieza a interrogar a Isabel sobre el tiempo que se conocían y el tipo de relación que tenían.

—Somos amigos y nos conocemos hace un par de semanas. Y tú, ¿lo conoces de hace mucho? —le pregunta ahora Isabel a Marcela.

—Somos amigos de la infancia. Nuestras familias siguen siendo vecinas —le responde Marcela, y luego pregunta con mirada inquisidora—: ¿Te contó por lo que está pasando?

—Me acaba de contar. La verdad es bastante fuerte, aún no sé cómo tomármelo —le dice Isabel.

Marcela le cuenta que ella junto con varios amigos más están buscando la forma de hacerlo cambiar de opinión, le da su número de teléfono y le dice que si se les quiere unir es bienvenida.

Juan vuelve del baño. Marcela y su amiga se despiden y se van del bar.

Los dos tragos ya les habían hecho efecto y ambos estaban algo ebrios. Juan le dice a Isabel que salgan del lugar y que se vayan a tomar el último trago de la noche a algún lugar cercano. Isabel acepta.

Al salir, afuera del lugar ven a un imitador de Elvis Presley. Estaba parado junto a un parlante donde sonaba música disco. El parlante lo tenía amarrado a un carrito con ruedas y en la parte de arriba tenía una caja para que la gente le donara dinero. Era un imitador bastante paupérrimo y, salvo por las patillas, físicamente no se parecía en nada a Elvis. Junto a él había dos muchachas jóvenes, bastante atractivas y un amigo de ellas, que hablaban de quién sabe qué cosa con Elvis. Juan e Isabel se acercan porque les pareció llamativo. En ese momento Juan se pone a bailar y toma la mano de Isabel invitándola a unirse. Isabel engancha inmediatamente y baila con Juan. Las dos chicas y su amigo también se entusiasman y bailan con ellos. Rápidamente varios de los metaleros, con el ánimo de conocer a las chicas, también se ponen a bailar.

Salvo por Juan, que bailaba con Isabel, todos los demás bailaban solos. A ratos las chicas danzaban con algunos de los presentes, otro rato entre ellas. Una de las chicas se para a bailar al lado de Isabel y esta le sigue la corriente. La otra aprovecha la oportunidad y le baila a Juan de una manera mucho más sensual de lo que habían estado bailando ella y su amiga. Isabel lo nota, pero no dice nada. Al poco rato las muchachas se alejan un poco y vuelven a bailar entre ellas.

En ese momento, Isabel se acerca impetuosa a Juan y lo besa desesperadamente, como diciendo *él es mío y de nadie más*. Obviamente, Juan se deja querer y le responde con pasión sus besos. Pasan en eso un par de minutos, hasta que Isabel se detiene y le dice a Juan:

—Llévame a tu casa y hazme el amor como si fuéramos novios.

Juan no dice una sola palabra, la toma de la mano y camina hacia la calle tratando de conseguir un taxi.

Se paran al borde de la calle e intermitentemente se besan y ponen atención a algún taxi. De a un momento a otro a Juan lo asalta la duda:

—Cuando dices como si fuéramos novios, ¿a qué te refieres?

—A que hagamos el amor, que no sea sólo sexo, quiero entregarme entera a ti y que tú te entregues entero a mí, como si no hubiera mañana, como si no hubiera nada más ni nadie más en el mundo. Quiero que lo hagamos sin condón, sin condiciones y sin temores. Cuando te mueras quiero que te mueras sintiendo que esta noche fue la mejor noche de tu vida —le responde Isabel.

Juan la toma por la cintura y comienza nuevamente a besarla abrazándola fuerte. Luego, vuelve a mirar si viene un taxi y, finalmente, pide un auto en una aplicación desde su celular.

Mientras esperan que llegue el auto, Juan dice:

—Respecto a lo de hacerlo sin condón, quiero que sepas que yo no tengo ninguna enfermedad de transmisión sexual. El doctor me hizo todos los exámenes habidos y por haber cuando me descubrieron la enfermedad. Me los volvieron a repetir en el último control, porque yo le había dicho al médico que planeaba irme de putas. No creo que tú tengas nada tampoco, pero si así fuese, a estas alturas me da exactamente igual que me contagiaras de algo. Pero sí hay algo que me preocupa y es que no me gustaría que quedaras embarazada, me aterroría saber que me voy a morir dejando un hijo al que no pudiera proteger y criar.

—No te preocupes de nada de eso. Tomo anticonceptivos —le dice Isabel—. Y tampoco tengo ningún tipo de infección. Siempre lo hago con condón y soy supercuidadosa. Lo de los anticonceptivos es una medida extra de seguridad. Las otras chicas siempre cuentan historias de que el condón se salió, se rompió o lisa y llanamente el cliente se lo sacó a propósito. Por suerte, a mí nunca me ha pasado. A las otras chicas que les ha ocurrido las han mandado a tomar un montón de medicinas preventivas. En la agencia son superestrictas con eso.

Vuelven a besarse ahora de una manera menos apasionada, pero más suave y cariñosa.

Los pasa a buscar el auto. Juan se sienta en la parte de adelante e Isabel atrás. En el camino, ella le pregunta sobre su plan:

—Tu amiga Marcela dijo algo acerca de un plan que tú tenías, ¿en qué consiste?

Juan se ríe y le responde:

—El plan es simple, despedirme personalmente de toda la gente a la que le tengo aprecio, follar con putas como que el mundo se fuera a acabar y viajar lo que alcance.

—De las putas ya me contaste bastante —se ríe Isabel—. Y con lo de despedirte, ¿cómo te fue? ¿Te faltan muchas personas?

—No, de hecho ya me despedí de casi todos en persona. Sólo me faltó una, que por alguna razón no quiso verme. De ella me despedí solamente por mensajes ya que tampoco quiso contestarme el teléfono —responde Juan.

—¿Es alguien importante? ¿Fue tu novia o algo?

—Sí, era alguien importante, pero no fue mi novia. Era una muy buena amiga, una amiga muy cercana, que al final terminó por gustarme muchísimo. Cuando se lo dije no quiso volver a verme —le cuenta Juan.

—¿Cómo se llama? —pregunta curiosa Isabel.

—Andrea.

—Quizás tuvo miedo —acota ella.

—Bueno, ya no hay cómo saberlo. No creo que valga la pena darle vueltas al asunto —dice Juan, cerrando ese tema.

Apenas entran al departamento de Juan se desvisten el uno al otro mientras se dan besos desesperadamente. Esta vez no hubo mucho preámbulo. Rápidamente llegaron a la cama y empezaron a follar, pero a un ritmo más pausado que las veces anteriores, estaban más preocupados de darse besos y caricias que en la penetración en sí misma. Mantuvieron ese mismo ritmo por casi media hora, hasta que Juan alzó su cuerpo y apoyó las manos en el respaldo de la cama y le dio con todo el vigor del mundo por un buen rato, hasta que acabaron los dos juntos.

—No te tomaste ningún Viagra ahora, ¿cierto? —le pregunta Isabel.

—No, ni me acordé. Además, no tuve ni tiempo desde que llegamos acá y pusimos inmediatamente las manos a la obra—responde él.

Isabel no se toma ningún respiro y besa a Juan por el torso, el cuello, las piernas, los pies... hasta que Juan vuelve a tener una erección y vuelven a follar. Esta vez ella arriba y con todo el vigor del mundo desde el principio. Ella aguanta moviéndose a ese ritmo por unos diez minutos y luego baja la intensidad y vuelven a hacerlo como al principio. A un ritmo suave y más preocupados por los besos y las caricias. Esta vez acaba ella primero. Al finalizar su orgasmo, le pide a Juan que se detenga porque sentía una sensación *ácida*. Se detienen un par de minutos, luego continúan y él acaba también al poco rato.

Se quedan abrazados por unos momentos y ella le dice:

—Tómame un Viagra. Quiero que lo hagamos hasta el amanecer.

—¿No estás cansada? —pregunta él.

—Sí, pero no importa, después habrá tiempo para descansar.

Juan se ríe y le dice que acepta el desafío con honor y luego le ofrece algo para tomar. Destapa una botella de vino blanco que tenía en el refrigerador. Se toma media pastilla de Viagra y luego beben una copa de vino.

Vuelven a hacerlo, esta vez a ritmos variados y con pausas para tomar un poco de vino blanco. Nuevamente acaban al mismo tiempo y terminan por quedarse dormidos abrazados poco antes de

que llegue el amanecer.

Isabel se despierta cerca de las diez. Había alcanzado a dormir un par de horas. Se ducha y se viste rápidamente. Juan se despierta en el intertanto y la invita a tomar desayuno. Isabel le dice que tiene que ir al gimnasio, que hablen en la tarde para ponerse de acuerdo cuándo se juntan de nuevo.

Después de que Isabel se va raudamente, Juan se dirige al refrigerador y toma algo para alimentarse. Estaba agotado y muerto de hambre, fuera de eso se sentía fantástico, como cada vez después de haber estado con Isabel. Luego, vuelve a la cama y duerme hasta pasado el mediodía.

Se despierta aún cansado, se levanta y sale a almorzar en algún lugar tranquilo. Seguía con mucha hambre. Entra a un lugar de colaciones y pide una cazuela de ave. Mientras espera que se la sirvan, lo llama Marcela por teléfono. Se saludan amablemente, hablan de la banda que había tocado la noche anterior y luego Marcela le pregunta por Isabel.

—Qué chica tan guapa con la que andabas ayer, ¿de dónde la sacaste?

—La conocí hace un par de semanas. Con ella fui a la nieve la última vez —le responde Juan.

—¿Qué tipo de relación tienen? Se veía bastante enganchada. ¿Sabe de tu decisión? —inquire Marcela.

—Sí, sabe de mi decisión. Se la conté antes de entrar al bar.

—¿Y cómo se lo tomó? —interrumpe ella.

—Mira, la verdad no estoy muy seguro. Al principio estaba poniéndose a llorar y de repente se paró firme, entonces cambió totalmente de actitud y se mostró como la persona más fuerte que he visto. Fue extraño, no sabría cómo describirlo mejor —responde él.

—Anoche quedé preocupada. Ella parecía una linda persona y se veía muy enganchada de ti. Espero que estés consciente de que ella seguro sufrirá con tu decisión, aunque la conozcas de hace poco. ¿Cómo la conociste? —pregunta Marcela.

—En una agencia de escorts de lujo. Las veces que había estado con ella me costó una pequeña fortuna que salió del saldo de mis tarjetas de crédito. Pero ayer ella me invitó a salir, y sí, ella se está enganchando de mí. Eso me complica, sobre todo porque en este momento mi cabeza no le da casi ninguna oportunidad de hablar a mi corazón. Si la hubiera conocido el día antes de sentirme mal e ir a doctor, seguro me hubiera enamorado de ella, tenemos tantos gustos en común y nos llevamos tan bien como pocas veces en mi vida me he llevado con alguien —le cuenta Juan.

Marcela hace una pausa y luego le dice:

—Tal vez esto es una señal. No quiero ser majadera, pero si ella se cruzó en tu vida en este momento es por algo. Tal vez llegó a salvarte, debes dejar que tu corazón hable, seguro te va a decir que reconsideres tu decisión. Todavía es tiempo.

—La verdad es que sí se me ha pasado por la mente. El haberla conocido me ha hecho dudar de muchas cosas, pero al final siempre llego a la misma conclusión. Si decidiera tomar el camino de tratarme y alargar mi vida por cinco años, con suerte, ya no sería el mismo, me convertiría en un ser dependiente que requeriría muchos cuidados. No sería justo embarcar a nadie en esa nave, sería como utilizar a esa persona. En este momento me siento confundido porque ella de verdad me gusta, me parece maravillosa y siento remordimiento por lo que pueda sentir por mí. La razón por la que decidí contratar putas fue justamente esa, evitar crear un vínculo, impedir que alguien más se sintiera mal por lo que me está pasando. Creo que he fallado en otra cosa más en mi vida —le explica Juan.

Marcela, sintiéndose mal, le confiesa:

—Ayer le pregunté si sabía de tu decisión y le di mi número. Le dije que, si nos quería ayudar a hacerte cambiar de opinión, que me llamara, que sería más que bienvenida su ayuda.

—¿Y te llamó? —pregunta Juan.

—No, no me ha llamado ni escrito aún —responde Marcela.

—¿Tú opinas que no debería verla más? —pregunta Juan.

—No lo sé, no sé qué hacer contigo. Me siento impotente con lo que te está pasando —señala Marcela.

Juan le agradece que hayan podido hablar el tema. Conversan un par de minutos más de cosas banales y luego se despiden.

Después de almorzar, Juan vuelve su casa. Aún le duele todo el cuerpo, pero no se siente mal en lo absoluto.

Más tarde lo llama Isabel, le dice que no ha parado de pensar en él en todo el día, que se muere de ganas de verlo hoy, pero tenía agendado un cliente desde la semana anterior. Que mañana tiene libre. Le propone ir a otro bar donde ella va a veces y que Juan no conoce.

Ya había pasado una semana desde la primera vez que salieron sin que Juan contratara a Isabel. Desde aquel día se juntaron día por medio. Durante esa semana tuvieron de todo, desde mucho sexo, pasando por mucho rock y hasta muchas discusiones de temas delicados. Juan ya no había vuelto a contratarla, ella insistía que lo quería ver.

El día que fueron al bar que conocía Isabel fue de muchos contrastes. Ese bar, que quedaba cerca de la casa de ella, era un lugar muy pequeño, con unas pocas mesas dentro y una terraza algo más grande en el interior. La mayoría de la gente se sentaba afuera para poder fumar a pesar del frío que todavía hacía al inicio de la primavera. Isabel y Juan se sentaron adentro, ninguno de los dos fumaba. La música del lugar variaba entre rock gótico, heavy metal clásico y algo de trash metal. Dentro del local y al lado de la barra, camino a los baños, había un telón donde proyectaban películas. Ese día, las películas eran *Death Proof* de Tarantino y *Planet Terror* de Robert Rodriguez. El dueño del bar saluda a Isabel muy afectuosamente al verla y esta le presenta a Juan. El dueño era un personaje muy especial. Tenía el pelo colorín y usaba dreadlocks hasta la cintura, era extremadamente delgado, no bebía alcohol y mientras un par de chicas que garzoneaban atendían a los clientes él se dedicaba a jugar videojuegos con un grupo de clientes frecuentes del lugar. Éste, al saludarlos, aprovecha inmediatamente de tomarles el pedido y luego se lo dice a una de las garzonas. Isabel y Juan piden cerveza negra.

Apenas llegan las cervezas Juan le cuenta que se siente mal por permitir que ella profese sentimientos por él.

—Isabel, me siento algo incómodo con que nos sigamos viendo. Tengo que ser honesto, te encuentro increíble, si te hubiera conocido antes del día que me diagnosticaron mi enfermedad, seguro me hubiera enamorado perdidamente de ti, pero ahora siento que no tengo esa capacidad, mi mente no me deja, me dice que tengo que ser responsable, que por ningún motivo debo subir a nadie más a este carro en el que voy viajando. De hecho, esa era la idea central de pagar por los servicios de prostitutas, follar que el mundo se va a acabar, pero sin ningún tipo de compromiso. Si nos seguimos viendo, vamos a seguir acrecentando un vínculo y, al final, cuando yo muera en un par de meses más, vas a sufrir. Sufrimiento que me parece que es innecesario que tengas —le plantea Juan mientras Isabel lo escucha pacientemente.

—Estoy bastante grandecita para decidir por mí misma si me engancho o no. Si estoy acá es porque quiero y tengo mis razones. Además, mis sentimientos no son tu responsabilidad. Mis sentimientos, mi sufrimiento, mi problema —le dice Isabel.

Juan la mira sin saber qué responderle. Ella hace una pausa y luego remata:

—Además, el nexa entre nosotros ya se creó. Yo creo que nunca había conocido a alguien como tú. Nunca había podido estar con alguien con quien pudiera ser tan yo misma. Si nos dejamos de ver ahora y te mueres en dos meses, son dos meses que perdí de estar con alguien como tú. Además, si te dejo de ver ahora o cuando te mueras, voy a sufrir igual en los dos momentos, ¿qué te dice tu cerebro de eso?

—¡Mierda! —exclama Juan cómo si le hubieran pegado con un ladrillo en la cabeza— Tienes razón. ¿Por qué mierda no te conocí antes? —dice Juan con remordimiento.

Luego, se besaron apasionadamente y tomaron varias cervezas más.

Más tarde, se encontraron con unos amigos de Isabel, con quienes bebieron un par más de cervezas mientras contaban chistes y hacían comentarios graciosos sobre la mujer con una metralleta en la pierna de la película de Robert Rodriguez.

Finalmente, esa noche terminaron en casa de Juan, follando como si el mundo se fuera acabar.

La siguiente vez que se vieron fue en casa de Juan directamente. Habían quedado de salir a comer a un restaurante de comida árabe, pero durante la tarde se fue sintiendo cada vez peor. Se había tomado un calmante, pero este le hizo muy poco efecto. Se tomó un segundo calmante cerca de dos horas antes de la cita con Isabel y, aunque el efecto le quitó los dolores, también lo dejó atontado. Le avisa a Isabel que se siente mal con la intención de cancelar la cita, pero ella no acepta. Decide llegar con la comida a casa de Juan y quedarse con él por la noche para cuidarlo.

Juan no tenía casi apetito y sobró bastante de la comida que había traído Isabel. Ella le prepara una infusión de menta con manzanilla.

—¿Te tomaste sólo un calmante? —le pregunta ella.

—No, me tomé uno a las cuatro y otro a las seis. El primero casi que no me hizo efecto. Prefiero no tomarme otro, aún siento algo de malestares, pero son soportables. Si lo hiciera quedaría totalmente atontado. El aceite de marihuana se me acabó, pero tengo algo de marihuana que podría fumar si es que los malestares no me dejan dormir —le cuenta Juan y luego le pregunta —:

—¿A ti te gustaría fumar marihuana más tarde?

Isabel le dice que no.

La infusión de menta con manzanilla también le ayuda a calmar los malestares y se ponen a ver una película. En el intertanto, Juan ya se siente mejor, le da apetito y se terminan de comer lo que había traído Isabel.

La última vez que se vieron durante esa semana salieron a comer. Esa vez Juan se sentía bien. Ese día durante la tarde Isabel había ido a atender a un cliente. El tipo era un gerente europeo de una empresa de electricidad. Isabel le había contado cada vez que tenía que atender a algún cliente, pero evitaba darle mayores detalles a Juan.

Mientras comían, Juan no lograba superar su curiosidad y los celos que sentía.

—¿Qué sientes en general cuando atiendes? ¿Te calientas? ¿No te da miedo que te vayan a pegar alguna enfermedad? —le pregunta Juan.

—La verdad, depende mucho cómo sea el cliente. La mayoría de los que atendemos son casados y de cincuenta años a más. Casi todos son bastante atractivos, pero la mayoría de las veces no es mucho lo que me caliento, aunque hay excepciones. En general una trata de no pensar mucho y siempre estamos más preocupadas de que no se vaya a salir el condón o de que el cliente no se vaya a volver loco. Muchos de ellos consumen muchas drogas o alcohol y a veces se ponen complicados. Al final, con la mayoría de los clientes, después de ponerle el condón, chupárselo es como chupar un palo de escoba, no hace diferencia en nuestra mente. Una siempre deja las emociones de lado y es como actuar, es el personaje la que folla con el cliente, no es una —le cuenta Isabel. Hace una pausa y luego pregunta:

—¿Por qué? Estás celoso, ¿cierto?

—Sí, un poco. Pero no tengo moral para criticarte absolutamente nada —responde él.

—Qué bueno que sientas celos, así estamos a mano —dice Isabel.

—¿A mano? ¿Que acaso tú sientes celos de que haya follado como que el mundo se fuera a acabar?

—En realidad tengo celos de esa tal Andrea. Creo que en el fondo estás enamorado de ella.

—¡Ja! ¡Qué pesadilla! Primero sale arrancando cuando le digo que me gusta, después no es capaz de verme en persona para poder despedirme de ella y ahora se vuelve un fantasma en tu cabeza —responde Juan en tono hilarante.

Los últimos días habían sido complicados para Juan. Los dolores y malestares venían con más frecuencia y tomaba varios calmantes cada día. Había también fumado algo de marihuana y también había conseguido más aceite, que también usaba.

Los calmantes ya no le hacían efecto como al principio. El aceite de marihuana funcionaba, aunque su efecto calmante duraba poco rato. Fumar marihuana lo calmaba bastante más que el aceite por ese entonces, pero de todas formas trataba de evitar fumar. Sentía que no era buena compañía cuando lo hacía. Prefería aguantar algo de dolor, pero aprovechar el tiempo que pasaba con Isabel.

Isabel no había vuelto a trabajar desde la vez que salieron a comer y Juan se mostró algo celoso. Eso ya hacía una semana. Ella se sentía muy bien estando con él y ayudarlo le resultaba gratificante. Juan sentía que no merecía tanto cariño y preocupación por parte de ella, pero igualmente lo aceptaba y agradecía.

Ese día en particular se había sentido muy bien por la mañana. Habían follado la noche anterior y había descansado bastante bien. Sin embargo, poco antes de almorzar había comenzado a tener muchos dolores. Ese día los calmantes prácticamente no le hicieron ningún efecto y en un par de horas el dolor era muy intenso. Probó también con el aceite, que lo ayudó un poco, pero los dolores seguían mucho más fuertes que lo habitual.

Isabel le dice que tienen que ir al hospital, que no puede seguir con tantos dolores.

—Tengo cita para hacerme un control en tres días más. Puedo esperar esos días —dice Juan.

—Dame el número del doctor. Déjame llamarlo para ver si podemos adelantar ese control para hoy —sugiere ella.

Juan le da el número y ella llama. Habla con la asistente del doctor. Le dicen que tienen un cupo al final de la tarde. Reservan la hora y la asistente le dice a Isabel:

—La hora ya está reservada, pero de todas formas yo le recomiendo que se vengán lo antes posible. A veces al doctor le queda tiempo entre una cita y otra, si se da puede ver a Juan antes y así aprovecha de enviarlo a que se haga los exámenes que el doctor estime necesarios.

Salen del departamento con rumbo a la clínica a eso de las cinco de la tarde. Isabel andaba en su auto, que estaba estacionado en el edificio de Juan, pero este sugirió ir en metro. Se demorarían menos y el hospital estaba relativamente cerca.

Caminan dos cuadras para llegar al metro y, en el camino, notan las calles colapsadas por el tránsito. Al llegar a la estación, esta estaba cerrada. Los guardias de la entrada les explican que tuvieron que cerrarlas porque una turba estaba destruyendo los torniquetes y el mobiliario de la estación para arrojarlos a las vías.

Durante esa semana algunos grupos de adolescentes habían llamado a realizar evasiones masivas como forma de protesta a un alza de la tarifa del metro y ahora las cosas habían pasado a mayores.

Optan por tomar un taxi por la avenida donde estaba la estación, pero los autos simplemente no se movían. El tránsito estaba totalmente detenido. Luego de diez minutos allí, deciden volver a buscar el auto de Isabel.

Toman varias calles pequeñas por donde aún se podía transitar. Aunque el tránsito por ahí era muy lento, igualmente se podía avanzar. Durante su viaje a la clínica se topan con varias barricadas, algunos encapuchados prendían fuego a todo lo que encontraban, bolsas de basura, bicicletas y scooters eléctricos de arriendo, sillas y mesas de restaurantes cercanos...

Les toma bastante tiempo, pero finalmente llegan a la clínica. Se estacionan dentro del mismo recinto y toman un ascensor hasta el piso donde estaba la consulta del médico.

Cuando llegan a la recepción, la asistente los hace pasar inmediatamente. El doctor estaba desocupado en ese momento. Con los problemas en el metro y en el transporte en general muchos de los pacientes no habían podido acudir a sus citas.

El doctor lo examina. Igual que la vez anterior toma el teléfono y coordina para que le realicen algunos exámenes.



Ya con los exámenes en mano, el doctor le dice:

—La enfermedad va avanzando más lento de lo que esperábamos, pero sigue avanzando. Por eso es normal que los dolores aumenten en frecuencia e intensidad. Sin embargo, no ha avanzado lo suficiente para que los dolores sean invalidantes aún. El problema que tienes ahora es que tu cuerpo se ha acostumbrado a los calmantes que te di, así que vamos a tener que cambiarlos.

—He probado con el aceite de marihuana y a veces la he fumado también —le comenta Juan.

—¿Y qué tal te funciona el aceite? —pregunta el doctor.

—Relativamente bien, ayuda a calmar el dolor, pero el efecto dura muy poco rato. Hay que estar tomándolo de nuevo cada una hora o dos. De día no hay problema, pero de noche no resulta muy útil —le cuenta Juan.

—El gran problema que tiene es que funciona de manera muy distinta entre una persona y otra, pero en general siempre ocurre que el efecto dura poco rato, aunque después de algunos días debería tener un efecto acumulativo. Pero, como te digo, depende mucho de cada paciente. ¿Y cuándo fumas? —comenta el doctor.

—Cuando fumo, el efecto dura bastante más y también calma mucho los dolores, pero me deja muy atontado, quedo como un zombi; luego, me hace dormir y ahí me hace tener los sueños más variados que se puedan imaginar —dice Juan.

—Esta vez te voy a recetar un medicamento que es un derivado de la morfina. Es bastante fuerte y te va a hacer sentir muy feliz. Ahora bien, hay algo que debes saber. Viendo el estado de avance que ya tiene, las probabilidades de que puedas alargar tu vida si es que decides tratarte hoy son muy bajas. Creo que ya pasó tu oportunidad de hacerlo —dice el doctor con un tono muy serio.

—Debería decírselo a mi amiga Marcela para que se aburra de intentar convencerme de que me tengo que tratar —dice Juan en tono de broma.

Cuando salen de la clínica ya era de noche, pasadas las nueve. El tránsito seguía casi inmóvil. Estuvieron treinta minutos en un atochamiento dentro del estacionamiento de la clínica. Cuando logran salir, avanzan dos cuadras muy lentamente. Después, se ven obligados a doblar por una calle pequeña que los aleja, porque había dos buses incendiándose en medio de la calle.

Logran avanzar un poco hasta llegar a una avenida paralela por donde casi no había autos. Consiguen recorrer algunas cuadras y se encuentran con una turba saqueando un supermercado.

Cambian de ruta inmediatamente, ahora por una calle chica hasta otra avenida cerca de donde pasa el metro. La calle estaba llena de incendios y barricadas.

Se devuelven por donde vinieron y luego se desvían por otra calle hasta una avenida por donde pudieron avanzar y así cruzar la avenida del metro, donde se concentraban las protestas.

Logran cruzar y avanzar hasta la avenida que pasaba cerca de la casa de Juan. Avanzan por ahí cinco cuadras y luego se encuentran con otra turba ahora incendiando una farmacia y los locales comerciales alrededor de ella.

Nuevamente se tienen que desviar por otra calle chica. Esta vez evitan las avenidas y se van por calles pequeñas, hasta que fue inevitable tomar otra avenida. Ahí se encuentran de frente con enfrentamientos entre encapuchados y la policía. Los encapuchados lanzaban bombas molotov y bolas de acero con ondas, además de todo lo que podían encontrar. La policía tiraba bombas lacrimógenas y balines de goma.

Logran esquivar el enfrentamiento. Continúan el trayecto a casa de Juan, se vuelven a encontrar con varias barricadas y fogatas, en la mayoría casi no había personas, eran grupos de cinco o seis personas. Excepto en el lugar donde los manifestantes se enfrentaban a la policía, donde eran cincuenta contra diez policías y un carro lanzaaguas.

Ya en el departamento de Juan, el ruido que venía de la calle era ensordecedor. Duró toda la noche. Gritos, explosiones, sirenas, caceroleos, disparos y bocinazos.

Ambos llegan con la adrenalina a mil. Juan no sentía ni una sola molestia en ese momento. Isabel se sentía muy asustada y estaba con los nervios en el cuello después de haber tenido que manejar en tal ambiente.

Juan la abraza un rato, luego le prepara un té de hierbas. Mientras Isabel lo bebé, Juan prepara algo de comer. Cenaron con una copa de vino y finalmente terminan la noche follando al son del ruido ensordecedor de la calle. Isabel gimió con todas sus ganas y la cama crujió más fuerte que nunca. Si alguna vez se podía decir que había que follar porque el mundo se iba a acabar era esa noche.

Pasa una semana desde que quemaron el metro, saquearon decenas de supermercados y destruyeron semáforos, negocios, hoteles, bibliotecas e incluso quemaron iglesias. En los medios de prensa se habla del estallido social. Al día siguiente de aquella noche, el gobierno decretó toque de queda desde las ocho de la tarde hasta las siete de la mañana.

Las noches con toque de queda estaban marcadas por un silencio abrumador en las calles, que era interrumpido por uno que otro personaje gritando desde su balcón el clásico *eeee oooo* de Freddy Mercury y que solía ser respondido con el mismo cántico a la distancia.

La mañana siguiente del inicio de las protestas las calles parecían haber sufrido una batalla campal, el nivel de destrucción era algo que nadie en esa ciudad había visto antes. Aún quedaba el humo en las calles por todos los incendios y era tan espeso que parecía neblina.

A mediodía Isabel y Juan salieron en busca de una farmacia para comprar el calmante nuevo a base de morfina. Desplazarse por las calles era realmente complicado, aunque no había muchos autos transitando, esquina por medio se encontraban con los restos incendiados de barricadas o edificios. También había muchos autos con sus neumáticos pinchados por escombros. Les tomó cerca de cuatro horas encontrar una farmacia abierta y esa no tenía el medicamento. Por suerte el dependiente de la farmacia les dijo dónde podían encontrar.

Los siguientes días les resultó muy complejo conseguir comida fresca. Todos los supermercados permanecieron cerrados por tres días y las ferias libres no funcionaron tampoco. Algunos mercados tradicionales de frutas y verduras no cerraron, pero dado que era los únicos estaban llenísimos de gente y casi toda la mercadería se les agotaba temprano.

Durante toda esa semana Isabel estuvo prácticamente viviendo con Juan. Solamente volvió un par de veces a su casa a buscar algo de ropa. Isabel se sentía muy nerviosa por lo que estaba pasando y además en la agencia había decidido no atender clientes por seguridad. La agencia tampoco había recibido prácticamente ninguna llamada.

Respecto de Juan, él había tenido solamente un par de días malos. En general, el dolor le comenzaba a eso de las once de la mañana y con un cuarto de dosis del calmante nuevo se le pasaba por todo el día. Cuando tomaba esa fracción de la pastilla le calmaba los malestares, pero no lo hacía perder la lucidez ni quedar atontado. Sí lo hacía sentir que nada importaba, pero sin dejarlo ensimismado como cuando fumaba marihuana.

El par de días que los dolores fueron más fuertes se tomó una pastilla completa y ahí Juan se sentía en una nube irreal de paz y felicidad. En esa nube nada era un problema, todo era lindo y en paz, en apariencia. Ahí, en la altura de esa nube, Juan volvía a pensar en Andrea. No sentía nada, sólo se acordaba de las conversaciones que tenía con ella cuando eran amigos y las repetía en su mente una y otra vez.

El segundo día malo que tuvo, sufrió dolores especialmente fuertes, por lo que se tomó una pastilla y media. Esa vez Isabel, que estuvo con Juan en todo momento, dejó de ser una mujer en su cabeza. Juan ahora la veía como un ser de luz que iluminaba todo con su presencia. Ya no podía ver su físico, ni su belleza, sólo veía su luz, que era como la de un ángel guardián. Cuando empezó a pasar el efecto del calmante, ese ángel de luz volvió a tomar forma de mujer lentamente. En ese momento Juan se equivoca y le dice Andrea. Isabel se sintió herida.

Cuando el efecto ya había pasado completamente, Isabel le dice cuánto le dolió que la haya llamado Andrea. Entonces Juan le cuenta toda la experiencia y de cómo ella había pasado a convertirse en ese ser de luz casi divino. Juan se siente muy mal de haberla herido.

—No sé por qué, pero desde que no me quiso contestar mis llamadas me acuerdo mucho más de ella que antes. No tiene ningún sentido. Ella ni siquiera se lo merece —le dice Juan con pena.

Es la segunda semana del toque de queda. Cada día ha sido más corto, empezado más tarde y terminado más temprano. Para ese día avisaron que sería de once de la noche a cinco de la mañana. En la calle las protestas continúan, en el centro de la ciudad hay un grupo de unas quinientas personas que se junta todos los días en una misma esquina, donde se intersectan las dos avenidas más importantes y cortan el tránsito. Primero a eso de las tres de la tarde simplemente cortan el tránsito parándose en la calle. Luego, la policía trata de disolverlos y ahí comienzan a lanzar bombas incendiarias y a hacer barricadas. La policía se dedica a contener a ese grupo en esa zona, sin mucho éxito. Han destruido y saqueado todos los hoteles, tiendas y restaurantes que hay cerca del lugar. Cada día destruyen algo que había sobrevivido el día antes. Casas de valor patrimonial, universidades e iglesias, nada se ha salvado. Han destruido hasta el pavimento para convertirlo en proyectiles. El resto de la ciudad estaba en relativa calma, salvo uno que otro punto conflictivo.

Isabel y Juan habían hecho planes para viajar durante esa semana, pero las reservas fueron canceladas. El hotel donde pensaban hospedarse había sido saqueado y parcialmente incendiado, además el vuelo había sido cancelado. Muchos vuelos estaban con atrasos de un par de días. En algunas partes se había tomado los caminos hacia los aeropuertos, lo que había impedido que llegaran las tripulaciones.

De todas formas, sabían que el estado de Juan iba avanzando y los dolores se hacían más frecuentes e intensos, por lo que sabían que tenían que buscar alguna alternativa. Isabel le había propuesto ir a alguna caleta de pescadores pequeña en la costa, un lugar que fuera tranquilo y donde hubiera comida típica de la costa. A Juan le pareció una muy buena idea.

Ese día, mientras tomaban desayuno, Isabel le cuenta de una cabaña que vio en un lugar a casi dos horas en auto. Le muestra las fotos y le dice que ella ha estado antes en esa playa y que esa cabaña está muy bien ubicada, además de estar a un buen precio. Juan no conocía esa playa. Hacen la reserva apenas terminan de desayunar.

Isabel prepara sus cosas y se va para el gimnasio. De ahí iba a hacer unos trámites y luego pasaría por su casa a buscar mudas de ropa, por lo que volvería a media tarde a juntarse con Juan.

Juan ya estaba solo en su departamento cuando lo llama por teléfono Ricardo para invitarlo a almorzar. Hablan un poco de la situación y de los problemas que habían tenido por la falta de metro y por las restricciones propias del toque de queda. Luego, coordinan para juntarse a la una en un restaurant cerca de Ricardo.

El restaurant estaba a unos veinte minutos en metro desde la casa de Juan, pero con todos los problemas de locomoción decide tomar un taxi. Hace parar uno, pero iba con una persona arriba. El taxista le dice que lo lleva de todas formas. Juan desiste de tomarlo y espera otro taxi.

Al poco rato toma un taxi y le dice hacia donde se dirige. El taxista empieza a avanzar y se detiene donde hay un grupo de personas y les grita hacia dónde se dirigen.

—Pero, ¿qué hace? —le pregunta Juan.

—Estoy viendo si consigo otro pasajero —le dice el taxista.

—Pero yo no quiero compartir el viaje.

—Ah, entonces no lo llevo porque usted es un egoísta —le grita el taxista.

—¿El viaje con el otro pasajero lo vamos a pagar a medias? —pregunta Juan.

—No, usted tiene que pagar su viaje y el otro pasajero también paga su viaje, así todos pueden llegar a su destino —argumenta el taxista.

—¡Ja! Y me dices a mí egoísta. Lo que tú estás haciendo es engañar a la gente para poder ganar más plata. Si quieres llevar más pasajeros, dividamos el viaje entre todos los pasajeros, ¿qué te parece así? —le reclama Juan.

—Ah no, así no me conviene —dice el taxista con actitud de haber sido descubierto en su trampa.

Juan se baja y le dice lo que le pasó con el taxista al grupo de gente. Todos le empiezan a gritar al taxista que era un sinvergüenza. El taxista huye del lugar.

Juan pide un auto por medio de una aplicación y pregunta al grupo de gente si alguien va hacia el mismo lugar. Una señora de unos cincuenta años le dice que ella y Juan la lleva en el móvil.

Al llegar al restaurante, se encuentra con Ricardo justo en la puerta. Buscan una mesa y Juan le cuenta lo que recién la había pasado con el taxista.

—Sí, a harta gente le ha pasado lo mismo. Yo normalmente no tomo taxis que van pasando por la calle, los tomo en un paradero cerca de mi casa. Ahí son todos superhonestos y casi todo el barrio los conoce —dice Ricardo.

Ya en la mesa, el camarero toma el pedido y Juan le cuenta de sus últimas experiencias. Le narra de Isabel, de su viaje a la nieve y de los efectos del calmante a base de morfina que le dio el doctor.

—Qué locura. ¿De verdad que la veías como un ser de luz? Deben ser muy fuerte esos calmantes —dice Ricardo.

—Sí, pero esa vez me había tomado una y media. Cuando me tomo media no veo cosas raras, pero me siento simplemente feliz. Es increíble el efecto, todo te deja de importar, tu cerebro deja de pensar y simplemente sientes paz. Ves todo lindo, casi irreal. Cuando me tomo una entera me siento como en una nube, podrían estar matando a alguien al lado y uno lo vería tan lejos e irreal que no te importaría. La parte fea es cuando se te pasa el efecto, porque todo vuelve a ser real, los problemas te vuelven a molestar, tu cerebro vuelve a pensar. Entonces sientes un tremendo contraste y te quieres volver a la nube, ahí donde te sientes como en el útero de tu madre. Yo creo que por eso hay tanta gente que se hace adicta a la heroína, que me imagino debe tener un efecto muy similar —le cuenta Juan.

—Algo parecido me hizo a mí una vez un jarabe para la tos con codeína. La doctora me dijo que no tomará más de cierta cantidad y yo ni me preocupé de eso. También me sentía así, obviamente no tan intenso como tú dices, pero sí me sentía feliz y mi cerebro se calló por un rato. ¡Hasta pensé en comprar más cuando se me acabó! —añade Ricardo. Luego pregunta—: ¿Cuándo te los recetaron? ¿Cuándo fue tu último control? ¿Qué te dijo el doctor?

—El día del estallido social. Ese día me sentía especialmente mal. Isabel llamó a la consulta del doctor para que me atendiera en un sobrecupo. Llegar allá fue supercomplicado por las protestas y la vuelta fue como transitar por un campo de batalla. Isabel llegó casi con un ataque de nervios a la casa —le cuenta Juan.

—Bueno, ¿y qué te dijo el doctor de tu estado? —pregunta Ricardo.

—Que ha ido avanzando y que las probabilidades de que el tratamiento me ayudara a prolongar mi vida son bajísimas —responde Juan.

—En otras palabras, ¿ya no hay vuelta atrás?

—No. Ya no hay.

—Lamento oír eso, pero sabíamos que este día llegaría —se lamenta Ricardo.

—Sí. Fue mi decisión y hasta ahora creo que ha sido una excelente decisión. Salvo por algunos detalles. Bueno, y tú, Ricardo, ¿cómo andan las cosas contigo? —pregunta Juan.

—La verdad, no muy bien —le cuenta Ricardo—. En la empresa cancelaron casi todos los

proyectos, incluso los que estábamos llevando a cabo en nuestra área. Redujeron personal y, entre ellos, a mí. Así que ahora estoy cesante.

—¡Qué mal! —dice Juan— ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Cómo andas de plata? Si necesitas, yo te puede pasar.

—No te preocupes, Juan. Llevaba once años trabajando ahí, así que la indemnización por años de servicio es bastante buena. Además, el seguro de cesantía me da para vivir como por seis meses hasta que tenga que tocar la indemnización. Podría fácil, pasar un par de años sin trabajo y recién me faltaría dinero —afirma Ricardo—. Obviamente voy a comenzar a buscar inmediatamente, pero mientras tanto aprovecharé de pasar todo el tiempo que pueda con mis hijos.

—Qué bien que lo veas así —le dice Juan.

Eran cerca de las diez de la mañana. Isabel y Juan estaban echando algunas cosas arriba del auto de Isabel. Llevaban unas mudas de ropa en sus mochilas y una bolsa con una botella de vino, vasos desechables y comida, además de un termo con café para el viaje. Iban a pasar un par de días en la cabaña que habían reservado el día que Juan se había juntado a almorzar con Ricardo.

Parten rumbo a la costa y en el viaje van escuchando “Kill’ Em All” de Metallica. Juan le cuenta a Isabel que Ricardo se había quedado sin trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasó? ¿Cerró la empresa donde estaba? —pregunta Isabel.

—No cerró. En la empresa donde estaba cancelaron todos los proyectos que él tenía a cargo. Igual lo bueno es que como estuvo harto tiempo ahí la indemnización que recibió le sirve para vivir como un año —le cuenta Juan.

—Bueno, ojalá consiga otro trabajo pronto. En la agencia casi no han recibido llamadas de clientes. Muchos de los gerentes extranjeros que tenían reservas con la agencia no sólo cancelaron las reservas, sino que su viaje completo. Todo el mundo está posponiendo sus planes y proyectos porque no saben cómo viene el futuro —comenta Isabel.

—¿Y tú? ¿Te afecta mucho la situación? —pregunta Juan.

—No. Ya había decidido no trabajar los meses que te quedan para pasarlos contigo. Además, tengo otros ingresos, así que no estoy muy preocupada. Las que llevamos más tiempo siempre tenemos harto ahorrado, a las nuevas les complica un poco más el tema, pero seguro el toque de queda lo terminan esta semana y el negocio se reactiva.

—¿Tienes buenas amigas allá? —pregunta Juan.

—Sí, superbuenas, las que llegan a esa agencia son todas buenas personas y amigas. La dueña se preocupa harto de eso y muchas no superan el filtro que ella hace. Obviamente no soy uña y mugre con todas, pero hay tres que somos súper buenas amigas, de hecho, nos conocíamos de antes —le cuenta Isabel.

Llegan cerca de la una de la tarde a la cabaña. El corredor de propiedades los estaba esperando en la puerta. Les entrega las llaves y les muestra el lugar. La cabaña era pequeña, tenía dos cuartos, uno con una cama matrimonial y el otro con dos camas. El living-comedor tenía un ventanal desde donde se veía casi toda la playa. Estaba situada en el borde de un acantilado que daba justo a una de las avenidas principales. Para bajar a la playa había una escalera cerca de la cabaña que permitía bajar al acantilado que llevaba justo a la caleta. La escalera, eso sí, era bastante larga, de unos treinta metros de altura.

Delante del ventanal, la cabaña tenía una terraza con unos muebles artesanales de mimbre lindos y cómodos.

Bajan las cosas del auto y las dejan en la cabaña. Luego, salen almorzar. Estacionan en la cabaña y bajan a pie por la escalera larga.

Ya en la caleta, buscan donde almorzar. Al lado del pequeño muelle había varios restaurantes, unos más elegantes que otros. Entran a uno que conocía Isabel. Era pequeñito, con un estilo más bien rústico, atendido por su propia dueña, que era una mujer encantadora de unos sesenta años. Suben al segundo piso y se sientan en una terraza al aire libre justo a la orilla del mar. El día estaba soleado y corría una suave brisa primaveral.

—Una de las cosas que uno tiene que hacer en la vida antes de morir es probar el pastel de jaiba que hacen acá —le dice Isabel.

Juan deja la carta a un lado y luego pregunta con una sonrisa:

—¿Y con qué vino lo recomiendas?

—Blanco, supongo. No tienen tanta variedad acá —responde Isabel con una risita.

Piden el pastel de jaiba con dos copas de vino blanco. Terminan compartiendo un trozo de torta tres leches mientras beben café express también hechos a la perfección.

Al terminar de almorzar, pensaban volver a la cabaña descansar un rato y luego tomar la botella de vino y las cosas para picar e ir a caminar por una playa por donde normalmente no había gente. El fondo de esa playa era muy irregular y el oleaje, aunque no era muy fuerte tenía una cadencia bastante rápida, lo que hacía que fuera muy peligrosa.

Cuando empiezan a caminar para volver a la cabaña se acuerdan de la escalera de casi treinta metros de alto y deciden comprar en algún local del sector una botella e irse directo a la playa. Compran vino, agua mineral y galletas. Compran también una manta en una feria artesanal que encontraron al pasar.

Caminan por el pueblo y luego hacia hacia la playa. Para llegar allá tienen que cruzar un puente y la línea del tren. Una vez en la playa se sacan los zapatos y empiezan a caminar cerca del agua, donde la arena estaba más compacta. A los cinco minutos de caminar se encuentran con humedales de agua dulce. Eran parte de la desembocadura de un río. Había muchísima variedad y cantidad de aves. Al comenzar, el humedal parecía más bien una pequeña laguna pero, al ir avanzando, se convertía en algo más parecido a una ciénaga con muchísima vegetación, muy tupida, pero baja de tamaño. El contraste del paisaje era muy hermoso. Por un lado estaba el mar y, por el otro, un humedal que corría paralelo a la playa y que se separaban por dunas de pocos metros de altura.

Caminan cerca de una hora hasta encontrar un par de dunas más altas que lo normal y llenas de vegetación. Estaban cubiertas por una especie de enredadera típica de la costa, con hojas cilíndricas y carnosas. Entre las dos dunas había un descanso que estaba sin vegetación. Se tienden sobre la manta a descansar. El día era soleado y con la caminata les había dado bastante calor a pesar de la brisa fresca que llegaba del océano. Se abrazan y luego se quedan dormidos por cerca de una hora.

Se despiertan después de la siesta con algo de calor. Toman agua mineral mientras ven a algunas personas pasar a caballo por la playa.

—¿Esos caballos los arrendarán para dar paseos? —se pregunta Juan.

—Sí, seguro deben arrendar en algún lugar. Cuando nos devolvemos preguntamos en la feria artesanal, seguro allá deben saber. ¿Te gusta andar a caballo? —pregunta Isabel.

—Sí, me gusta, pero los caballos de playa me imagino que deben estar muy cansados —comenta Juan.

—En verano probablemente sí, pero ahora que está recién llegando la primavera no tienen tanto trabajo. Además, yo creo que a los caballos les encanta caminar por la playa —afirma Isabel.

Después siguen conversando acerca del humedal, de cómo las aves de ese lado de las dunas eran distintas a las que estaban por el océano, de la vegetación e infinidad de otras cosas.

Cuando eran cerca de las cinco de la tarde abren la botella de vino que aún estaba fría. Cuando llegaron la habían puesto debajo de la enredadera, en una parte de la duna donde no llegaba el sol.

—¿Tú qué planes tienes para tu futuro? ¿Hasta cuándo piensas dedicarte a lo que te dedicas ahora? ¿Tienes ganas de formar una familia? ¿Tener hijos? —pregunta Juan.

—Tengo bastantes planes. Pensaba retirarme de la agencia el próximo año. En todo este tiempo he juntado bastante dinero y he comprado algunas propiedades que termino de pagar el próximo año. Con la renta que dan esas propiedades me alcanza para vivir bien. Además, estoy terminando de hacer un postgrado en administración, que ahora tiene las clases suspendidas por lo del toque

de queda y el estallido social —le cuenta Isabel—. Una vez termine de pagar los créditos hipotecarios y termine la universidad quiero montar mi propio negocio, aún no sé de qué, pero estaba pensando en algo como alguna aplicación para teléfonos inteligentes. He tenido varias ideas, pero casi siempre ya se le ocurrió a alguien antes. Lo de formar familia y tener hijos, la verdad no lo he pensado mucho, pero ¿por qué no?

—Con lo de las apps se puede ganar muchísimo dinero, pero hay que trabajar muchas ideas para encontrar una buena —le aconseja Juan.

Al poco rato empieza a atardecer. El día había estado despejado pero el horizonte estaba manchado de nubes que se teñían de naranjas, rojos y burdeos. Por delante de las nubes había un ir y venir de bandadas de pájaros. Algunos en formación, otros en un vuelo aparentemente al azar. El cielo ese día brindó un espectáculo de infinitos colores que se reflejaban en la aparente calma del mar adentro y se mezclaba con las crestas de las olas. Era como si el cielo supiera que ese iba a ser el último atardecer que vería Juan y se esmeró por hacerlo único y majestuoso.

Cuando la mitad del sol ya estaba oculto aparece la luna, que estaba muy cerca del sol y cuyo brillo no dejaba observarla, era luna nueva. Junto con ella empiezan a aparecer las estrellas, que también querían despedirse de Juan.

Isabel y Juan beben más vino mientras observan asombrados el maravilloso espectáculo de la naturaleza.

Ya cuando el sol había terminado de esconderse y en el cielo los colores burdeos se convertían en grises y sombras, Isabel y Juan caminan de vuelta. La temperatura aún era agradable, aunque bastante más baja que durante la tarde. Caminan descalzos, abrazados de la cintura y compartiendo la manta.

Aunque la luna era nueva, la noche estaba bastante iluminada. A lo lejos se veían las luces del pueblo y, más a los lejos, las de una ciudad cercana. En la parte húmeda de la arena se reflejaban las luces de la luna, de las estrellas y de la ciudad. Se veía una gran cantidad de pequeños pájaros picoteando la arena cuando se retiraban las olas y arrancando cuando venían.

Al llegar al pueblo estaban muertos de hambre y algo cansados. Pasan por un puesto pequeñito de venta de empanadas, compran de mariscos, camarón queso y de machas con queso.

Ya en la cabaña se comen las empanadas con vino que les había sobrado de la playa; luego, se toman un café en la terraza.

Sentados en un sofá de mimbre se comienzan a besar, después de un buen rato ahí van a la habitación donde follan salvajemente. A ratos tomaban descansos, abren la botella de vino que habían traído con el equipaje, bebían un poco y luego volvían a la acción. Después de un par de horas caen rendidos y duermen profundamente. Esa sería la última vez que tendrían ese sexo salvaje y apasionado.

Al otro día se despiertan temprano, toman desayuno y salen a la feria artesanal. Eran cerca de las 9:30 de la mañana y la feria no tenía ningún puesto abierto. Caminan por el pueblo. Le preguntan a una persona que estaba abriendo un restaurante qué lugar se podía visitar por el sector a esa hora de la mañana. Les recomienda el museo arqueológico y la palmera histórica, que quedaba en el camino.

También le preguntan por dónde arrendar caballos. La persona les da la dirección y les dice que allá empiezan a atender a las once.

Parten rumbo al museo y en el camino ven la palmera histórica. Era una palmera que tenía bastantes orificios de ametralladora de una batalla que había ocurrido hacía 130 años. El museo no era muy grande, pero sí interesante, sobre todo por la diversidad de elementos. Desde artesanía, datada de al menos 7.000 años, hasta armas usadas en la guerra civil, que tuvo como

uno de sus heridos a la famosa palmera.

Del museo salen a mediodía y van a ver el tema de los caballos. El encargado les dice que no arriendan los caballos, solamente hacen paseos guiados. Les cuenta que cuando arrendaban caballos mucha gente los maltrataba, por lo que decidieron hacer paseos guiados. De ese modo, el guía podía cuidar que nadie maltrate a los caballos. Además, que había gente que decía saber andar a caballo y no tenían ni idea. El próximo paseo era a las 15:30.

Aprovechan el tiempo de ir a mirar la feria artesanal, que ahora sí tenía casi todos los puestos abiertos y luego buscan dónde almorzar. Recorren la parte del borde costero donde se encontraban la mayoría de los restaurantes cuando Juan se empieza a sentir muy mal. Se toma una pastilla y se sientan en el muro que separaba la playa del camino a esperar que le hiciera efecto.

Después de un rato ya se siente algo mejor, pero aún con algo de dolor.

—No creo que debas andar a caballo ahora, creo que mejor volvemos a la cabaña y almorzamos allá, ¿te parece? ¿O tienes hambre ahora? —pregunta Isabel.

—Sí, creo que es buena idea. No tengo nada de hambre. Cuando me vienen los dolores se me quitan las ganas de comer —le responde Juan.

Vuelven a la cabaña. Juan se queda sentado en la terraza e Isabel sale a comprar cosas para preparar almuerzo. Sentía que el dolor le aumentaba a ratos y volvía a suavizarse, de todas formas, no quería tomar nada más. Cuando tomaba un poco más se acordaba de Andrea y no quería cometer de nuevo el error de decirle así a Isabel.

Almuerzan lo que preparó Isabel y luego pasan la tarde en la terraza. El día estaba abochornado y el atardecer fue bastante más gris que el del día anterior.

Ya de noche el dolor aumenta mucho. Juan se toma otro calmante y esta vez queda noqueado. Se van a dormir y Juan duerme casi al nivel de la inconciencia.

El día siguiente no fue bueno para Juan. No se sintió bien en toda la jornada, aunque los malestares no fueron tan fuertes como el día anterior. Se tomó medio calmante apenas despertó y luego otra mitad a mediodía.

Aunque no se sentía muy bien igual pudieron aprovechar el día para ir a un parque natural cerca de la desembocadura del río. Era lindo, con muchas palmeras y árboles nativos. En el lugar había un gran silencio, que sólo era roto por el cantar, a veces frenético, de los pájaros del lugar.

Cerca de las cinco de la tarde, cuando aún era de día, emprenden el camino de vuelta. No querían correr el riesgo de llegar después de que empezara a regir el toque de queda.

Ya hace varios días habían vuelto del viaje a la costa. El toque de queda se había acabado. Aunque las protestas continuaban todos los días, los focos de conflicto era más bien puntuales. De todas formas, salir de noche se había vuelto extremadamente peligroso. Los asaltos y robos ahora eran cosa de todos los días. La mayoría de las esquinas tenían los semáforos destruidos o su señalética había desaparecido. La policía estaba preocupada de combatir a los grupos que seguían haciendo barricadas, incendios y saqueos. Los conductores ebrios o drogados podían manejar en total impunidad. Si no te asaltaban, seguro te atropellaban o te chocaban.

Isabel había retomado las clases de su postgrado. Eran dos días a la semana desde las siete de la tarde hasta las once de la noche, razón por la cual habían estado suspendidas mientras hubo toque de queda. Juan le había pedido encarecidamente que no fuera en su auto y que pidiera un móvil por una aplicación del teléfono. La universidad donde estaba Isabel quedaba relativamente cerca de la casa de Juan. Era una distancia perfectamente caminable, pero las noches ya no estaban para caminar.

Juan no se había sentido nada bien esos días. Había tenido molestias y dolores permanentemente. Los efectos colaterales del calmante basado en morfina ya le empezaban a cansar. Le amortiguaba mucho los dolores, pero ya no le hacía sentir esa sensación de felicidad. Se había convertido en una falsa felicidad; siempre la sintió algo irreal, pero ahora además era una felicidad vacía. Lo peor era cuando se disipaba el efecto, en ese momento la felicidad se convertía rápidamente en desazón. Durante ese *atterrizaje* lo asaltaban los remordimientos de todo lo que hizo mal en su vida. Uno de los más recurrentes era el pensamiento de qué hubiera pasado si nunca le hubiera dicho a Andrea lo que sentía. ¿No se hubiera ido? ¿Seguirían siendo amigos? ¿Si hubiera esperado más, tenido paciencia, hubiera sido distinto?

Ha ido alternando. Pasa de un día con el calmante a otro con el aceite de marihuana y luego a fumar marihuana. Sólo ha fumado los días que Isabel ha tenido que salir a clases o a otras cosas. Isabel no consume y no le gusta fumar marihuana cuando está ella porque queda muy ensimismado y, en el fondo, siente que le está faltando el respeto al cariño que Isabel muestra por él.

A media mañana de ese día suena el teléfono. Era el jefe de Juan que lo estaba llamando. Juan contesta. Le pregunta cómo está y si está en condiciones de tomarse un café con él en una cafetería cerca de la casa de Juan ese mismo día por la tarde. Le dice que sí, que no hay ningún problema.

La cafetería era un lugar que solía estar lleno de público. Era atendido solamente por mujeres muy atractivas, normalmente con minifalda o ropa muy ajustada. Pero por esos días pasaba casi vacío. Debido a las protestas la mayoría de la gente se apuraba en salir de sus trabajos y se iban raudamente para sus casas. El lugar era amplio y bien iluminado, tenía un gran ventanal que daba hacia la calle y varias pantallas dentro donde ponían videos de música o partidos de fútbol. Las mesas eran bajitas y los asientos en su mayoría eran pequeños sillones de cuero sintético.

—¿Cómo te has sentido, Juan? —pregunta el jefe apenas llega Juan.

—Hasta la semana pasada me sentía la mayor parte del tiempo bien, pero los últimos días he tenido dolores y molestias constantemente. Creo que ya me va quedando poco —responde Juan, que recién se había sentado.

Se acerca una de las meseras, saluda a ambos de beso en la mejilla y luego les toma el pedido. Dos cafés cortados, torta tres leches y pie de limón.

—Lamento oír eso, Juan. ¿Te ha visto el doctor últimamente? —le pregunta su jefe.

—Hace unas dos semanas. Mi enfermedad ha ido avanzando más lento de lo que se esperaba,

pero ya pasamos el punto sin retorno —Juan hace una pausa y luego dice—. Creo que ha sido la mejor decisión que pude haber tomado porque lo que he vivido en este tiempo ha superado con creces los últimos cinco años de mi vida.

El jefe, algo impresionado, le responde:

—Qué bueno, Juan. Has sacado algo positivo de todo esto.

La mesera les sirve sendos vasos con soda y pone los platos para los cafés en la mesa. Les pregunta cómo quieren los cortados y luego se retira.

—Juan, para lo que te pedí que nos juntáramos es que necesito hablar contigo de algunas cosas. Muchos de los proyectos que tenía le empresa se han cancelado y, por lo que se ve, no habrá nuevos proyectos en los próximos meses. De todas formas, la empresa tiene varios contratos de soporte que nos dan aire para seguir funcionando, pero la gerencia nos ha pedido que reduzcamos la planta de personal. La empresa no te puede despedir a ti, porque estás con licencias, pero el gerente me autorizó a ofrecerte una buena suma de dinero si es que tú quisieras renunciar. Ellos no saben de tu decisión y piensan que puede que pases dos años con licencia. El máximo que me autorizaron para ofrecerte es el triple de la indemnización que normalmente recibirías si es que te despidieran. Se supone que tengo que negociar contigo para que ese monto sea menor, pero a mí no me parece correcto —le dice el jefe.

—Me parece una oferta bastante generosa, es una pequeña fortuna. No sé qué decir —indica Juan.

—Yo lo conversé con el abogado y con el contador de la empresa. Cómo tu licencia actual es por un par de meses más, el seguro médico te seguirá pagando el sueldo. Una vez que se te acabe la licencia actual debes ir a la inspección del trabajo y hacer una declaración jurada. Con esa declaración te aseguras de que el seguro te siga pagando las licencias posteriores que te dé tú médico. A mí me parece que sales ganando. Si no fuera así, ni siquiera te lo hubiera propuesto, pero no te sientas presionado, no me respondas hoy. Piénsalo con calma, háblalo con tu familia y tus amigos, después me cuentas lo que decidas —le dice su jefe.

Llegan los cafés y los pasteles. La mesera les pregunta cómo están y les cuenta algo divertido que le había pasado hoy con otro cliente que había ido más temprano. Luego se aleja para atender otra mesa que recién se había ocupado.

—No es necesario que lo hable con nadie. Me parece una excelente oferta. La acepto. De hecho, la hubiera aceptado por menos —dice Juan con un poco de risa.

—Bien. Mañana le doy la instrucción al contador para que haga todo el papeleo y luego te avisamos para que vayas a firmar —dice el jefe con alivio.

Mientras terminan el café conversan un poco entre ellos de todas las aventuras que había tenido Juan en el último tiempo. También conversan un poco con la mesera sobre la actualidad y otras cosas de poca importancia.

Cuando Juan se va para la casa se pone a pensar en qué va a hacer con tanto dinero. Todavía no alcanzaba a reventar las tarjetas de crédito ni había tocado nada de sus ahorros y ahora recibía una pequeña fortuna. Las vueltas de la vida. Algunos meses antes estaba afligido porque no podía ahorrar mucho y ahora porque no sabe cómo gastar la plata.

Cuarta parte

Durante la última semana los dolores se fueron haciendo más frecuentes y cada vez duraban más, hasta llegar a ser constantes. No eran extremadamente fuertes, pero lo suficientemente para que le fuese difícil hacer cosas sencillas, como caminar o lavarse los dientes. A ratos bajaban un poco la intensidad, pero por algunos momentos cortos se hacían muy fuertes.

A pesar de los dolores, hizo todos los trámites relativos al despido de la empresa. Tuvo que ir a una notaría que estaba llenísima de gente que también había sido despedida. La fila para ser atendidos era bastante larga. Producto de las protestas, durante el último mes la violencia, los saqueos e incendios se habían convertido en algo habitual y muchas empresas estaban cerrando.

También había hecho los trámites para seguir cobrando el seguro médico los próximos meses.

Isabel lo había acompañado a hacer los trámites del seguro. Al otro no lo pudo acompañar porque habían cambiado para la mañana algunas de sus clases. Ella había pasado la mayor parte de su tiempo con Juan, pero de repente salía a hacer actividades suyas como clases e ir al gimnasio. No había vuelto a atender clientes.

Habían intentado follarse en un par de ocasiones, pero no les había resultado muy bien. A Juan el dolor lo terminaba desconcentrando. Cuando el dolor no era demasiado fuerte conseguía tener una erección, pero antes de los cinco minutos el dolor siempre aumentaba y lo obligaba a detenerse, sin contar que además perdía la erección. El Viagra no había hecho mayor diferencia. Cuando tomaba los calmantes simplemente no conseguía tener una erección. La combinación de marihuana y Viagra era lo que mejor le había resultado, pero si el dolor venía no era mucho lo que podía continuar.

En las calles seguía habiendo problemas. El metro sólo funcionaba hasta temprano y muchas de sus estaciones se mantenían cerradas.

Juan había pasado el último par de días con mucho dolor y tomando el calmante de manera continuada. Se tomaba uno en la mañana, otro después de almuerzo y al final del día uno antes de irse a dormir. Con ellos casi no sentía dolor, pero ya tampoco sentía nada más. Ya esa sensación de felicidad que le daba al principio no existía.

Después de esos dos días, Juan no tenía ganas de volver a tomar los calmantes. No sentía casi dolores, pero no sentía nada más tampoco. Era como si ya estuviera muerto y además siempre lo hacía acordarse de Andrea.

Ese día en la mañana los dolores habían sido medianamente fuertes, pero Juan hacía su mejor esfuerzo en pensar otra cosa y lograr distraer su mente. Con Isabel ahí se le hacía fácil porque ella tenía muchos temas para hablar. Cuando ella salía entonces se le hacía más difícil.

A mediodía el dolor se hizo muy intenso. Isabel le dijo que se tomara un calmante y se para a buscarlos, pero Juan la detiene.

—No, prefiero no tomarme ningún calmante por el momento.

—¿Quieres esperar un poco para ver si se te pasa solo el dolor? —pregunta Isabel.

—No. No creo que pase muy pronto. Es que prefiero estar más despierto, por así decirlo. Cuando los tomo, no siento los dolores, pero no siento nada de nada tampoco. Ni pena, ni rabia, ni alegría, me siento como un plato de arroz cocido sin sal. Ni siquiera es una sensación de paz —le comenta Juan.

—Está bien, pero si se ponen muy fuertes, mejor te tomas el calmante. Nada de venir a hacerte el valiente, ah —le responde Isabel en tono humorístico.

—Jajajá. No se trata de eso. Algo parecido me pasó con la marihuana. Me quitaba los dolores y todo dejaba de importarme. Podía pasar el día viendo los programas de televisión más absurdos y me daba lo mismo. Me quitaba cualquier motivación. Por eso prefiero sólo fumar ocasionalmente. Ahora, con estos calmantes, no es igual, pero también me quitan algo. Si no siento nada de nada no es agradable tampoco. Al principio me hacían sentir feliz, pero ya no más —le cuenta Juan.

—Igual puedes tomarte media pastilla o un cuarto. Te suavizaría los dolores, pero igual podrías sentir el resto de las cosas, ¿o no te funciona así?

—En realidad, no. Si tomo menos dosis, simplemente no me hace ningún efecto —le cuenta Juan.

En los siguientes días varios amigos fueron a visitar a Juan. Le contaban de cómo iban sus vidas y le trataban de dar ánimos. Algunos de ellos no entendían por qué estaba Isabel casi siempre ahí. Imaginaban que Juan le debía estar pagando mucho dinero para que lo acompañara.

Tuvo varios momentos con dolores fuertísimos, pero no tomó los calmantes. Algunos de sus amigos lo criticaron mucho por eso y hasta se enfadaron con él. Un par llegó hasta a culpar a Isabel.

—Creo que ya me está quedando poco tiempo —le dice Juan a Isabel—. Lo he estado pensando y creo que no volveré a tomar los calmantes hasta que el dolor sea extremo. Hasta ahora han sido muy fuertes a veces, pero creo que puedo soportar mucho más. Tengo que aprovechar lo poco que me queda, el dolor es sólo eso, dolor, pero también me recuerda que aún sigo acá.

—La idea tampoco es que te mortifiques innecesariamente —le responde Isabel—. No tienes que pasar por tu propio Gom Jabbar para saber que aún eres humano.

—Sí, tienes razón, pero yo prefiero sentir, aunque el sentir también duela. Obviamente, siempre que ese dolor sea humanamente soportable.

—Si yo veo que estás llegando a un dolor más que humanamente soportable, ¿me autorizas a obligarte a tomarte los calmantes? —le pregunta Isabel.

—Sí, confío totalmente en ti —le responde Juan.

Juan llevaba varios días consecutivos sin tomar nada de calmantes. En ese tiempo había tenido pocos ratos sin dolor y había dormido mal. La mayoría del tiempo el dolor, aunque fuerte, era soportable. Había tenido momentos con dolores muy intensos, pero no duraban mucho.

En esos días lo habían venido a visitar varios de sus amigos, incluso algunos no muy cercanos. También varias personas que había conocido durante su vida, ex compañeros de trabajo, ex compañeros de la universidad, ex compañeros de colegio lo habían llamado o le habían enviado mensajes de apoyo. De algunos de ellos Juan prácticamente ni se acordaba.

Marcela, quien lo había ido a visitar el día anterior, le comenta a Juan que una amiga de ella, que trabaja en la televisión, la había llamado preguntando por su historia.

—Yo no quise dar detalles de ti sin antes preguntarte qué opinabas de eso, pero la verdad es que ella ya sabía muchísimo. No sé qué otro amigo tienes en común con ella —le había contado Marcela.

La noche anterior había dormido profundamente, a diferencia de las anteriores, por lo que esa mañana Juan se sentía de maravilla. No había tenido nada de molestias ni de dolor en toda la mañana.

Isabel había ido al gimnasio a media mañana, como normalmente lo hacía. Cuando regresa a casa de Juan, poco después del mediodía, le pregunta qué quiere almorzar. Juan se siente bien, como hace semanas no lo hacía. Tenía apetito.

—¡Salgamos a almorzar a algún lugar que sea estupendo! —le responde Juan—. Hoy me siento muy bien y hace varias semanas que no almorzamos fuera, ¿qué opinas?

—¡Sí, vamos! Qué bueno que te sientas bien. ¿Tienes en mente algún lugar en particular? —dice Isabel.

Juan propone ir a un barrio elegante de la ciudad donde estaban también las tiendas más caras. Él nunca había almorzado en ninguno de los restaurantes por allá.

—Yo he ido a un par. En uno la comida era excelente y en el otro no era nada especial, salvo por la presentación. Hay varios que pasaban llenos, había que hacer una reserva un par de días antes para que te atendieran, pero ahora con la economía como anda no creo que haya problemas. Recorramos el sector y ahí elegimos en cuál nos quedamos, ¿te parece? —le propone Isabel.

—Sí, hagamos eso —le responde Juan.

Salen en el auto de Isabel, van escuchando Social Distortion. No había mucho tránsito. Al llegar al barrio ocupan el estacionamiento municipal que había debajo de un parque.

Salen del estacionamiento y comienzan a caminar por la calle principal del barrio. Pasan por fuera de un lugar de carteras y bolsos de mujer que valían el equivalente a varios sueldos mínimos. Luego pasan por fuera de una Joyería, que estaba convertida en una especie de bunker. Habían tapeado todas sus ventanas con gruesas láminas de metal que estaban pintando de blanco. Luego, una tienda de ropa de novios que tenía sus vitrinas abiertas y muy despejadas, como si fueran inmunes a los saqueos y robos. Siguen caminando y se encuentran con un restaurante de comida francesa que no les llama la atención. Después, más joyerías, una relojería, una tienda de teléfonos de alta gama, un restaurante de comida india, una tienda de trajes de hombre y así sucesivamente.

Finalmente, se encuentran con un restaurante de comida fusión propiedad de un conocido chef que tenía un programa en la televisión.

—¿Has comido ahí? —pregunta Juan.

—No, a ese no he ido nunca. Fui una vez al francés que pasamos al principio y otra vez a un árabe que hay un par de cuadras más allá. ¿Te tinca ese? —pregunta Isabel.

—Sí, me tinca. Caminamos un par de cuadras más y si no encontramos ningún otro que nos parezca más interesante nos devolvemos a este —propone Juan.

—Déjame ver una cosa —dice Isabel y se asoma por la ventana del restaurante para ver cuán lleno estaba. Luego continúa—. Sí, hagamos eso. No está lleno así que no tendremos problemas para encontrar mesa acá.

Caminan unas cuadras por el barrio. Antiguamente fue un barrio residencial, en su mayoría las tiendas, los restaurantes y una que otra empresa estaban instaladas en casas de uno o dos pisos. Tenían antejardines con pasto y flores muy bien cuidados. Entre la vereda y la calle había una hilera de árboles completamente verdes por la primavera, que ya estaba en su plenitud. En la calle no había autos estacionados, todas las casas habían habilitado sus patios traseros como estacionamientos.

En su recorrido encontraron algunos otros restaurantes que les parecieron interesantes, pero finalmente decidieron volver al restaurante del chef de la televisión.

Era una casona de los años sesenta muy linda, de dos pisos y con ventanas de madera típicas de la época. Estaba completamente pintada de blanco. Tenía una pequeña baranda compuesta de decena de pilares de estilo romano de un metro de altura. La entrada era de mármol con una pequeña escalera que llevaba a una puerta grande de madera con muchos detalles. Al lado derecho de la entrada había una terraza cerrada con unos ventanales de hierro fundido negros.

Los salones tenían pocas mesas y estaban bastante distanciadas las unas de las otras. El suelo era de parqué tan bien vitrificado que uno podía ver su reflejo en él.

La recepcionista los ubica en una mesa muy linda en la terraza con el ventanal de hierro fundido, les deja la carta y les dice que inmediatamente viene un garzón a atenderlos.

La carta tenía pocas opciones, pero todas muy distintas las unas a las otras.

—¿Quieres tomar vino? —pregunta Isabel.

—No lo había considerado, como tú estás manejando y a mí no me gusta tomar solo —le responde Juan.

—Me puedo tomar una copa y después hacemos tiempo entrando a mirar las tiendas. Así, cuando nos vayamos, ya se me habrá pasado el efecto del alcohol. Además, una copa no es nada— dice Isabel.

—Bien, pidamos vino entonces. ¿Qué vas a comer tú? ¿Qué vino le combinará? —pregunta Juan.

Conversan un rato sobre las opciones y finalmente piden un vino tinto acorde al tártaro de filete, las chuletas de cordero magallánico con sabor a leña y los rollos de berenjena con queso de cabra que eligieron para comer.

Mientras esperan la comida se ponen a conversar de lo lujosas que eran todas las tiendas en ese barrio y lo costosos que debían ser los arriendos.

—¿Habrá algún tipo de tienda que le haga falta a este barrio? —se pregunta Juan—. Hay tiendas de ropa, de joyas, restaurantes lujosos. No vi de muebles, ni autos de lujo, ¿sería buen negocio?

—Los autos y los muebles necesitan mucho espacio y con lo que debe costar el metro cuadrado de arriendo no es la mejor idea poner una tienda de eso por acá. Sería como poner una heladería, el arriendo es muy alto para algo que es tan estacional. Yo creo que un spa podría ser buen negocio por acá. Hay sólo uno y pasa lleno —le comenta Isabel.

Siguen hablando de qué tipo de negocio sería bueno en ese barrio y luego Juan cambia el tema.

—¿Te comenté que al parecer me quieren entrevistar de la TV? —dice Juan.

—No, no me habías comentado, ¿quién te dijo? —pregunta Isabel.

—Marcela me contó de una amiga de ella que la había llamado preguntando por mi historia. Dijo que sabía muchísimo y que no sabía qué otro amigo podíamos tener en común. Quizás cómo se enteraron —comenta Juan.

—¿Y tú que piensas de eso? ¿Te gustaría que te entrevistaran? —pregunta Isabel.

—No lo sé. Por un lado, ya estoy un poco cansado de tener que explicar mi decisión una y otra vez. Por otro lado, me gustaría ayudar a la gente a que tome consciencia de lo efímera que es la vida y que, a pesar de todo, es importante tratar de ser feliz hasta el último momento —responde Juan.

—¿Alguna idea de para qué programa sería la entrevista? ¿Para el noticiero? —pregunta Isabel.

—No sé mayor detalle, pero no me gustaría que fuera para un matinal. Odio la manipulación emocional barata que hacen en ese tipo de programas. Da asco lo que hacen para conseguir rating —opina Juan.

—Bueno, podrías poner eso como condición —le sugiere Isabel.

Siguen conversando de todo tipo de cosas y disfrutando de la comida, que estaba maravillosa. Llega un momento en el que ambos se quedan callados, ya se habían acabado los temas. Juan se pone a pensar en todo el tiempo que les tomó quedarse sin tema de conversación. Habían pasado semanas juntos y era la primera vez que tenían ese silencio que, en este caso, ni siquiera era incómodo. Entonces se da cuenta que hay algo que debe hacer y que es casarse con ella.

Acababan de terminar de comer el plato principal en el restaurante del chef famoso y se habían bebido ya casi la botella entera de vino. Isabel había dicho que se iba a tomar sólo una copa porque andaba manejando, pero al final tomó a la par que Juan.

—¿Qué tienes ganas de comer de postre? —pregunta Isabel y luego agrega—. Supongo que acá deben ser extraordinarios.

—Sí, y el café espero que sea igual de bueno también —responde Juan—. Creo que yo pediré una porción de tiramisú y un café expreso, ¿y tú?

—También había pensado en el tiramisú. Si quieres, pido yo otra cosa y los compartimos. Así probamos dos postres cada uno, ¿qué opinas? —propone Isabel.

—Depende, ¿cuál otro estabas pensando tú? —pregunta Juan.

—Podría ser una crême brûlée o un trozo de torta de nuez, ¿te tinca alguno? —pregunta Isabel.

—Sí, la crême brûlée —dice Juan.

Le hacen el pedido al garzón y luego siguen bebiendo lo poco de vino que les quedaba. Entonces Juan pregunta:

—¿A lo que terminemos de almorzar vamos a ir a vitrinear tiendas?

—Sí, ¿alguna que te haya llamado la atención? —pregunta Isabel.

—Vi un par de Joyerías... —empieza a decir Juan cuando Isabel lo interrumpe.

—¿Joyas? A mí me gustan las joyas, pero a ti, ¿te gustan las joyas? —pregunta Isabel, con un poco de sorpresa, y luego acota—: Hay algunas pulseras y cadenas de hombre que son muy lindas.

—La verdad nunca me han llamado la atención las joyas. Ahora estaba pensando en una joya para regalarte a ti —dice Juan.

—No es necesario que me regales nada, pero si a ti te pone contento regalarme una joya, yo feliz la acepto, sobre todo considerando que la terminará pagando el seguro de tus tarjetas —le contesta Isabel con risa.

—Sí, pero la verdad estaba pensando en algo bastante especial. Estaba pensando en anillos —acota Juan.

—¿Anillos? ¿Qué clase de anillos?

Juan guarda silencio por un rato y luego esboza una sonrisa. Antes de que Juan continúe Isabel interrumpe.

—¿Estás pensando en pedirme matrimonio o algo por el estilo? —pregunta Isabel.

Juan nuevamente no dice nada y sólo responde con una sonrisa.

—Pero, ¿de qué diablos hablas? ¿Esa es tu forma de pedir matrimonio? —dice Isabel con un poco de molestia y de risa al mismo tiempo.

—Fue la forma que se me ocurrió en el momento, pero, bueno, ¿y qué dices? —pregunta Juan.

—¡Que no! —responde Isabel.

—Pero, ¿ni siquiera lo vas a pensar? —insiste Juan.

—No, porque tú no me amas. ¿Por qué demonios te quieres casar con alguien que no amas? —dice Isabel molesta.

—Sí, puede que no te ame, pero nunca me había llevado tan bien con alguien en mi vida y definitivamente quiero pasar contigo hasta que la muerte nos separe, que, aunque no falte mucho para eso, igual sería lindo —le responde Juan.

—Ni loca, ya tu familia y la mitad de tus amigos creen que estoy contigo para quedarme con tus ahorros y tu fondo de pensiones. Imagínate si nos casamos todo lo que dirían —critica ella.

—Lo que digan o dejen de decir ya hace un buen rato me dejó de importar. Además, esa plata es mía y si yo quisiera que tú la heredaras es problema mío. Además, le puedes pasar una parte a mi familia, la mitad o qué sé yo. Igual ellos ya tienen toda su vida resuelta y no les falta dinero — dice con bastante seguridad Juan.

—Eso dices ahora pero cuando estén realmente viejos sí van a necesitar más dinero. Además, yo no estoy contigo por dinero. Tengo hartito ahorrado y he hecho bastantes buenas inversiones con todo lo que he ganado — responde Isabel.

Luego Isabel le cuenta que había ahorrado gran parte de lo que ganaba en los cerca de diez años que llevaba. Cada mes lo que ahorraba era mucho más de lo que gastaba. También le cuenta que había heredado la casa de sus abuelos cuando murió su abuela, que el departamento donde vive, además de otro similar que tiene y que arrienda, los termina de pagar este año. Sólo con eso ya podría vivir razonablemente bien, aunque sin grandes lujos, sin tener que trabajar un día más. Además, termina su postgrado también ese año.

Juan insiste que es lo mínimo que puede hacer para compensar todo el cariño y los buenos momentos que le había dado. Que él sabía que iba a sufrir cuando llegara el día de su partida y que ese sufrimiento merecía ser compensado de una u otra forma, que, aunque el dinero no fuera la mejor forma, era la única forma que él veía.

Ella le dice que ya está siendo recompensada porque está cerrando un ciclo doloroso en su vida.

—¿De qué hablas? —le pregunta Juan.

—Mi abuelo murió de exactamente lo mismo que tienes tú. Él se sometió al tratamiento que le dijeron los doctores y fue la peor decisión que pudimos haber tomado. Y digo pudimos porque en ese momento mi abuela y yo no lo dejamos ni siquiera cuestionarse si se sometía al tratamiento o no. Después de la cirugía pasó casi dos años postrado, con suerte se ponía en pie y casi no podía hablar. Claro, vivió dos años más, pero eso en realidad no era vida. Él antes de enfermar era una persona que amaba la naturaleza, le encantaba ir al campo a cazar o sólo a caminar. Nada de eso pudo volver a hacer, ni siquiera una vez. Tampoco podía expresarse, pero se notaba en todo su ser que era profundamente infeliz. Infeliz de no poder hacer las cosas más mínimas por él mismo, infeliz de tener a mi abuela viviendo esclavizada de cuidarlo en esa lenta agonía de dos años.

Isabel hace una pausa y luego continúa:

—Yo ya me había enamorado de ti antes de que me dijeras que te ibas a morir. Sentí algo por ti desde el primer día que te vi y me terminé de enamorar el día que dimos el paseo en el trineo. El día que me contaste de tu enfermedad y de tu decisión al principio sentí morir por dentro, pero rápidamente me di cuenta de que si tú tenías que pasar tus últimos días con alguien era conmigo. Nadie en el mundo estaba más preparada ni era más fuerte que yo para vivir esto. Yo no soy de las que creen que las cosas pasan por algo, pero es difícil entender la cantidad de coincidencias y de casualidades que se tuvieron que alinear para que nos llegáramos a conocer.

Después de que murió mi abuelo sentí una tremenda culpa de no haberle dado ni siquiera la oportunidad de elegir cómo morir. Contigo estoy purgando toda esa culpa. Así que ya tengo mi recompensa por el dolor que ya siento y que sentiré más el día que te vayas.

Juan, ya sin palabras, se levanta de la mesa y la abraza fuertemente.

Habían pasado un par de días desde el almuerzo donde Juan le pidió, entre comillas, matrimonio a Isabel. Después de eso, Juan había insistido un par de veces más que se casaran, pero Isabel repetía que no. Ella se iba a casar con alguien que estuviera perdidamente enamora de ella, ¿si no para qué?

Ese día después de almorzar igualmente entraron a una joyería. Juan le compró un collar lindo, simple y elegante a Isabel. Le costó bastante menos de lo que normalmente valen ese tipo de cosas. Con el tema de las protestas y de que la economía se había frenado, tenían todo con grandes descuentos. Casi como si estuviesen *liquidando por cierre*. Juan también aprovechó la oportunidad y se compró para si una cadena de plata. Nunca había usado ese tipo de accesorios, pero qué diablos, por qué no.

El día siguiente del almuerzo tuvo algo de dolor por la tarde. Dos días después había tenido bastantes malestares a mediodía y en la tarde. Después de tomar varias infusiones de yerbas, se calmaron.

Isabel, como casi todos los días por la mañana, estaba en el gimnasio cuando suena el teléfono de Juan. La persona que llamaba era una periodista de un matinal.

—Un amigo en común que tenemos me contó sobre su caso y nos gustaría entrevistarlo y así darle la oportunidad de exponerlo por televisión, ¿qué le parece? —dice la periodista.

—¿Para qué tipo de programa sería la entrevista? —pregunta Juan.

—Para el matinal. Tenemos varios segmentos dedicados a la salud y creemos que su caso puede ser muy interesante para la gente en sus casas que ve nuestro programa —comenta ella.

—Siéndole honesto, exponer mi caso públicamente no es algo que me seduzca en lo más mínimo y menos en un matinal. Me parece que la manipulación emocional burda que hacen de todos los temas que tratan es repulsiva —dice Juan.

—Sí, entiendo lo que dice y estamos conscientes de ello, pero lamentablemente el público objetivo necesita que las emociones sean bien marcadas. Es como si estuvieran acostumbrados a tomar el té con muchísima azúcar, si no le ponemos tanta *azúcar* como la que ellos están acostumbrados lo encontrarían *desabrido* y cambiarían el canal. Además, no sería correcto no poner una nota emocional a un tema como las enfermedades terminales, cuando hay mucha gente en sus casas que tiene familiares enfermos o que fallecieron hace poco tiempo—le dice la periodista para tratar de convencer a Juan.

—¿Cómo sería la entrevista que me harían a mí? —pregunta Juan.

—Sería en tu casa y/o en alguna plaza cerca de donde vivas. Ahí te daremos libertad para que nos cuentes tu historia y grabaremos toda esa entrevista. Después, para los puntos que encontremos que son difíciles de entender, te vamos a sugerir algunas formas más simples de decirlas y, si estás de acuerdo, volveremos a grabar tu historia. Después viene la parte de la entrevista. La mayoría de las preguntas te las haremos llegar antes para que las puedas leer y nos digas si te parecen bien, pero otras nacerán durante la entrevista misma. Ahora bien, de ser posible nos gustaría que estuvieras en el estudio el día que pongamos al aire la entrevista, de modo que los animadores pudieran conversar contigo en vivo —cuenta ella.

—Mira, si me quisieran entrevistar para un noticiero o para algún programa que hable exclusivamente temas de salud podría ser, pero de verdad que para un matinal no me agrada para nada la idea —le responde Juan rechazando su invitación.

—Piénsalo, en este momento te puede parecer una mala idea, pero la verdad es poca la gente

que tiene la oportunidad de ser oído por tanta gente. Podría ser una gran oportunidad para ti de influir sobre mucha gente y, por qué no decirlo, cambiar el mundo —le plantea la periodista.

Juan se queda pensando que tal vez Andrea vea esa entrevista. Eso le produce sentimientos encontrados. Por un lado, le gustaría que ella lo viera, pero por otro lado piensa que no se merece el derecho a escuchar lo que Juan quiera compartir con el mundo.

Acababa de caer la noche y el día había sido relativamente tranquilo. Las protestas en la calle habían amainado un poco. Los últimos días no había habido tanto ruido. Isabel y Juan estaban cenando en casa. Isabel había preparado un plato especial. La receta típica de su abuela y que era el plato favorito de su abuelo.

Por la tarde Juan no se había sentido nada bien, pero a la hora de cena se sentía mejor. Mientras comían, Juan le cuenta de la llamada de la periodista. Le dice que la había rechazado.

—Creo que tienes razón en haber rechazado la entrevista. Los matinales tratan todos esos temas de una forma morbosa, buscan atraer televidentes creando un interés malsano. No tienen el menor problema, ni la más mínima vergüenza en hacer manipulación emocional —le dice Isabel, apoyando su decisión.

—Sí, lo mismo pienso, pero, la periodista igual me hizo dudar. Tienen razón en algo, en que es poca la gente que tiene la oportunidad de estar en la TV y poder decir algo que podría cambiar el mundo —le responde Juan.

—Bueno, siempre puedes proponerle tú una forma de expresarte y, si a ellos les parece bien, fantástico —opina Isabel.

Luego de la cena ven una película y toman algo de vino. Juan siente un dolor fulminante. Es un dolor tan fuerte que llega a ser inmovilizante. Isabel trata de calmarlo con una infusión de hierbas, pero rápidamente se da cuenta que ese dolor está muy por sobre lo normal. Isabel no lo piensa mayormente y abre un paquete de sedantes inyectables. Juan no tiene ninguna capacidad de negarse o de rebatir su decisión. Hasta ahora sólo había usado sedantes orales.

El efecto del sedante fue casi instantáneo. Al minuto ya Juan no sentía dolores.

Juan, ya más calmado, se levanta, camina como puede y se tiende en la cama. Luego le cuenta a Isabel:

—El dolor fue muy fuerte al principio. Vino de golpe, pero después fue como que mi mente se iba desconectando de mi cuerpo. Ahí dejé de sentir dolor.

—Parecía que te estabas desmayando lentamente. ¡Pensé lo peor! —le comenta Isabel.

—En la medida que el dolor iba pasando, todo se iba escuchando cada vez más lejos y no podía ver ningún detalle, sólo manchas de colores desteñidos, sin poder distinguir ninguno —le cuenta Juan.

A los cinco minutos los sedantes habían hecho su efecto y lo tenían *knock out*, completamente dormido.

Isabel lo cambia de ropa, le pone pijama y lo tapa en la cama. Luego, se prepara un agua de hierbas para ella. Había quedado muy mal emocionalmente de verlo así. Sintió que se iba a morir en ese mismo momento. Se queda pensando si debería llevarlo a un hospital o qué otra cosa hacer.

Llama al doctor y le cuenta. Este le dice que es probable que ya quede poco y que no hay mucho más que hacer, que no vale la pena llevarlo al hospital, a menos que los sedantes no funcionen.

Después de hablar con el doctor, Isabel finaliza la película, se termina el agua de hierbas y la botella de vino. Luego se acuesta con Juan y se queda dormida abrazándolo.

A eso de las cuatro de la mañana, Juan se despierta. El efecto del sedante ya había pasado, pero, sin embargo, el dolor ya no era fuerte. Isabel seguía durmiendo, abrazándolo.

Juan se queda pensando en que le queda poco tiempo y siente que su vida ha sido un desperdicio. Siente una profunda frustración por no cumplir sus sueños. Siente un tremendo vacío

en su alma y una profundo desazón de haber pasado por el mundo como un ser intrascendente.

Ya a la mañana siguiente, Juan se sentía bien físicamente. No tenía dolores, pero emocionalmente estaba muy mal. Ese tremendo vacío que había sentido en la noche era aún más grande, igual que la sensación de frustración. El pensamiento de que su vida completa había sido un desperdicio daba vueltas y vueltas por su cabeza.

Isabel, preocupada, le dice que deberían ir a ver al doctor nuevamente y que deberían tener un plan para cuando tenga otra crisis como la de la noche anterior y también para cuando le llegue el día. Isabel lo había pasado muy mal la noche anterior. Ella sentía que estaba preparada para todo, pero esa situación la había superado por un momento.

—No creo que sea necesario ir a ver de nuevo al doctor. Me va a revisar, me va a mandar a hacer algunos exámenes y me va a decir que me quedan semanas, si es que no días. De todas formas, Isabel, si eso te hará sentir más tranquila, podemos ir a verlo —le dice Juan respecto a lo del doctor, luego continúa—: Lo de tener un plan de acción, estoy de acuerdo, me parece que es necesario, aunque no sé bien cómo debería ser. No tengo muy claro cómo va a ser el desenlace, más allá de que me voy a morir. ¿Tienes alguna propuesta?

—No, ni idea. Pensé que podía controlarlo todo y que no sería problema para mí. Pensé que estaba preparada para esto, pero ayer me di cuenta de que no. No soy tan fuerte como pensaba. Ayer después de que dormiste por los sedantes yo me sentí destruida, era un manojo de nervios. No tengo idea cómo lo voy a afrontar. Estoy asustada —le dice Isabel.

—Creo que yo debería contratar una enfermera que se haga cargo. No tienes que llevarte todo el peso de esto. No tienes que ser más heroína de lo que ya has sido hasta ahora, que, de paso sea dicho, eres la heroína de esta historia. Las enfermeras saben qué hacer, han pasado por estas situaciones miles de veces y, además, sería alguien que no tendría conexión emocional conmigo, lo que le hace más fácil su labor —propone Juan.

Isabel lo piensa por unos instantes y se pone algo celosa.

—No sé, Juan, no sé si te quiero compartir con otra mujer, aunque sea en el lecho de muerte —dice ella.

Juan se ríe por un instante y luego le dice:

—Bueno, mucha energía para andar mirando otras mujeres ya no tengo, además, dudo de que podamos encontrar una que sea tan bonita y con tanta onda como tú —hace una pausa y luego continúa con un tono más serio—: Isabel, tú ya has hecho muchísimo por mí, de verdad no es necesario que tengas que ser tan fuerte, no es necesario que seas una supermujer que se la puede con todo. Yo me voy a poner peor con los días y es mejor que alguien profesional me ayude.

—Está bien, pero que no sea una jovencita recién titulada —pone como condición Isabel.

—Sí, de hecho mejor una de más de cincuenta años que tenga harta experiencia en este tipo de cosas. Además, para el tiempo que me debe quedar, tengo dinero de sobra para contratar a alguien superexperta. Ella nos debería proponer el plan y cómo abordar todo esto —dice Juan.

—¿Dónde la buscamos? ¿Ponemos un aviso? —pregunta Isabel—. Lo ideal sería conseguir a alguien con buenas recomendaciones.

—Podríamos partir por preguntarle al doctor. Él seguro debe conocer a más de alguna —dice Juan.

Isabel asiente.

Ella seguía sintiéndose angustiada por la situación de la noche anterior y había decidido salirse de su rutina habitual y no ir al gimnasio, pero Juan la trata de convencer de que vaya. Finalmente,

Isabel le manda un mensaje al doctor pidiéndole datos de alguna enfermera que él les pudiera recomendar y luego pasan la mañana contactando enfermeras. El doctor les recomienda a tres. Isabel de todas formas busca también en avisos publicados.

Contactan a varias y dos de ellas quedan de ir ese mismo día en la tarde a que las entrevisten y otras dos al día siguiente.

A las dos de la tarde la periodista vuelve a llamar a Juan para ver si había cambiado de opinión. Juan, que continuaba con esa sensación de vacío y frustración, piensa qué más da y cambia de postura. Le dice que les puede conceder una entrevista y responder todas las preguntas que quieran, pero sin cámara.

La periodista, entusiasmada, quiere ir de inmediato a entrevistarlo. Ella piensa que una vez que lo entreviste en persona lo puede convencer de salir en cámara. Ya lo había hecho varias veces con otros entrevistados por otros temas.

Juan le dice que puede en tres días más, pensando en que los próximos dos días van a entrevistar enfermeras. La periodista no podía en el día que Juan le propone y finalmente acuerdan día y hora para la semana siguiente.

Isabel escucha la conversación y le dice:

—Te apuesto que la periodista te va a terminar convenciendo de que la dejes entrevistarte con cámara.

Ya por la tarde entrevistan a las enfermeras. La primera en llegar era una de las que Isabel había contactado en un aviso. Era una mujer de unos 45 años, muy seria y correcta, de baja estatura y muy delgada. Toca el timbre y, cuando Isabel abre la puerta, se presenta saludando de mano.

La hace pasar, le presenta a Juan y se sientan en la sala. Inmediatamente Isabel le empieza a hacer preguntas respecto de sus trabajos previos. Le pide que le cuente en general de su experiencia con pacientes desahuciados.

—He trabajado con cinco pacientes desahuciados, todos con enfermedades distintas y de diversas edades, sin embargo, mi mayor experiencia es con personas ancianas —le comenta la enfermera, siendo muy honesta con ellos.

—¿Le ha tocado trabajar con alguien que tenga la misma enfermedad de Juan? —pregunta Isabel.

—No, no me ha tocado. De todas formas, la atención debe estar siempre enfocada a las recomendaciones del doctor para cada caso en particular —responde la enfermera con mucha autoridad.

Isabel luego continúa la entrevista con preguntas más específicas sobre cómo abordaría tal o cual situación.

Al terminar la entrevista la enfermera les había dejado una muy buena impresión. Se despide formalmente e Isabel queda de avisarle apenas tomen una decisión.

Más tarde, reciben a la segunda enfermera. Ella era una de las tres que había recomendado el doctor. Las otras dos no estaban disponibles en ese momento. Era una mujer de casi sesenta años, alta y de contextura normal. No tenía esa impronta de seriedad tan marcada como la anterior, se notaba relajada, pero hablaba con muchísima seguridad.

La entrevista empieza de la misma forma que la anterior. Le preguntan por su experiencia previa.

—Todos los pacientes que atiendo están más o menos en la misma situación, la gran mayoría con los que trabajo son los que me ha derivado su doctor o alguno de sus colegas cercanos. ¿Cuál es el diagnóstico específico del paciente? —pregunta ella.

Isabel le cuenta cuál es el diagnóstico y también cuál es el pronóstico.

—He trabajado con muchos pacientes con ese diagnóstico, debe ser el segundo más frecuente con el que he trabajado —cuenta la enfermera y luego comienza ella a preguntar cómo han abordado las situaciones de dolor y las crisis que ha tenido Juan hasta el momento. Luego les cuenta cómo ella aborda normalmente esas situaciones, pero deja claro que esa forma de actuar puede variar según las indicaciones particulares del médico y las características del paciente.

Muchas de las preguntas que tenían pensado hacerle a cada enfermera entrevistada no fueron necesario hacérselas. Casi todas ellas las respondió mientras les comentaba cómo trabajaba y abordaba cada situación que se pudiera presentar.

Cuando ya había terminado la entrevista y la enfermera se había retirado, Juan dice que ella le parece la indicada.

—A mí me parece muy bien ella también, pero de todas formas creo que es mejor entrevistar un par más —responde Isabel.

—Yo preferiría que no, las entrevista y todo lo que hay que hablar en ellas me hace sentir mal. Me obliga a pensar en asuntos que en este momento no quiero pensar. O sea, sé que van a pasar,

pero no vale la pena estar pensando en lo inevitable. Quedémonos con ella y no entrevistemos más —insiste Juan.

—Está bien. La llamaré para ver cuándo puede empezar y luego llamo a las demás para cancelar las entrevistas pendientes —dice Isabel.

Al día siguiente de las entrevistas Juan se despierta sintiéndose bien físicamente, pero muy mal de ánimo. Se había despertado varias veces durante la noche y se ponía a pensar en el desperdicio que había sido su vida.

La enfermera iba a empezar a venir al día siguiente, por lo que Isabel estaba coordinando con el doctor para que le diera las instrucciones. El doctor queda de visitarlos ese día también al final de la jornada. Luego de eso Isabel sale a hacer su rutina habitual. Juan le insistía que tratara de seguir con su vida lo más normal que pudiera.

Juan se queda solo y se pone a pensar en la entrevista con la periodista. Faltaban varios días para que vinieran. Se le ocurre que puede anotar qué quiere decir y cómo les va a contar su historia.

Parte por hacer una lista en un papel. A un lado lo que sí quiere decir y al otro lo que prefiere no hablar. Algunas cosas primero las ponía en un lado de la lista, después se arrepentía y las ponía al otro lado. Después volvía a cambiar de opinión.

Tras un rato el papel estaba lleno de correcciones y cambios. Lo arruga, lo bota y empieza de nuevo. Vuelve a hacer lo mismo varias veces.

Finalmente cambia de opinión. En vez de hacer una lista, va a escribir una carta que pueda leerles en donde les diga lo que piensa.

Pasa casi todo el día escribiendo borradores. Cuando Isabel vuelve al departamento se encuentra con el basurero lleno de bolas de papel arrugado y varias tiradas por el suelo.

—¿Qué escribes? —pregunta Isabel.

—Estoy escribiendo una carta para cuando venga la periodista. Así tiene menos posibilidades de convencerme de salir en pantalla —le cuenta Juan.

—¿Quieres que te ayude? ¿La leo y te doy mi opinión? —pregunta Isabel.

—No, no todavía. Cuando sienta que ya logré decir todo lo que quiero te la voy a pasar para que me des tu opinión —dice Juan.

—Como desees, Juan —dice Isabel.

Juan había pasado todo el día anterior escribiendo la carta. En la noche había dormido muy bien. El tratar de poner en papel lo que tenía en la cabeza lo había ayudado muchísimo a aliviar la ansiedad que estaba sintiendo todos esos días.

Durante esa mañana continuó escribiendo la carta y para la hora de almuerzo ya la tenía lista. Se la pasa a Isabel para que la lea y le dé su opinión.

Ella la lee y, con los ojos llenos de lágrimas, le dice que no hay nada que ella pueda decir.

—Lo que escribes es lo que tú sientes y es tu verdad. Cualquier opinión que yo te diera no podría hacer cambiar lo que escribiste y eso no sería correcto. Debes dejarla tal y como está, esa es la única opinión que te puedo dar.

Isabel le devuelve la carta y se aleja de Juan por un rato. Se sentía abrumada.

Ya por la tarde se presenta la enfermera. Una de las primeras cosas que hace es reorganizar la ubicación del dormitorio, la cama debía estar en medio del cuarto y hacia un lado. Junto con Isabel también cambian la disposición de los artículos del baño y hacen espacio en la cocina para guardar algunos implementos. Luego, les pasa una lista de materiales que deben tener disponibles.

Recién habían terminado la reorganización cuando aparece el doctor. Examina a Juan y, mientras lo hace, le va dando instrucciones a la enfermera.

Durante los días siguientes la condición de Juan fue empeorando rápidamente. El dolor se hizo cada día más fuerte y constante. La enfermera no dudó mucho y le puso una vía venosa en la mano. De ese modo podía tener una dosis regular de sedantes que tuvieron que ir aumentando cada día. Cada vez que le aumentaban la dosis Juan estaba menos consciente, a ratos podía hablar cosas simples, pero cada vez menos. Dormía la mayor parte del tiempo, si es que a eso se le podía llamar dormir.

Después de varios días así, habían intentado bajarle la dosis de sedantes a pedido de Isabel, pero los dolores volvían rápidamente y tenían que volver a subir la dosis.

Juan ya había pasado más de una semana fuertemente sedado. El ya no sólo no estaba lúcido ni consciente. Los sedantes, que eran una variante de la morfina, le habían quitado la capacidad de entender lo que estaba pasando a su alrededor. A ratos parecía estar algo despierto, pero casi no había podido hablar ni una palabra durante esa semana.

Suena el timbre. Isabel abre la puerta y se encuentra con una mujer en la puerta.

—¿En qué te puedo ayudar? —pregunta Isabel.

—Venía a ver a Juan —dice la mujer en la puerta.

—Lo lamento —dice Isabel—. Juan no está en condiciones de recibir visitas —hace una pausa y luego pregunta—: ¿Quién eres tú?

—Soy Andrea, una amiga de Juan. No lo veo hace mucho, me contó que estaba enfermo hace un tiempo y me costó muchísimo juntar el valor como para poder verlo —dice la mujer en la puerta.

Isabel se da cuenta de que ella es la amiga que la hacía sentir celosa. Duda un momento y luego la hace pasar y le ofrece algo para tomar.

—Juan me contó de ti. Tú eras su amiga y te alejaste cuando te dijo que sentía algo por ti, ¿cierto? —pregunta Isabel.

—Sí, así es. La verdad es que yo sentía muchas cosas por él también y tuve tanto miedo que no podía ni hablarle —responde Andrea.

—Juan estuvo muy triste por no haber podido despedirse de ti en persona. Nunca entendió muy bien la actitud que tomaste, pero suponía que una de las posibilidades era que hubieras tenido miedo —dice Isabel.

—Ahora me siento tan arrepentida. Tengo un gran dolor en mi corazón —cuenta Andrea, luego hace una pausa y pregunta—: ¿Y tú quién eres? ¿Eres su novia?

—Se podría decir que soy su última amiga —responde Isabel sin querer entrar en mayores detalles.

—¿Puedo verlo? —insiste Andrea.

Isabel lo piensa por un momento y luego dice:

—Sí, creo que deberías verlo, pero debes saber que está fuertemente sedado y no está consciente en este momento, ha tenido muchos dolores esta semana y la enfermera ha tenido que ir aumentando la dosis de sedantes casi todos los días.

Entran al cuarto. Andrea al verlo así rompe en llanto. Después de unos minutos se calma un poco y se acerca a hablarle, pero él no la reconoce ni entiende lo que ella le dice.

Ella le dice que lo ama, pero que tenía un miedo inmenso. Le suplica que la perdone. Siente un dolor tremendo en el alma. No sabe qué hacer, no sabe qué decir, la impotencia la hace morir por dentro.

Entonces ve la carta que escribió para la televisión.

—¿Y esa carta? —pregunta Andrea.

—Es una carta que Juan escribió hace unos días para una entrevista que le iba a hacer una periodista de un matinal. Iba a ser esta semana pero como Juan estuvo tan mal la suspendimos. De todas formas, va a venir mañana para leer la carta y hacer una nota con su historia —le comenta Isabel, luego agrega—: Léela si quieres.

Andrea toma la carta y la lee.

No lloren por mí. No sientan pena ni lastima. Siéntanse felices.

Tuve el privilegio de decidir cómo y cuándo morir. Tuve el tiempo para despedirme en persona de todas las personas que alguna vez quise (bueno, casi todas).

Hay un derecho con el que nacemos todos, que es el derecho individual a la búsqueda de nuestra propia felicidad. No siempre podemos encontrarla, pero el derecho a buscarla es de cada uno y yo tuve el privilegio de hacerlo, especialmente en mi último tiempo de vida. Cuando supe que la muerte me visitaría pronto, decidí aprovechar hasta el último minuto a mi manera. Fue una liberación, me liberó de la opinión de los demás y de las expectativas que tenía de mi vida y que no había logrado cumplir hasta ese momento.

Nadie puede decidir qué te hace feliz, ni tu familia, ni la iglesia, ni el estado y menos la sociedad. ¡Nadie!

Ese derecho es de cada uno. Es personal. Es tuyo y es mío, es de todos ustedes, pero es individual.

Y yo tuve la oportunidad de encontrar la felicidad al morir siendo lo que soy. Nací libre, pero no fui libre toda mi vida, tuve que enfrentarme a esto para volver a serlo y finalmente morí siendo libre. Haciéndome responsable de mi propio destino, de mi vida y de mi muerte.

Andrea deja la carta en el lugar de donde la tomó.

—El doctor dice que le quedan pocos días, con suerte una semana —le cuenta Isabel—. Está con mucho dolor y por eso está tan sedado.

—Estoy tan arrepentida de nunca haberle dicho lo que de verdad sentía, tan arrepentida de no haberle permitido despedirse en persona. Me parte el alma —se lamenta Andrea.

—Todavía hay una posibilidad de que lo hagas, pero no será algo fácil.

—¿A qué te refieres?

—En este momento está muy sedado, pero Juan nunca quiso estar tan sedado, él quería estar lo más consciente posible hasta el final. Me delegó a mí la responsabilidad de si sedarlo o no. No quería que yo sufriera al verlo con tanto dolor —dice Isabel, hace una pausa y luego continúa—. Creo que él estaría feliz de escuchar lo que tú viniste hoy a decir. Hemos intentado bajarle los sedantes un par de veces, pero el dolor ya es constante. Si le quitamos los sedantes, él podría despertar dentro de algunas horas y podría escucharte, pero sentirá mucho dolor.

Andrea mira a Juan, toma su mano y lo mira pensativa.

—Te voy a dar la oportunidad a ti de que tomes esa decisión. Yo sé que es una decisión muy difícil, pero eres tú quien debe tomarla. Debes ser valiente —dice Isabel—. ¿Le quitamos la sedación para que despierte y tú puedas decirle lo que sientes?

Andrea lo sigue mirando y empieza a llorar copiosamente.

Ese día era el funeral de Juan. Ya había pasado una semana desde que Andrea apareció en su casa. En esos días pasaron muchas cosas. La periodista del matinal leyó su carta en público el día antes de que falleciera. Contaron su historia y mostraron un largo reportaje de su enfermedad. Muchos de los amigos de Juan fueron entrevistados y salieron por la televisión dando su opinión. El caso de Juan causó polémica en la prensa y en las redes sociales. Hubo gente que lo encontró muy individualista, otra que lo encontró cobarde y hubo muchos que lo defendieron.

Ya en los últimos días la familia de Juan intentó hospitalizarlo. Isabel y especialmente el doctor tuvieron que esforzarse mucho por hacerlos entender que no sólo no era necesario, sino que contraproducente, además de que iba en contra de los deseos de Juan, que no quería morir en un hospital.

El funeral fue muy triste. Estuvieron todos los amigos y familiares de los cuales Juan se había despedido en persona. También acudieron muchas personas que escucharon el contenido de la carta por la televisión y se sintieron tocados por ella.

Mucha gente quiso hablar y contar cómo Juan había aportado a sus vidas. Mucha gente lloró, pero con el pasar del tiempo terminaron por olvidarse de su existencia, especialmente después de que una pandemia de un coronavirus atacara a la humanidad y afectara profundamente la forma de vivir de la mayoría.

Andrea lloró mucho durante el funeral, especialmente mientras algunos contaban sus experiencias con Juan. Al tiempo después, ella renunció a su trabajo y dedicó un año de su vida a viajar por el mundo. Pasó muy malos momentos cuando la pandemia la pilló en el extranjero. Después de eso nunca volvió a encontrar un trabajo tan bueno como el que tenía. Tuvo muchas parejas en su vida, pero nunca se casó ni tuvo hijos. Nunca logró superar sus miedos al amor. Murió sola, siendo muy anciana y solamente algunos pocos sobrinos que tenía fueron a su funeral.

Alejandro y Ricardo, así como la mayoría de sus amigos más cercanos, se vieron muy afectados e hicieron cambios profundos en sus vidas. Dejaron de darle tanta importancia a lo material y empezaron tratar de pasar el mayor tiempo posible con sus hijos y con su familia. La pandemia para ellos fue una bendición, hasta cierto punto, ya que después de ella su trabajo se volvió casi completamente en línea, con lo que pudieron pasar gran parte de su tiempo en sus casas con sus hijos. Lamentablemente para Ricardo, la pandemia se llevó a su madre, quién era diabética.

Isabel, por su parte, volvió a trabajar en la agencia por unos meses más y alcanzó a juntar lo que necesitaba para retirarse poco antes de que la pandemia ocurriera. Muchos negocios quebraron producto del virus, lo que le dio a ella opciones de invertir una vez que la situación se normalizó. Ella hizo un emprendimiento que fue todo un éxito. Producto de su nuevo trabajo conoció a un hombre maravillo del cual se enamoró y con quien finalmente se casó. Isabel le contó todo su pasado y a él simplemente no le importó. Tuvo cuatro hijos con él, dos niños y dos niñas. Al primero le puso el nombre de su abuelo y al segundo, Juan. Murió siendo muy vieja, en su casa, rodeada de sus cuatro hijos, doce nietos y tres bisnietos.

Fin

About The Author

Arturo Prenafeta

Hijo del viento
Roquero y rebelde
Gusta llevarle la contra a todos
Políticamente incorrecto
Librepensador

twiter: [@ArturoPrenafeta](#)